

LAS ANTIGÜEDADES

DE LOS JUDÍOS

LIBROS XVIII, XIX y XX



Por: Flavio Josefo

Fotografía de la carátula: Detalle de un relieve del Arco de Tito que representa los tesoros robados del Templo de Jerusalén tras la toma de la ciudad por los romanos en el año 70: el Candelabro de los Siete Brazos, la Mano de los Panes de Proposición, los rollos de la ley y el velo del *Sancta Sanctorum*

TABLA DE CONTENIDO:

INTRODUCCIÓN.....	7
FLAVIO JOSEFO. BIOGRAFÍA.....	8
LIBRO XVIII.....	11
CAPITULO I.....	11
<u>Quirino practica un censo en Siria. Coponio, procurador de Judea. Oposición de Judas de Galilea. El sumo pontífice Joazar induce a los judíos a la obediencia.....</u>	11
CAPITULO II.....	14
<u>Fundación de pueblos por los tetrarcas Herodes y Filippo en honor del emperador. Los samaritanos profanan el Templo y ocasionan siete días de impureza.....</u>	14
CAPITULO III.....	17
<u>Poncio Pilatos introduce clandestinamente imágenes del emperador en Jerusalén. Los judíos se sublevan. Tribulaciones de los judíos en Roma.....</u>	17
CAPITULO IV.....	20
<u>Perturbaciones en Samaria. Pilatos ordena numerosas ejecuciones. Vitelio envía a Pilatos a Roma. Tiberio ordena a Vitelio pactar con Aristóbulo. Muerte de Filippo.....</u>	20
CAPITULO V.....	23
<u>El tetrarca Herodes hace la guerra a Aretas, y es vencido. Historia de Juan Bautista. Vitelio, al informarse de la muerte de Tiberio, detiene las hostilidades.....</u>	23
CAPITULO VI.....	25
<u>Agripa se traslada a Roma para presentarse ante Tiberio. Acusado por uno de sus libertos, es encarcelado. Recobra la libertad con la muerte de Tiberio; Calígula lo nombra rey de la tetrarquía de Filippo.....</u>	25
CAPITULO VII.....	32
<u>Agripa acusa al tetrarca Herodes. Calígula lo destierra y entrega sus territorios a Agripa.....</u>	33
CAPITULO VIII.....	34
<u>Judíos y griegos provocan disturbios en Alejandría y envían delegaciones a Roma. Acusaciones de Apión contra los judíos, porque éstos se niegan a admitir la estatua del emperador. Cayo ordena a Petronio que haga la guerra a los judíos.....</u>	34
CAPITULO IX.....	39
<u>Los hechos de los hermanos Anileo y Asineo. Su repercusión en la vida de los judíos de Babilonia.....</u>	39
LIBRO XIX.....	45
CAPITULO I.....	45

<u>Cayo César es asesinado, víctima de la conspiración de Casio Cerea.....</u>	<u>45</u>
<u>CAPITULO II.....</u>	<u>55</u>
<u>Los soldados obligan a Claudio, tío de Cayo, a asumir el poder. Lucha entre el senado, el pueblo, Claudio y sus soldados.....</u>	<u>55</u>
<u>CAPITULO III.....</u>	<u>59</u>
<u>Claudio es secuestrado por los soldados. Las tentativas del senado.....</u>	<u>59</u>
<u>CAPITULO IV.....</u>	<u>61</u>
<u>El rey Agripa va al senado como embajador de Claudio. Las tropas del senado se pasan a Claudio.....</u>	<u>61</u>
<u>CAPITULO V.....</u>	<u>64</u>
<u>Claudio entrega a Agripa el reino de su abuelo, agregándole la tetrarquía de Lisania. Misivas de Claudio concernientes a los judíos de Alejandría y del resto del imperio.....</u>	<u>64</u>
<u>CAPITULO VI.....</u>	<u>65</u>
<u>Agripa regresa a Judea. Carta de Publio Petronio al pueblo de Dora en favor de los judíos.....</u>	<u>65</u>
<u>CAPITULO VII.....</u>	<u>67</u>
<u>Agripa comienza a restaurar los muros de Jerusalén. Su muerte interrumpe las obras.....</u>	<u>67</u>
<u>CAPITULO VIII.....</u>	<u>68</u>
<u>La conducta de Agripa durante los tres años anteriores a su muerte.....</u>	<u>68</u>
<u>CAPITULO IX.....</u>	<u>70</u>
<u>Descendencia de Agripa. Desórdenes en Cesárea. Judea sometida a un procurador.....</u>	<u>70</u>
<u>LIBRO XX.....</u>	<u>73</u>
<u>CAPITULO I.....</u>	<u>73</u>
<u>El procurador Caspio Fado restablece el orden en Judea. Fado y Longino ordenan que las vestiduras del sumo sacerdote sean depositadas en la fortaleza Antonia.....</u>	<u>73</u>
<u>CAPITULO II.....</u>	<u>74</u>
<u>Elena, reina de Adiabena, y su hijo Izates se convierten al judaísmo. Viaje de Elena a Jerusalén.....</u>	<u>74</u>
<u>CAPITULO III.....</u>	<u>77</u>
<u>Izates restablece en su trono a Artabano, rey de los partos. Guerra de Bardanes contra Izates.....</u>	<u>77</u>
<u>CAPITULO IV.....</u>	<u>78</u>
<u>Conversión de Monobazes. Victoria de Izates sobre Abias, rey de los árabes, y Vologeses, rey de los partos. Muerte de Izates, a quien sucede Monobazes.....</u>	<u>78</u>
<u>CAPITULO V.....</u>	<u>80</u>

<u>Tiberio Alejandro, procurador de Judea, castiga a los hijos de Judas el galileo. El procurador Cumano reprime una sedición con una gran matanza de judíos junto al Templo.....</u>	<u>80</u>
<u>CAPITULO VI.....</u>	<u>81</u>
<u>Discordia entre galileos y samaritanos. Cuadrato, gobernador de Siria, envía a los principales a Roma. Claudio resuelve la cuestión: absuelve a los judíos y castiga a los responsables de la revuelta.....</u>	<u>81</u>
<u>CAPITULO VII.....</u>	<u>82</u>
<u>Félix es nombrado procurador de Judea. Su matrimonio con Drusila.....</u>	<u>82</u>
<u>CAPITULO VIII.....</u>	<u>83</u>
<u>Muerte de Claudio. Advenimiento de Nerón. Félix destruye los nidos de ladrones. El caso del impostor egipcio. Sublevación de Cesárea. Festo reemplaza a Félix.....</u>	<u>83</u>
<u>CAPITULO IX.....</u>	<u>87</u>
<u>Muerto Festo en Judea, lo reemplaza Albino, quien detiene los crímenes de los sicarios.....</u>	<u>87</u>
<u>CAPITULO X.....</u>	<u>89</u>
<u>Los sumos pontífices judíos, desde Moisés hasta la guerra de los judíos.....</u>	<u>89</u>
<u>CAPITULO XI.....</u>	<u>91</u>
<u>Floro, sucesor de Albino, oprime a los judíos y los obliga a tomar las armas.....</u>	<u>91</u>
<u>SUMARIO.....</u>	<u>94</u>

INTRODUCCIÓN

Aparte de la Biblia misma, Flavio Josefo es con mucho la fuente histórica más importante para iluminar toda la era bíblica, y, con respecto a algunos personajes del Nuevo Testamento, es una fuente aún más completa. En términos de cantidad de datos, por ejemplo, Josefo provee probablemente 300 veces más cantidad de información acerca de Herodes el Grande que el Evangelio de Mateo, o diez veces más acerca de Poncio Pilato. También provee fascinadoras perspectivas acerca de otras figuras bíblicas como Arquelao, Herodes Antipas, los dos Agripas, Félix, y Festo, así como intrigantes atisbos acerca de Juan Bautista, de Jacobo, el medio hermano de Jesús, y del mismo Jesús.

El valor del historiador judío es menor acerca del Antiguo Testamento, pero crece dramáticamente para el período intertestamentario hasta que se hace totalmente indispensable para comprender todo el marco político, social, intelectual y religioso de la era del Nuevo Testamento. Jesús es citado en dos famosos pasajes en *Antigüedades de los Judíos*, uno de los cuales habría sido restaurado a lo que es más probablemente su forma original. El hecho de que Josefo naciera en Jerusalén sólo cuatro años después de la crucifixión de Jesús y que escribió alrededor del tiempo de la redacción de los Evangelios añade a su valor como virtual testigo ocular de los acontecimientos de la era tardía del Nuevo Testamento.

El presente texto solo se limita a los tres últimos libros de los 20 que componen las *Antigüedades de los Judíos* (XVIII, XIX y XX), precisamente los que corresponden al siglo I de la era cristiana (años 6 al 66), los años del surgimiento del cristianismo.

FLAVIO JOSEFO. BIOGRAFÍA.



Historiador judío nacido en 37/38 d.C. y muerto a principios del s. II. Era hijo de un sacerdote llamado Matías, del orden de Joiarib (1 Cr. 24.7), y según él mismo era pariente de los asmoneos, que pertenecían al mismo orden. Después de un breve período de asociación con los esenios, y con un asceta llamado Bano que vivía en el desierto, se unió al partido de los fariseos a la edad de 19 años. En una visita a Roma en 63 d.C. le impresionó grandemente el poder del imperio. En el 66 d.C. se opuso tenazmente a la rebelión judía contra Roma, y aunque recibió una comandancia en Galilea, en la que manifestó considerable energía y habilidad, no tuvo confianza en la causa de los insurgentes. Después de la captura de la plaza fuerte de Jotapata por los romanos, que defendió hasta que resultó inútil toda resistencia, escapó y se escondió junto con otros cuarenta en una cueva. Cuando a su vez este refugio estuvo a punto de ser tomado los defensores entraron en un pacto suicida, y Josefo fue uno de los dos últimos sobrevivientes. Persuadió al otro sobreviviente que bien podrían entregarse a los romanos, lo que contribuyó a que se ganara el favor de Vespasiano, el comandante romano, al predecir que sería elevado a la púrpura imperial. La predicción se cumplió en 69 d.C. Al año siguiente Josefo fue agregado al cuartel general romano durante el sitio de Jerusalén, en el que actuó como intérprete de Tito (hijo de Vespasiano y su sucesor en el comando palestino) cuando quiso ofrecer condiciones a los defensores de la ciudad. Después de la caída de Jerusalén, Josefo fue a Roma, donde se estableció como cliente y pensionado del emperador, cuyo nombre de familia, Flavio, adoptó.

Como sería de esperar, el comportamiento de Josefo durante la guerra le ganó el estigma indeleble de traidor ante los ojos de la nación. Aun así, empleó los años de su agradable estancia en Roma de manera tal que pudiera granjearse su gratitud en alguna medida. Dedicó esos años a una actividad literaria en la que se muestra como verdadero patriota, según su punto de vista, celoso de establecer el buen nombre de su pueblo. Su primera obra fue una *Historia de la guerra judía*, escrita primero en arameo para beneficio de los judíos de Mesopotamia, y luego publicada en una edición griega. La narración del principio de la guerra está precedida por un resumen de la historia judía desde 168 a.C. hasta 66 d.C. Sus dos libros

Contra Apión los escribió en defensa de su pueblo contra las calumnias antijudías de un maestro de escuela de Alejandría llamado Apión; en ellos trata, también, de mostrar que los judíos son más antiguos que los griegos, y en el curso de su argumentación ha preservado para la posteridad cierto número de valiosos extractos de escritores antiguos, que de otra manera se habrían perdido. Su obra de mayor longitud es *Antigüedades judías*, en veinte tomos, que relatan la historia de su pueblo desde las épocas más primitivas (en realidad comienza su narración con la creación del mundo) hasta sus propios días. Completó esta obra en 93 d.C. Finalmente, escribió su *Autobiografía*, fundamentalmente en defensa de su posición ante la guerra, que había sido interpretada en términos desfavorables por otro escritor judío, Justo de Tiberias. Resulta imposible reconciliar el relato de sus actividades durante la guerra, tal como las presenta en su *Autobiografía*, con la explicación que había dado anteriormente en su *Historia de la guerra judía*.

En lo referente a la historia de los judíos durante el reinado de Antíoco Epífanes (175-164 a.C.) y la guerra de 66-74 d.C., y especialmente para el periodo que comienza con la ocupación romana del 63 a.C., las obras de Josefo son de incomparable valor. Tuvo acceso a fuentes de primera categoría, tanto publicadas como no publicadas: la obra de Nicolas de Damasco, historiógrafo de Herodes el Grande, le permitió obtener un registro detallado de la carrera de ese monarca; los registros oficiales romanos estuvieron a su disposición; consultó a Agripa el menor sobre diversos detalles referentes al origen de la rebelión judía, y, por supuesto, podía confiar en su propio conocimiento inmediato de muchas fases de ella. Por cierto que puede ser totalmente tendencioso en la descripción de personalidades y en la presentación de hechos, pero su "tendencia" es tan obvia que el lector puede fácilmente detectarla y hacer las correcciones necesarias.

Las obras de Josefo permiten obtener material de fondo indispensable para los estudiosos de la historia del período intertestamentario tardío, como también del neotestamentario. En ellas encontramos muchas figuras, tanto judías como gentiles, bien conocidas por nosotros gracias al NT. A veces vemos en sus escritos comentarios directos sobre referencias neotestamentarias, por ejemplo sobre la mención de Judas de Galileo en Hch. 5.37 y del "egipcio" en Hch. 21.38. Es poco probable, sin embargo, que los escritores del NT hayan conocido sus obras. De especial interés son sus referencias a Juan el Bautista (Ant. 18. 116ss), a Jacobo, el hermano de Señor (Ant. 20. 200), y a nuestro Señor (Ant. 18. 63s), pasaje que, si bien ha sufrido alguna medida de enmienda por parte de editores cristianos, es básicamente auténtico. (Tomado del NUEVO DICCIONARIO BÍBLICO CERTEZA-1979).



Mapa de Palestina a principios de la era cristiana.

LIBRO XVIII

Abarca un lapso de treinta y dos años¹

CAPITULO I

Quirino practica un censo en Siria. Coponio, procurador de Judea. Oposición de Judas de Galilea. El sumo pontífice Joazar induce a los judíos a la obediencia

1. Entretanto Quirino², un senador que ya había ejercido todas las magistraturas y que luego de pasar por todos los grados honrosos obtuvo el consulado, además de haber ejercido otras dignidades, llegó a Siria, enviado por César, para administrar justicia en esta provincia y hacer el censo de los bienes. Lo acompañaba Coponio, de la orden ecuestre, para que quedara al frente de los judíos con plenos poderes. Quirino pasó a Judea, que había sido anexada a Siria, para llevar a cabo el censo de los bienes y liquidar los de Arquelao³. Aunque los judíos al principio no quisieron acceder a la declaración, luego, por consejo del pontífice Joazar, dejaron de oponerse. Aceptando las razones de Joazar, permitieron que se hiciera el censo de los bienes.⁴

Sin embargo, Judas,⁵ un gaulanita nacido en el pueblo de Gamalis, con la adhesión del

¹Entre los años 6 a 39 después de Cristo. En este libro se encuentra el controvertido pasaje sobre Cristo (Capítulo III, 3), que se considera adulterado o interpolado por algún copista cristiano posterior, y la historia de Juan el Bautista (Capítulo V, 2).

²

Es el mismo **Cirenio** mencionado en Lc II, 2. Publio Sulpicio Quirino, senador romano. Cónsul en Roma en el año 12 a.C. y no mucho después llevó a cabo una campaña contra los ingobernables homanedensios del centro de Asia Menor. En el 3 a.C. fue designado procónsul de Asia; en 3-4 d.C. fue consejero del heredero forzoso imperial, Cayo César, durante la expedición armenia de éste último; del 6 al 9 d.C. fue legado imperial de Siria-Cilicia. Murió en Roma, en el año 21.

³

Arquelao (v. Mt. II, 22) era el hijo de Herodes el Grande de quien heredó la etnarquía de Judea y Samaria, mientras su hermano Herodes Antipas recibió la tetraarquía de Galilea y Perea, y su otro hermano, Filipo los territorios al este y noreste del mar de Galilea (Gaulanítida, Auranítida, Traconítida e Iturea). Arquelao reinó entre los años 4 a.C. y 6 d.C. Acusado ante el emperador Augusto por una serie de atrocidades que cometió, partió a Roma y fue desterrado a Viena en las Galias. Su reino (Judea-Samaria) se convirtió en una provincia romana de tercera clase, dependiente del *Legatus Propraetore* o Legado Imperial de Siria, con gobernadores o prefectos romanos a la cabeza (más tarde procuradores).

⁴Dicho censo se realizó en el año 6 d. de C. y por lo tanto no puede ser el mismo censo mencionado en Lc. II, 1ss, del tiempo del nacimiento de Jesús, suceso éste que ocurrió cuando menos unos nueve años antes. La aseveración de Lucas II, 2 de que Jesús nació en los días del censo de Quirino se ha tratado de explicar mediante diversas hipótesis, que no viene al caso detallar. Sin embargo, el “empadronamiento” mencionado en Hch 5:37, en cuyos días estalló la rebelión de Judas el Galileo si es el mismo del año 6.

⁵

Cf. Hch. 5:37: “...en los días del empadronamiento, se levantó Judas el Galileo, que arrastró al pueblo en pos de sí; también éste pereció y todos los que le habían seguido se dispersaron”. (Biblia de Jerusalén).

fariseo Saduco, incitó al pueblo a que se opusiera. El censo, decían, era una servidumbre manifiesta, y exhortaron a la multitud a luchar por la libertad. Si tenían éxito, se aseguraban sus bienes; y en el caso de que lo tuvieran, conseguirían gloria y alabanza por la grandeza de su alma. Además la divinidad colaboraría en la obtención de estos designios, si emprendían grandes obras convencidos de su honorabilidad, y no dejaban nada de hacer para lograrla. Y en esta forma se aventuraron a algo sumamente temerario, pues sus palabras fueron aceptadas ávidamente. A causa de su predicación, no hubo desgracia que no provocaran, sumiendo al pueblo en infortunios con mucha mayor intensidad de lo que pueda imaginarse: guerras de violencia continua inevitable, pérdida de amigos que hacían más llevaderas las penas, acrecentamiento de los latrocinios, muerte de los mejores hombres, todo con el pretexto del bienestar común, pero en realidad con la esperanza de lucro personal. Se originaron sublevaciones, y por su causa numerosos asesinatos, en parte entre la misma gente del pueblo, pues estaban tan enfurecidos unos contra otros que no querían ceder ante el adversario, y en parte también por la acción de los enemigos. A ello siguió el hambre, que llevó a extremos vergonzosos, con capturas y destrucciones de ciudades, hasta que el mismo Templo de Dios fué sometido al fuego del enemigo. Fué tan grande el afán de novedades que llegó a perder a aquellos que fueron sus causantes. Judas y Saduco, que introdujeron entre nosotros la cuarta secta filosófica y contaron con muchos seguidores, no solamente perturbaron al país con esta sedición, sino que pusieron las raíces de futuros males con un sistema filosófico antes desconocido. Quiero decir algo sobre el particular, tanto más cuanto que la adhesión de la juventud a esta secta causó la ruina del país.

2. Desde muy antiguo había entre los judíos tres sectas filosóficas nacionales: la de los esenios, la de los saduceos y la tercera que se denominaba de los fariseos. Aunque hablamos de ellas en el segundo libro de la guerra judía⁶, queremos ahora recordarlas en pocas palabras.

3. Los fariseos viven parcamente, sin acceder en nada a los placeres. Se atienen como regla a las prescripciones que la razón ha enseñado y transmitido como buenas, esforzándose en practicarlas. Honran a los de más edad, ajenos a aquella arrogancia que contradice lo que ellos introdujeron. A pesar de que enseñan que todo se realiza por la fatalidad, sin embargo no privan a la voluntad del hombre de impulso propio. Creen que Dios ha templado las decisiones de la fatalidad con la voluntad del hombre, para que éste se incline por la virtud o por el vicio. Creen también que al alma le pertenece un poder inmortal, de tal modo que, más allá de esta tierra, tendrá premios o castigos, según que se haya consagrado a la virtud o al vicio; en cuanto a los que practiquen lo último, eternamente estarán encerrados en una cárcel; pero los primeros gozarán de la facultad de volver a esta vida. A causa de todo esto disfrutaban de tanta autoridad ante el pueblo que todo lo perteneciente a la religión, súplicas y sacrificios, se lleva a cabo según su interpretación. Los pueblos han dado testimonio de sus muchas virtudes, rindiendo homenaje a sus esfuerzos, tanto por la vida que llevan como por sus doctrinas.

4. Los saduceos enseñan que el alma perece con el cuerpo; y se limitan a la observancia de la ley. A su juicio es una virtud discutir con los maestros que se consideran sabios. Su doctrina sólo es seguida por un pequeño número, aunque son los primeros en dignidad. No realizan acto especial ninguno; si alguna vez llegan a la magistratura, contra su voluntad y por necesidad, se atienen a las opiniones de los fariseos, ya que el pueblo no toleraría otra cosa.

5. Los esenios consideran que todo debe dejarse en las manos de Dios. Enseñan que las

6

Las Guerras de los judíos, Libro Segundo, VII.

almas son inmortales y estiman que se debe luchar para obtener los frutos de la justicia. Envían ofrendas al Templo, pero no hacen sacrificios, pues practican otros medios de purificación. Por este motivo se alejan del recinto sagrado, para hacer aparte sus sacrificios. Por otra parte son hombres muy virtuosos y se entregan por completo a la agricultura. Hay que admirarlos por encima de todos los que practican la virtud, por su apego a la justicia, que no la practicaron nunca los griegos ni los bárbaros, y que no es una novedad entre ellos, sino cosa antigua. Los bienes entre ellos son comunes, de tal manera que los ricos no disfrutaban de sus propiedades más que los que no poseen nada. Hay más de cuatro mil hombres que viven así.

No se casan, ni tienen esclavos, pues creen que lo último es inicuo, y lo primero conduce a la discordia; viven en común y se ayudan mutuamente. Eligen a hombres justos encargados de percibir los réditos y los productos de la tierra, y seleccionan sacerdotes para la preparación de la comida y la bebida. Su existencia no tiene nada de inusitado, pero recuerda en el más alto grado la de los dacas, llamados los Πολισταῖς (*Polistoe*, ciudadanos)⁷.

6. Además de estas tres sectas, el galileo Judas introdujo una cuarta⁸. Sus seguidores imitan a los fariseos, pero aman de tal manera la libertad que la defienden violentamente, considerando que sólo Dios es su gobernante y señor. No les importa que se produzcan muchas muertes o suplicios de parientes y amigos, con tal de no admitir a ningún hombre como amo. Puesto que se trata de hechos que muchos han comprobado, he considerado conveniente no agregar nada más sobre su inquebrantable firmeza frente a la adversidad; no temo que mis explicaciones sean puestas en duda, sino que al contrario temo que mis expresiones den una idea demasiado débil de su gran resistencia y su menosprecio del dolor. Esta locura empezó a manifestarse en nuestro pueblo bajo el gobierno de Gesio Floro, durante el cual, por los excesos de sus violencias, determinaron rebelarse contra los romanos. Estas son las sectas filosóficas existentes entre los judíos.

⁷Aparte de Josefo, tenemos dos descripciones más de la secta de los Esenios: una de su contemporáneo judío (de mayor edad que Josefo), Filón de Alejandría (*Quod omnis probus* 75-91; *Hypothetica ap.* Eusebio, *Praep. Ev.* 8. 2), y otra de Plinio el mayor (*Historia Natural* 5. 17). Una descripción posterior en Hipólito (*Refut.* 9. 20. 13-23) sigue en general a Josefo, pero incluye información aparentemente obtenida de fuentes independientes. En contraparte, los tratados del Talmud son totalmente silenciosos a este respecto, al igual que los evangelios y el Nuevo Testamento entero (a pesar de que estos escritos mencionan frecuentemente las otras sectas judías).

La descripción que hace Filón de los esenios tiene como fin ilustrar su tesis de que solamente el hombre verdaderamente bueno es verdaderamente libre. Estima en unos 4.000 su número, y nos dice que viven en aldeas, trabajando duramente en tareas agrícolas y otras semejantes, dedicando mucho tiempo al estudio comunitario de cuestiones morales y religiosas, incluyendo la interpretación de los textos sagrados. Prestan atención escrupulosa a la pureza ceremonial; tienen toda su propiedad en común, se abstienen de hacer sacrificios de animales, practican el celibato, no tienen esclavos, proveen para los miembros que no pueden trabajar por razones de enfermedad o edad avanzada, no hacen juramentos, no toman parte alguna en actividades militares o comerciales, y en general cultivan todas las virtudes.

La descripción de Plinio aparece en el curso de su descripción del mar Muerto. Afirma que los esenios viven en su lado occidental, arriba de Engadi. Han vivido allí durante generaciones incontables, dice, renunciando tanto a las mujeres como al dinero; y sin embargo su número se ha mantenido, dado que son tantos lo que acuden constantemente a plegarse a esa existencia solitaria por haberse cansado de la vida común. Plinio escribe entre 73 y 79 d.C., pero probablemente depende de escritores anteriores para su conocimiento sobre los esenios, escritores tales como Alejandro Polihistor (s. I a.C.).

Las descripciones en Filón y Plinio están idealizadas y llenas de exageración retórica. Las de Josefo nos parecen más objetivas y basadas en información de primera mano.

⁸El llamado partido de los *zelotes* o celadores. se llamaba así porque seguían el ejemplo de Matatías y sus hijos y seguidores, que manifestaron celo por la ley de Dios cuando Antíoco IV intentó suprimir la religión judía (I Mac. II, 24-27) y el ejemplo de Finees, que evidenció un celo parecido en momentos de apostasía en el desierto (Nm. XXV, 11). Tras la rebelión del año 6 los zelotes mantuvieron vivo el espíritu de rebeldía durante 60 años, que alcanzó su cota máxima en la guerra contra Roma de los años 66 al 73.

CAPITULO II

Fundación de pueblos por los tetrarcas Herodes y Filipino en honor del emperador. Los samaritanos profanan el Templo y ocasionan siete días de impureza.



El reino de Herodes el Grande, repartido entre sus hijos tras su muerte en el año 4 a.C.

1. Quirino liquidó los bienes de Arquelao y puso fin al censo, en el año treinta y siete después de la victoria de César en Accio contra Antonio. Joazar, que se había enemistado con el pueblo, fué destituido y en su lugar fué nombrado Anán⁹, hijo de Set. Herodes¹⁰ y Filipino¹¹ se

9

El **Anán** de los Evangelios del Nuevo Testamento (Lc. III, 2; Jn. XVIII, 13-24), que fue sumo sacerdote entre los años 6 y 15 después de Cristo.

10

Herodes Antipas, hijo de Herodes el Grande y tetrarca de Galilea y Perea (Luc. III, 1, 19, etc.). Gobernó entre el 4 a.C. hasta el 39 d. de C.

11

Filipo o **Felipe**, otro de los hijos de Herodes el Grande, es mencionado en Lc. III, 1 como "*tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite* (Traconítida)". Josefo menciona dentro de los límites de su Tetrarquía a la Galaunítida, la Batanea y la Auranítida, además de la Traconítida, No confundirlo con otro hijo de Herodes del mismo nombre, el mencionado en el NT (Mt. XIV, 3; Mr. VI, 17; Lc. III, 19) como esposo de Herodías, la

hicieron cargo de sus respectivas tetraarquías. Herodes fortificó Séforis, adorno de la Galilea, y la llamó Autocratoria (imperial); también, después de haber rodeado de murallas a Bezaramita, otra población, la denominó Julias en memoria de la emperatriz. Filippo hizo levantar Paneas cerca de las fuentes del Jordán, y la llamó Cesárea; el poblado de Bezaida, al lado del lago de Genezaret, fué elevado a la dignidad de ciudad por el número de sus habitantes y recibió el nombre de Julias, en honor de la hija del César.

2. Durante la administración de Coponio, procurador de Judea, quien, como dijimos, fué enviado con Quirino, ocurrió lo siguiente. Durante la fiesta de los ácidos, que denominamos Pascua, los sacerdotes acostumbraban abrir las puertas del Templo después de medianoche. En esta ocasión, habiendo sido abiertas, algunos samaritanos que se habían introducido clandestinamente en la ciudad, esparcieron huesos humanos por todo el Templo y los pórticos. Desde entonces se prohibió a todos los samaritanos la entrada al Templo, lo cual no se acostumbraba a hacer anteriormente, y además fué más severa la vigilancia.

Poco después Coponio regresó a Roma, y lo reemplazó Marco Ambivio. Durante su gobierno falleció Salomé, la hermana del rey Herodes, que legó a Julia Jamnia y toda la toparquía, Fasalis, en la llanura, y Arqueláis, donde se encuentra una gran plantación de palmeras cuyos frutos son excelentes.

A Marco Ambivio le sucedió Anio Rufo, durante cuyo gobierno murió Augusto César, segundo emperador romano que reinó cincuenta y siete años, seis meses y dos días, habiendo compartido el poder durante catorce años con Antonio. Vivió setenta y siete años. Le sucedió en el gobierno Tiberio Nerón, hijo de su esposa Julia. Fué el tercer emperador romano.

Nerón envió como gobernador a Judea, después de Anio Rufo, a Valerio Grato. Este destituyó a Anán del pontificado y puso en su lugar a Ismael, hijo de Fab. Poco después lo destituyó y nombró a Eleazar, hijo del pontífice Anán. Un año después, habiéndolo privado igualmente de sus funciones, entregó el pontificado a Simón, hijo de Camit. Este no había ejercido sus funciones ni un año, cuando lo sucedió José, a quien llamaban también Caifás¹². En cuanto a Grato, después de haber estado en Judea once años, le sucedió Poncio Pilatos¹³.

3. El tetrarca Herodes edificó una ciudad que llamó Tiberíades¹⁴, por su gran amistad
misma que la dejó para juntarse con Herodes Antipas.

¹²**Caifás**, es el mismo mencionado en el Nuevo Testamento (Mt. XXVI, 57; Jn. XI, 49; Hch. IV, 6); fue sumo sacerdote del 18 al 36. Era yerno de Anás, con quien al parecer trabajó en estrecha colaboración.

¹³

Poncio Pilato, al igual que sus antecesores en la gobernación de Judea, era un caballero, es decir pertenecía a la orden ecuestre (la clase media alta). Llevó a Judea a su esposa (mencionada en Mt. XXVII, 19), ya que una ley dada por Augusto levantó la prohibición de que un gobernador pudiera llevar a su cónyuge a una provincia no pacificada. Gobernó entre los años 26 y 36. Aparte del relato de su gobierno por Josefo y el papel que le cupó en el proceso de Jesús relatado en los Evangelios, es mencionado fugazmente por el historiador Tácito (*Annales* XV, 44) como el gobernador bajo cuyo mandato fue crucificado Jesús; existe también menciones en la obra del filósofo Filón el judío: en *Legatione ad Gaium* 301 se lo describe como “por naturaleza rígido y porfiadamente duro” y “de naturaleza rencorosa y hombre excesivamente iracundo”; se habla también de “los sobornos, los actos de soberbia, los actos de violencia, los ultrajes, los casos de tratamiento basados en el rencor, los constantes asesinatos sin juicio, la incesante y sumamente agravante brutalidad” de los que podían acusarlo los judíos ante el emperador, lo que al final ocurriría. Mención aparte merecen los numerosos “*Hechos de Pilato*” (*Acta Pilati*), libros de inspiración cristiana que se contradicen entre sí y se consideran apócrifos.

¹⁴

Tiberíades o **Tiberias**, fundada alrededor del 20 d.C., es mencionada una sola vez en los Evangelios (Jn. VI, 23; “mar de Tiberias” aparece en Jn. VI, 1; XXI, 1) y no se menciona que Cristo lo haya visitado. Era una ciudad totalmente gentil y Jesús parece haberla evitado, eligiendo en cambio las poblaciones judías a la orilla del lago. Después de la destrucción de Jerusalén del año 70, se convirtió en principal asiento del saber judaico y tanto la Misná como el Talmud palestino fueron compilados allí, en los siglos III y V, respectivamente. De las poblaciones que rodeaban al mar de Galilea en tiempos del NT, Tiberias es la única de algún tamaño que subsiste

con Tiberio; estaba ubicada en la mejor parte de Galilea, en el lago de Genezaret. En su vecindad hay un poblado de nombre Emaús que tiene fuentes termales. Fueron a vivir allí gran número de personas de Galilea, así como todos aquellos habitantes del país de Herodes que eran obligados por la fuerza a radicarse en él, entre ellos algunos de los principales. Herodes instaló también a muchos pobres para que vivieran allí y a otros cuya condición de libres no estaba claramente establecida; les otorgó muchos privilegios e inmunidades, para que se sintieran alentados a quedarse en aquella ciudad. Levantóles casas y les asignó campos. Todo esto porque sabía que el residir allí era contrario a las costumbres judías, pues para levantar la ciudad fueron destruidos muchos sepulcros, retirando los huesos. Nuestra ley declara impuros durante siete días a los que viven en tales lugares.

4. Por la misma época murió Fraates rey de los partos, a consecuencia de las intrigas fraguadas por su hijo Fraataces, por el motivo siguiente. Fraates, que tenía hijos legítimos, recibió de Julio César, entre otros regalos, una esclava de raza italiana, cuyo nombre era Termusa. Al principio, la trató sólo como concubina; pero cautivado por su belleza, algún tiempo después se casó con ella y la dignificó, aceptando también al hijo que tuviera con ella. Termusa obtenía del rey todo lo que quería, y como aspiraba a que su hijo ocupara el trono de los partos, pensó que sólo lo conseguiría si lograba imaginar algún medio para desplazar a los hijos legítimos de Fraates. Persuadió a su marido de que enviara a Roma como rehenes a los demás hijos. Así lo hizo el rey, pues no le era fácil oponerse a la voluntad de Termusa.

En cuanto a Fraataces, que había sido educado para el gobierno, consideró molesto y demasiado largo esperar a que se le entregara el reino a la muerte de su padre. Con ayuda de su madre, de la cual según se decía era amante, intrigó contra su padre. Por ambos motivos se concitó el odio del pueblo, pues los súbditos consideraron que su incesto era un crimen tan grande como su parricidio. Antes de que se acrecentara su poder, en una sedición fué expulsado del reino y muerto. Los más nobles de los partos determinaron que sin rey no era posible el gobierno del estado, y que el rey debía ser de la familia de los Arsacidas. No era lícito que otros gobernaran; bastante habían sufrido a causa del matrimonio con una concubina italiana y del hijo que naciera del mismo. Enviaron mensajeros para que invitaran a ocupar el reino a Orodes, que era de estirpe real, a pesar de no ser bien visto por el pueblo por su excesiva crueldad, su genio intratable y su inclinación a la ira.

También a éste lo mataron durante una conjuración; según algunos, mientras comían y bebían, pues todos tienen por costumbre llevar siempre las espadas; aunque, según otros, mientras se dedicaba a la caza. Es así que enviaron una legación a Roma, pidiendo que se les otorgara como rey a uno de los rehenes. Fué enviado Vonones, preferido a los otros hermanos. Parecía que la suerte le favorecía, pues tenía en su favor a las dos potencias más grandes del universo, la suya y la extranjera. Pero muy pronto los bárbaros cambiaron de opinión, por ser de naturaleza inconstantes, contra la indignidad de este trato, pues se negaban a obedecer a un esclavo extranjero, considerando a los rehenes como esclavos; y creían vergonzosa la designación, pues el rey no había sido impuesto por derecho bélico, sino, lo que era mucho peor, a consecuencia de una paz ultrajante. Sin tardanza enviaron legados para que hicieran venir a Artabano, que reinaba en la Media, de la familia de los Arsacidas. Lo convencieron y se presentó con el ejército.

Vonones le salió al encuentro, pues al principio estaban en su favor la mayor parte de los partos, imponiéndose a Artabano, que se vió obligado a escapar a las fronteras de Media. Sin embargo, poco después, con un gran ejército, se trabó en lucha con Vonones a quien venció, de modo que éste, con algunos de sus soldados de caballería, escapó a Seleucia. Artabano, después de hacer una gran matanza entre los bárbaros, con el objeto de atemorizarlos, con sus tropas se dirigió a Ctesifón. Y así empezó a gobernar a los partos.

hasta hoy.

Vonones se refugió en Armenia e inmediatamente reivindicó el derecho al gobierno en este país, y envió legados a Roma con este propósito. Pero Tiberio se lo negó, tanto por su negligencia como por sus amenazas, pues por intermedio de sus legados había amenazado con la guerra; como no disponía de otro medio para conservar el reino, ya que los más poderosos de la región de Nifates se habían unido a Artabano, se entregó a Silano, gobernador de Siria. Fué guardado con deferencia en Siria a causa de haber sido educado en Roma. Armenia fué dada por Artabano a Orodes, uno de sus hijos.

5. Por este tiempo murió Antíoco, rey de Comagena. Se originó una discordia entre el pueblo y los nobles, y ambas partes enviaron legados a Roma. Los nobles pedían que el reino fuera reducido a provincia, pero los del pueblo exigían que, de acuerdo con la costumbre nacional, continuara la forma del gobierno real. Un senadoconsulto designó a Germánico para que fuera a poner en orden los asuntos del oriente; era la ocasión que el destino le deparaba para que muriera. Encontrándose en el oriente, después de haber arreglado todos los asuntos, fué envenenado por Pisón, según cuentan otros historiadores¹⁵.

CAPITULO III

Poncio Pilatos introduce clandestinamente imágenes del emperador en Jerusalén. Los judíos se sublevan. Tribulaciones de los judíos en Roma

1. Pilatos, pretor de Judea, salió de Samaria con su ejército para invernar en Jerusalén. Concibió la idea, para abolir las leyes judías, de introducir en la ciudad las efigies del emperador que estaban en las insignias militares, pues la ley nos prohíbe tener imágenes. Por este motivo los pretores que lo precedieron, acostumbraban a entrar en la ciudad con insignias que carecían de imágenes. Pero Pilatos fué el primero que, a espaldas del pueblo, pues lo llevó a cabo durante la noche, instaló las imágenes en Jerusalén.

Cuando el pueblo se enteró, se dirigió a Cesárea en gran número y pidió a Pilatos durante muchos días que trasladara las imágenes a otro lugar. El se negó, diciendo que sería ofender al César; pero puesto que no cesaban en su pedido, el día sexto, después de armar ocultamente a sus soldados, subió al tribunal, establecido en el estadio, para disimular al ejército oculto. En vista de que los judíos insistían en su pedido, dió una señal para que los soldados los rodearan; y los amenazó con la muerte, si no regresaban tranquilamente a sus casas. Pero ellos se echaron al suelo y descubrieron sus gargantas, diciendo que preferían antes morir que admitir algo en contra de sus sabias leyes. Pilatos, admirado de su firmeza y constancia en la observancia de la ley, ordenó que de inmediato las imágenes fueran transferidas de Jerusalén a Cesárea.

15

Germanico, sobrino e hijo adoptivo del emperador romano Tiberio, falleció en Antioquia en el año 19, posiblemente víctima de una enfermedad fatal, pero se sospechó que Pisón (gobernador de Siria) lo envenenó como resultado de una enemistad feroz que se profesaban ambos. El suicidio subsecuente de Pisón impidió probarle el cargo de asesinato. Tiberio nunca escapó la sospecha, si no de instigar el asesinato de Germánico, por lo menos de incitar la enemistad que acabó en la tragedia. Germánico había sido un general exitoso e inmensamente popular que de no haber sido por su muerte prematura se habría convertido en emperador. Su hijo Cayo o Calígula sería después emperador. V. Tácito, *Anales*.

2. También dispuso Pilatos llevar agua a Jerusalén, a expensas del tesoro sagrado, desde una distancia de doscientos estadios. Pero los judíos quedaron descontentos por las medidas tomadas; se reunieron muchos miles de hombres que pidieron a gritos que se desistiera de lo ordenado; algunos, como suelen hacerlo las multitudes, profirieron palabras ofensivas¹⁶. Pilatos envió un gran número de soldados vestidos con ropa judía, pero que bajo los vestidos ocultaban las armas, a fin de que rodearan a los judíos; luego ordenó a éstos que se retiraran. Como los judíos dieron muestras de querer injurarlo, hizo la señal convenida a los soldados; éstos castigaron mucho más violentamente de lo que se les había ordenado tanto a los que estaban tranquilos, como a los sediciosos. Pero los judíos no mostraron señal ninguna de debilidad, de tal modo que sorprendidos de improviso por gente que los atacaba a sabiendas, murieron en gran número en el lugar, o se retiraron cubiertos de heridas. Así fué reprimida la sedición.

3. Por aquel tiempo existió un hombre sabio, llamado Jesús, si es lícito llamarlo hombre, porque realizó grandes milagros y fué maestro de aquellos hombres que aceptan con placer la verdad. Atrajo a muchos judíos y muchos gentiles. Era el Cristo. Delatado por los principales de los judíos, Pilatos lo condenó a la crucifixión. Aquellos que antes lo habían amado no dejaron de hacerlo, porque se les apareció al tercer día resucitado; los profetas habían anunciado éste y mil otros hechos maravillosos acerca de él. Desde entonces hasta la actualidad existe la agrupación de los cristianos¹⁷.

4. Por la misma época los judíos sufrieron otra tribulación. Acontecieron en Roma algunos hechos en el templo de Isis, que se consideraron escandalosos. Recordaré primeramente el crimen que se cometió en dicho templo, y luego referiré lo acontecido a los judíos. Había en Roma una cierta Paulina, de ilustre nacimiento y de gran prestigio por su afán en la práctica de la virtud además abundaba en riquezas, era de una gran belleza y estaba en aquella edad en que las mujeres son más coquetas; pero ella llevaba una vida virtuosa. Estaba casada con Saturnino, que rivalizaba con ella por sus buenas cualidades. Se enamoró de ella Decio Mundo, caballero de la más alta dignidad. En vano trató de seducirla mediante numerosos regalos, pues ella rechazó todos los que le ofrecía. Su amor aumentó cada vez más, hasta que llegó a ofrecerle doscientas mil dracmas áticas por una sola noche.

En vista de que ni aun con esta suma pudo doblegar su ánimo, no pudiendo soportar

¹⁶Se ha querido relacionar este episodio con otro mencionado en Lucas XIII.4: en este pasaje Jesús alude a la Torre de Siloé, que se desplomó y mató a 18 personas, fortificación que estaría cerca del estanque del mismo nombre; dicho accidente pudo estar relacionado con la construcción del acueducto motivo del tumulto relatado por Josefo.

¹⁷Se supone que este párrafo ha sido interpolado, probablemente por un lector cristiano que añadió al manuscrito original una nota marginal, incorporada luego en el texto. La suposición se basa sobre todo en la observación de que el pasaje interrumpe el relato, que prosigue en el párrafo siguiente, y que la caracterización de Jesús está redactada en términos que sólo pudo haber empleado un cristiano (especialmente por la afirmación de que Jesús era el Mesías, algo que no pudo decir nunca Josefo, quien siempre se mantuvo en la fe judía). Pero en 1972 el profesor Schlomo Pines, de la Universidad Hebrea en Jerusalén, anunció su descubrimiento de un manuscrito árabe del historiador melquita Agapio, del siglo décimo, en el que el pasaje de Josefo queda expresado de una manera apropiada para un judío, y que se corresponde de una forma tan estrecha a las anteriores proyecciones hechas por eruditos acerca de lo que Josefo habría escrito originalmente. El texto de Agapio es el siguiente:

"En este tiempo existió un hombre de nombre Jesús. Su conducta era buena y era considerado virtuoso. Muchos judíos y gente de otras naciones se convirtieron en discípulos suyos. Los convertidos en sus discípulos no lo abandonaron. Relataron que se les había aparecido tres días después de su crucifixión y que estaba vivo. Según esto fue quizá el mesías de quien los profetas habían contado maravillas."

más su pasión, determiné dejarse morir de hambre para poner fin a sus sufrimientos. Decidido a morir así, se preparó para hacerlo. Pero había una liberta de su padre, de nombre Ide, experta en toda clase de crímenes. Se lamentó que el joven persistiera en morir, pues era evidente que realizaría su propósito. Se acercó a él y lo animó, asegurándole que gozaría de los abrazos de Paulina. El accedió a su propuesta, y ella le aseguró que le bastaban cincuenta mil dracmas para la conquista de aquella mujer. Después que infundió esperanzas en el joven y recibido el dinero solicitado, adoptó medios diferentes de los utilizados hasta entonces; pues veía que Paulina no podía ser seducida mediante dinero. Informada de que era muy dada al culto de Isis decidió realizar lo siguiente.

Habiendo reunido a algunos de sus sacerdotes a quienes obligó con juramentos, y sobre todo luego de ofrecerles dinero, por el momento veinticinco mil, y otro tanto cuando el asunto se hubiera llevado a cabo, les expuso el amor del joven y los incitó a que de todos modos procuraran apoderarse de la joven. Ellos, inducidos por el oro, prometieron hacerlo. El mayor de ellos se acercó a Paulina y pidió hablar con ella a solas. Habiéndosele concedido, dijo que venía en nombre de Anubis, pues el dios, a causa del amor que sentía por ella, la invitaba a que fuera a él. Estas noticias le resultaron agradables y deseables y se jactó ante sus familiares del honor que Anubis le otorgaba; anunció también a su marido que había sido invitada a comer y a acostarse con Anubis. El recibió estas noticias alegremente, pues conocía muy bien la honestidad de su mujer.

Paulina se dirigió al templo, y después de haber cenado, siendo hora de acostarse, habiendo el sacerdote cerrado las puertas, dentro del templo se apagaron las luces. Mundo, que se había escondido, se unió con ella, y ella se entregó durante toda la noche, creyendo que se trataba del dios.

El se fué antes de que se levantaran los sacerdotes que conocían la intriga. Paulina por la mañana se presentó ante su esposo a quien narró la aparición de Anubis, relatándola también orgullosamente a sus familiares. De éstos, unos no la creyeron, considerando la naturaleza del asunto; otros se admiraron de ello, pues no podían, sin ser injustos, dudar de su palabra, si tenían en cuenta su honestidad y nobleza.

Al tercer día después del hecho, Mundo se presentó a Paulina y le dijo:

—Paulina, me has ahorrado doscientas mil dracmas, que pudiste agregar a tu fortuna; y sin embargo, me concediste lo que te pedí. Poco importa que te hayas esforzado en injuriar a Mundo; pues hiciste lo que yo deseaba bajo el nombre de Anubis.

Dichas estas palabras, se fué. Ella, informada de la afrenta inferida, se rasgó los vestidos y relaté a su esposo la magnitud de la ofensa, pidiéndole que la vengara. Este presentó el asunto ante César. Tiberio, habiendo hecho averiguar lo acontecido entre los sacerdotes, los condenó a ser crucificados e hizo morir también a Ide, culpable de todo lo que había pasado a aquella mujer. Además destruyó el templo e hizo arrojar al agua del Tíber la imagen de Isis. A Mundo lo castigó con el destierro, considerando que no tenía por qué castigarlo más, pues había delinquido por la vehemencia de su amor. Estos fueron los actos vergonzosos con los que sacerdotes de Isis infamaron su templo. Ahora voy a referir lo que aconteció a los judíos que vivían en Roma, como dije antes.

5. Había un hombre de raza judía, que había huido de su patria, pues estaba acusado de proceder en contra de la ley y temía el castigo. Era un hombre perverso en todos los aspectos. Vivía en Roma y se decía intérprete de la ley de Moisés. Habiéndosele unido otros tres en todo semejantes a él, lograron persuadir a una mujer noble, Fulvia, que se había convertido a la ley mosaica y era su discípula, que enviara púrpura y oro al Templo de Jerusalén. Cuando lo recibieron, lo gastaron en sus cosas, pues en realidad lo habían pedido para este fin. Tiberio, a quien los denunció su amigo Saturnino, esposo de Fulvia, a instancias de su mujer, ordenó expulsar de Roma a todos los judíos. Los cónsules, habiendo primeramente

seleccionado cuatro mil hombres, los enviaron como soldados a la isla de Cerdeña, y entregaron a los suplicios a un número mucho mayor, que rehusaban el servicio militar por fidelidad a las leyes de su patria. Y es así, como por la maldad de cuatro hombres, los judíos fueron expulsados de la ciudad.



La inscripción de Pilato.- En el año de 1961, excavaciones de arqueólogos italianos realizadas en Cesarea (la antigua Torre de Estratón refundada por Herodes en la costa mediterránea), descubrieron que el antiguo teatro de la ciudad había sido reedificado en diversos momentos posteriores a la época herodiana; en los escombros bajo los escalones encontraron una piedra de 2 por 3 pies (unos 60 por 90 cms.), que llevaba inscripciones. La cara izquierda de la piedra había sido alisada para volverla a usar pero en el otro lado había inscripciones entre la que se destacaba el nombre de PILATVS. Se le describe como "Prefecto" de Judea y se dice que había levantado un santuario en honor del emperador Tiberio. Esta piedra se conserva en el Museo de Jerusalén y nos permite saber ahora que el título que se daba oficialmente a los gobernadores de Judea era en realidad el de PREFECTO, y que el término de Procurador (que el historiador Tácito da a Pilato) debió en realidad ser usado posteriormente por sus sucesores.

CAPITULO IV

Perturbaciones en Samaria. Pilatos ordena numerosas ejecuciones. Vitelio envía a Pilatos a Roma. Tiberio ordena a Vitelio pactar con Aristóbulo. Muerte de Filipo

1. Tampoco a los samaritanos les faltaron agitaciones. Los excitó un hombre que no daba importancia ninguna a la mentira y que nada dejaba de hacer para conquistarse la simpatía del pueblo. Ordenó que subieran con él al monte Garizim, que para ellos es el más célebre de todos los montes, por morar en él la divinidad. Aseguraba que una vez allí les

mostraría los vasos sagrados que Moisés escondió y enterró¹⁸. El pueblo, que dió crédito a lo que decía, tomó las armas y reunióse en un pueblo llamado Tiratana donde se les agregaron otros en gran número, para subir al monte.

Pero Pilatos se anticipó y ocupó el camino con soldados de caballería e infantería. Estos mataron a algunos, a otros pusieron en fuga e hicieron muchos cautivos. Pilatos hizo matar a los principales.

2. Apaciguada la sedición, el senado de los samaritanos se presentó ante Vitelio, varón consular y gobernador de Siria, y acusó a Pilatos de las muertes. No se habían reunido en Tiratana para rebelarse contra los romanos, sino para escapar a la violencia de Pilatos. Entonces Vitelio, luego de enviar a Marcelo, su amigo, para que se informara sobre los problemas de los judíos, ordenó a Pilatos que regresara a Roma, para responder ante el César por los crímenes de que se lo acusaba. Así es como Pilatos, después de pasar diez años en Judea, se dirigió a Roma, por orden de Vitelio, a quien no podía oponerse. Antes de llegar a Roma, falleció Tiberio.¹⁹

3. Vitelio, que se dirigía a Judea, pasó a Jerusalén en la oportunidad de la fiesta de Pascua. Fué recibido magníficamente por los judíos, a quienes perdonó los impuestos sobre la venta de las cosechas. Permitió también que las vestiduras del sumo pontífice y todos sus ornamentos fueran guardados en el Templo por los sacerdotes, como se hacía anteriormente. En aquel tiempo eran depositados en la fortaleza llamada Antonia, por el siguiente motivo. Uno de los pontífices llamado Hircano, el primero de este nombre, pues hubo muchos que se llamaron así, habiendo hecho construir una fortaleza en las cercanías del Templo, pasaba allí gran parte de su vida; las vestiduras, que estaban bajo su vigilancia, pues sólo él podía usarlas, eran guardadas en el mismo lugar; todas las veces que se dirigía a la ciudad vestía de particular. Lo mismo acostumbraron a hacer sus hijos y nietos. Durante el reinado de Herodes, viendo éste que la fortaleza estaba ubicada en un lugar muy adecuado, hizo muchos gastos en su refección, dándole el nombre de Antonia en honor de Antonio, que era su amigo. Retuvo las vestiduras sacerdotales que se encontraban allí, confiando en que por este motivo el pueblo dejaría de complotar.

De igual modo obró Arquelao, su hijo, quien lo sucedió en el mando. Al tomar los romanos el gobierno por su cuenta, encontraron que las vestiduras sacerdotales estaban depositadas en una construcción de piedra, sellada por los sacerdotes y los guardianes del tesoro, donde el comandante de la guarnición encendía todos los días una lámpara. Siete días antes de la fiesta, el último enviaba las vestiduras a los sacerdotes, y el sumo sacerdote se servía de las mismas después de purificarlas. Después de la solemnidad de nuevo las reponían en el lugar donde se guardaban. Esto se realizaba todos los años, con motivo de los tres días

¹⁸Obviamente, esto era una patraña, pues Moisés jamás había estado en el Monte Garizim, por cuanto no le fue permitido cruzar el Jordán. Algunos eruditos consideran sin embargo, que existe una confusión textual al interpretar *Moyseos* por *Oseos* y que Josefo se refería a la tradición samaritana de que Uzi, el sumo sacerdote (1º Crónicas 6:6) había escondido el arca y otros recipientes sagrados en el Monte Garizim.

¹⁹

Nada sabemos del resultado del juicio que se le siguió a Pilato. Según una tradición, fue desterrado por el emperador Cayo (Calígula) a la ciudad de Viena, en la Galia. El historiador Eusebio de Cesarea, basándose en informes de analistas griegos de las Olimpiadas (los cuales se han perdido), completa la historia, afirmando que el antiguo gobernador de Judea puso fin a sus días suicidándose, lo que debió ocurrir hacia el año 39. Existen también unos libros apócrifos conocidos como *Acta Pilati* o “Hechos de Pilato” que recrean la figura de un Pilato “cristiano”: según dicha versión, Pilato y su esposa (de nombre Prócula o Claudia), al final se convirtieron al cristianismo; Pilato figura así como un santo de la Iglesia Oriental. La iglesia copta la considera mártir y celebra su festividad el 25 de Junio.

festivos y el día de ayuno²⁰.

Vitelio ordenó, de acuerdo con la costumbre nacional, que las vestiduras fueran guardadas por los sacerdotes, con mandato al comandante de la fortaleza de que no investigara dónde se guardaban ni en qué días se utilizaban. Procedió así para conquistar la simpatía del pueblo. Privó del sumo sacerdocio a José, llamado también Caifás, y puso en su lugar a Jonatás, hijo del sumo pontífice Anán. Después se retiró a Antioquía.

4. Por este tiempo Tiberio escribió a Vitelio ordenándole que hiciera un pacto de amistad con Artabano, rey de los partos. Temía que, como enemigo y por haber ocupado a Armenia, cometiera daños todavía mayores. Pero la única forma de dar crédito a su amistad sería que entregara rehenes, especialmente al hijo de Artabano.

Después de escribir estas instrucciones a Vitelio, Tiberio persuadió, mediante la donación de grandes cantidades de dinero, al rey de los iberos y al de los albanos, que atacaran sin demora a Artabano. Rehusaron hacerlo, pero dieron paso libre a los escitas a través de su territorio, abriéndoles las puertas caspias, para lanzarlos contra Artabano. Con esto los partos perdieron de nuevo Armenia. La guerra se extendió por su territorio; murieron muchos de los hombres más nobles, y todo el país quedó devastado. En la guerra fallecieron muchos miles, incluso el hijo del rey.

Vitelio intrigó para eliminar al rey Artabano, sirviéndose de parientes y amigos a quienes ofreció grandes regalos. Artabano comprendió que no podría eludir las intrigas tramadas por muchos hombres muy bien ubicados y que, al final, conseguirían su objetivo; pensaba en aquellos que todavía aparentemente eran sus partidarios, a pesar de que estaban corrompidos, de tal modo que si algo se intentaba en su contra, se pasarían a los que lo habían traicionado. Por este motivo se retiró a las satrapías de las partes superiores del país. Luego, habiendo reunido un gran ejército de dahos y sacos, venció a sus enemigos y reconquistó el reino.

5. Enterado Tiberio, ordenó que se hiciera amistad con Artabano. Este aceptó alegremente la conferencia a que se lo invitaba con este motivo. El rey y Vitelio se reunieron en el río Eufrates; se encontraron en medio de un puente tendido sobre el río, acompañado cada uno de ellos por sus guardias. Después de hacer el pacto de amistad, Herodes, el tetrarca, los invitó a un banquete en una tienda lujosa extendida en medio del puente. Poco después Artabano envió su hijo Darío a Tiberio como rehén, con muchos dones. Entre estos dones había un hombre de siete codos de altura, de raza judía, llamado Eleazar, a quien le decían el Gigante.

Después Vitelio regresó a Antioquía y Artabano a Babilonia. Herodes, que quería ser el primero en anunciar a César la obtención de los rehenes, envió correos y escribió una carta en la cual le exponía todo detalladamente, de modo que el procónsul no tuviera nada que agregar. Este también envió cartas, pero cuando el César las recibió ya estaba informado de todo, pues lo había sabido por intermedio de Herodes. Vitelio se indignó grandemente, considerándose más injuriado de lo que realmente había sido; pero ocultó su indignación hasta su retorno bajo el gobierno de Cayo.

6. Por entonces falleció Filipo, hermano de Herodes, en el año vigésimo del gobierno de Tiberio, y en el trigesimoséptimo desde que estuviera al frente de la Traconítida, Gaulanítida y Batanea. Fué un hombre de carácter suave con los súbditos y de ingenio apacible. Pasaba todo el año en el territorio que le pertenecía. En sus viajes, llevaba sólo unos pocos acompañantes. Hacía transportar consigo el trono en el que se sentaba para hacer justicia, por si alguien se le presentara pidiendo su ayuda; en este caso sin demora alguna se dirigía al lugar donde se

²⁰Pascua, Pentecostés, la fiesta de los Tabernáculos y el día de la expiación.

encontraba el trono, y sentado en él decidía la causa. Castigaba a los culpables y absolvía a aquellos que eran acusados injustamente. Murió en Julias y fué sepultado magníficamente en el monumento que previamente se había construido. Su territorio, pues murió sin hijos, pasó a poder de Tiberio, que lo unió a la provincia de Siria, pero ordenó que los impuestos de la tetarquía quedaran en la misma.

CAPITULO V

El tetrarca Herodes hace la guerra a Aretas, y es vencido. Historia de Juan Bautista. Vitelio, al informarse de la muerte de Tiberio, detiene las hostilidades

1. Por este tiempo surgieron disensiones entre Aretas, el rey de Petra y Herodes, por el siguiente motivo. Herodes el tetrarca casóse con la hija de Aretas, y vivió con ella durante mucho tiempo. En viaje a Roma, fué a visitar a su hermano Herodes, hijo de otra madre, pues Herodes el tetrarca era hijo de la hija de Simón el sumo pontífice. Enamoróse de Herodias²¹, la mujer de su hermano, hija de Aristóbulo, otro de sus hermanos, y hermana de Agripa el grande. Tuvo la audacia de hablarle de matrimonio. No le disgustó a ella la propuesta; se convino entre los dos que ella iría a su casa así que él regresara de Roma; además él prometió repudiar a la hija de Aretas.

Después de formalizar estas promesas, él marchó a Roma. Cuando estaba ya de regreso, concluidos los asuntos para los cuales había ido a Roma, su esposa, informada de lo pactado con Herodias, antes de que él supiera que ella lo sabía, se dirigió a Maquero²², fortaleza que se encuentra en los límites del territorio de Herodes y Aretas, sin que él sospechara sus propósitos. Herodes le envió a donde pedía ir, ignorando que su esposa estaba bien informada.

Pero ella, que había enviado algún tiempo antes emisarios a Maquero, lugar que entonces dependía de su padre, encontró allí todo preparado por su comandante para el viaje. De allí pasó a Arabia haciéndose escoltar por comandantes de los puestos sucesivos, para llegar cuanto antes a presencia de su padre, y descubrirle las intenciones de Herodes. Aretas buscó un pretexto de hostilidad a propósito de las fronteras del territorio de Gamala. Los dos reunieron sus ejércitos con fines bélicos y enviaron a sus generales.

Iniciadas las hostilidades, todo el ejército de Herodes fué vencido y muerto, pues fué traicionado por algunos prófugos que estaban al servicio de Herodes, aunque eran de la tetarquía de Filipo. Sobre esto Herodes informó por carta a Tiberio. Este, indignado con Aretas, escribió a Vitelio que le hiciera la guerra y se lo enviara vivo, encadenado, o, si era muerto, la cabeza. Tales fueron las órdenes de Tiberio al procónsul de Siria.

2. Algunos judíos creyeron que el ejército de Herodes había perecido por la ira de Dios, sufriendo el condigno castigo por haber muerto a Juan, llamado el Bautista. Herodes lo hizo matar, a pesar de ser un hombre justo que predicaba la práctica de la virtud, incitando a vivir con justicia mutua y con piedad hacia Dios, para así poder recibir el bautismo²³. Era con esta condición que Dios

²¹Herodías, es la misma mencionada en Mr. VI, 17 y Lc. III, 19.

²²

Maqueronte, fortaleza ubicada al este del Mar Muerto (actual el-Mekawar), construida por Alejandro Janeo (103-76 a.C.), destruida por el comandante romano Gabinio (57 a.C.) y reconstruida por Herodes el Grande (37-4 a.C.), quien apreciaba las cercanas fuentes termales de Calirroe (Uadi Zerka Main)

²³

consideraba agradable el bautismo; se servían de él no para hacerse perdonar ciertas faltas, sino para purificar el cuerpo, con tal que previamente el alma hubiera sido purificada por la rectitud. Hombres de todos lados se habían reunido con él, pues se entusiasmaban al oírlo hablar. Sin embargo, Herodes, temeroso de que su gran autoridad indujera a los súbditos a rebelarse, pues el pueblo parecía estar dispuesto a seguir sus consejos, consideró más seguro, antes de que surgiera alguna novedad, quitarlo de en medio, de lo contrario quizá tendría que arrepentirse más tarde, si se produjera alguna conjuración. Es así como por estas sospechas de Herodes fué encarcelado y enviado a la fortaleza de Maquero, de la que hemos hablado antes, y allí fué muerto. Los judíos creían que en venganza de su muerte, fué derrotado el ejército de Herodes, queriendo Dios castigarlo.

3. Vitelio se aprestó a hacer la guerra a Aretas; tomó consigo dos legiones y todas las tropas ligeras y de caballería que tenía agregadas, guiadas por los reyes sometidos a los romanos. Yendo hacia Petra, llegó a Ptolemáís. Al querer pasar con su ejército por Judea, los principales le pidieron que no lo hiciera; adujeron que sus costumbres nacionales no permitían las imágenes y que había muchas en las insignias. Vitelio accedió al pedido, y ordenó que el ejército avanzara por una gran llanura. El con Herodes y sus amigos ascendió a Jerusalén, para ofrecer sacrificios a Dios, estando próxima la fiesta de los judíos. Llegó para la fiesta y fué recibido magníficamente por el pueblo, permaneciendo tres días. Entretanto destituyó a Jonatás del pontificado y puso en su lugar a su hermano Teófilo.

Al cuarto día recibió una carta comunicándole que Tiberio había fallecido; hizo entonces jurar al pueblo fidelidad a Cayo. También dió orden de retroceder a los soldados que estaban en camino, para que se retiraran a sus cuarteles de invierno, pues no tenía el mismo poder de antes para hacer la guerra, por haber pasado el imperio a las manos de Cayo.

Se cuenta también, que Aretas, al informarse que se acercaba la expedición de Vitelio, consultó a un adivino, el cual dijo que aquél no entraría en Petra; pues en breve moriría el jefe que había ordenado la guerra, o aquel que se disponía a cumplir las órdenes o aquel en cuyo favor se había preparado la expedición.

Vitelio se retiró a Antioquía.

Agripa²⁴ hijo de Aristóbulo, un año antes de fallecer Tiberio, se dirigió a Roma para tratar de sus asuntos con el César, en la medida que le fuera posible.

Quiero tratar más extensamente la situación de Herodes y su familia, por de pronto porque interesa a la historia, y además porque es una manifestación de la providencia divina, que demuestra que no importan ni el número ni las fuerzas que los hombres emplean, cuando falta la piedad hacia Dios, puesto que en el espacio de un siglo casi todos los descendientes de Herodes, a pesar de ser muy numerosos, desaparecieron. El conocimiento de su mala suerte servirá para que el género humano sea más prudente, como también la vida admirable de Agripa, el cual, de simple particular, se elevó contra lo que todos esperaban, a un grado tal de poder. Ya lo he mencionado anteriormente, pero lo trataré en forma más precisa.

4. Herodes tuvo dos hijas con Mariamne, la hija de Hircano: una de ellas, Salampsio, casó con su primo Fasael, hijo de Fasael, el hermano de Herodes, habiendo éste dispuesto el

Sobre **Juan el Bautista**, v. Mateo, XIV, 1-12, Lucas, III, 1-3 y 19-20.

²⁴**Agripa**, hijo de Aristóbulo (otro de los hijos de Herodes el Grande) y sobrino de Herodes Antipas, llegó después a ser rey de Judea con el nombre de **Herodes Agripa I** (años 41 al 44). Es el mismo “rey Herodes” mencionado en Hch. XII, como el perseguidor de los cristianos, que hizo ejecutar al apóstol Jacobo, hermano de Juan (más conocido como Santiago el Mayor).

matrimonio. La otra, Cipros, se casó también con su primo Antipáter, hijo de Salomé, hermana de Herodes. Fasael tuvo cinco hijos con Salampsio: Antipáter, Herodes, Alejandro y dos hijas, Alejandra y Cipros, que se casó, con Agripa, hijo de Aristóbulo. Alejandra contrajo matrimonio con Timio, uno de los principales ciudadanos de Chipre, muriendo sin haber dejado hijos. En cambio, Cipros dió dos hijos y tres hijas a Agripa. Estas eran Berenice, Mariamne y Drusila. Los hijos fueron Agripa y Druso; el último murió antes de llegar a la pubertad. Su padre Agripa fué educado a la par de los otros hermanos, Herodes y Aristóbulo, que también eran hijos de Herodes el Grande y de Berenice; Berenice era hija de Costobaro y Salomé, la hermana de Herodes. Estos fueron dejados por el padre siendo muy niños, cuando Aristóbulo fué muerto con su hermano Alejandro, como dijimos.

Una vez adolescente este Herodes, hermano de Agripa, casó con Mariamne hija de Olimpias, hija del rey Herodes, y de José, hijo de José, que era hermano del rey Herodes; con ella tuvo un hijo, Aristóbulo. El tercer hermano de Agripa, Aristóbulo, casó con Jotape, hija de Sampsigeramo, rey de Emeso; tuvieron una hija sorda, cuyo nombre era también Jotape. Estos fueron los hijos de los hijos. Herodias, su hermana, casó con Herodes (Filipo), el hijo de Herodes el Grande que éste tuvo con Mariamne, la hija del pontífice Simón. Tuvieron una hija, Salomé; después del nacimiento de ésta, Herodias, que se propuso violar las leyes nacionales, casó con Herodes (Antipas), hermano de su esposo del mismo padre, apartándose del primer marido mientras éste vivía. Ejerció la tetarquía de Galilea. Su hija Salomé estaba casada con Filipo, hijo de Herodes, que ejerció la tetarquía de Traconítida. Habiendo éste fallecido sin hijos, se casó con ella Aristóbulo hijo de Herodes, hermano de Agripa; nacieron tres hijos, Herodes, Agripa y Aristóbulo. Estos son los descendientes de Fasael y Salampsio.

Cipros tuvo con Antipáter una hija llamada Cipros, casó con Alexas Helcias, hijo de Alexas. Tuvieron una hija llamada Cipros. Pero Herodes y Alejandro los cuales, como dije, fueron hermanos de Antipáter, murieron sin descendientes. Además Alejandro, hijo del rey Herodes, que fué muerto por el padre, tuvo dos hijos, Alejandro y Tigranes, con la hija de Arquelao, rey de los capadocios. Tigranes, rey de Armenia, murió sin hijos, mientras era acusado en Roma. Alejandro tuvo un hijo llamado Tigranes, como su hermano, el que fué enviado por Nerón para que gobernara en Armenia. Tuvo un hijo llamado Alejandro. Este casó con Jotape, hija de Antíoco, rey de Contagena; fué hecho por Vespasiano rey de una isla de Cilicia. Los descendientes de Alejandro ya desde la primera infancia se apartaron de las leyes de los judíos, pasando a las costumbres y ritos de los griegos. Las demás hijas de Herodes murieron sin hijos. Los descendientes de Herodes que acabo de enumerar vivían en el momento en que Agripa el Grande recibió el título de rey, y ya expuse su parentesco. Quiero ahora enumerar las desventuras a las que pudo escapar Agripa para ascender a la cima del poder y de las dignidades.

CAPITULO VI

Agripa se traslada a Roma para presentarse ante Tiberio. Acusado por uno de sus libertos, es encarcelado. Recobra la libertad con la muerte de Tiberio; Calígula lo nombra rey de la tetarquía de Filipo.

1. Poco antes de la muerte del rey Herodes, Agripa vivía en Roma. Fué educado junto con el hijo de Tiberio, Druso, con quien tenía gran amistad, así como también con Antonia, esposa de Druso el Grande, pues su madre, Berenice, a la que aquélla apreciaba, le pidió que la ayudara a hacer progresar a su hijo en los honores. Agripa era magnánimo y pródigo. Mientras vivió su madre, disimuló sus intenciones, para no disgustarla.

Fallecida Berenice, no habiendo nada que lo trabara, gastó sus bienes en parte viviendo lujosamente y en parte con donaciones desmedidas, especialmente entre los libertos de César, a la espera de poder contar con su ayuda.

Al poco tiempo quedó reducido a la indigencia, de manera que ya no se pudo quedar en Roma por más tiempo. Además, Tiberio había prohibido que los amigos de su hijo se presentaran como antes a su presencia, para que no se le renovara el dolor de su muerte.

2. Por este motivo, Agripa se embarcó hacia Judea, muy afligido y desanimado por haber gastado todo su dinero y no disponer de nada para pagar a sus acreedores, que eran muchos y estaban a la expectativa de todos sus movimientos para que no se les escapara. Quedó reducido a una situación en la cual no sabía qué hacer. Entonces se retiró a una fortaleza idumea de Malata, pensando quitarse la vida.

Lo adivinó Cipros, su mujer, que trató por todos los medios de apartarlo de esta idea. Escribió a su hermana Herodías, casada con el tetrarca Herodes, indicándole las intenciones de Agripa en vista del estado de sus asuntos y los extremos de indigencia a que había llegado. Le pedía que, a causa del parentesco, la ayudara y que indujera a su esposo a hacer lo mismo. Viendo que ella procuraba ayudarlo, a pesar de no abundar en riquezas, Herodes y Herodías llamaron a Agripa y le asignaron como lugar de residencia Tiberíades, con una cantidad limitada para vivir, y lo nombraron edil de la zona.

Herodes no mantuvo mucho tiempo esta decisión, a pesar de que ni aun así satisfacía las necesidades de Agripa. Mientras celebraban un banquete en Tiro, el vino desató las lenguas, y Herodes le reprochó su pobreza, pues le tenía que suministrar lo necesario para vivir. Agripa no pudo soportarlo; entonces se dirigió a Flaco, varón consular, que por entonces estaba al frente de Siria y con quien ya antes, en Roma, había tenido gran amistad.

3. Flaco lo recibió muy bien, admitiéndolo a su lado junto con Aristóbulo, hermano de Agripa con el cual éste estaba en desacuerdo. Su disentimiento, sin embargo, no obstaculizaba la amistad de ambos con el procónsul, quien los trataba honrosamente. Pero Aristóbulo no abandonaba su odio y procuró por todos los medios enemistar a Flaco con Agripa, arbitrando la siguiente oportunidad para ello.

Estando en contienda los de Damasco con los de Sidón a causa de las fronteras, fué árbitro en la decisión Flaco; pero conociendo aquéllos la influencia de Agripa le pidieron que se pusiera de su lado, ofreciéndole gran cantidad de dinero. Él, entonces, procuró ansiosamente auxiliar a los de Damasco. Pero Aristóbulo lo delató a Flaco, pues no se le ocultaba que le habían ofrecido dinero. Habiéndose comprobado que era así, después de haberse investigado, Flaco le retiró su amistad.

Reducido a extrema necesidad dirigióse a Ptolemáis, y no sabiendo dónde vivir, determinó navegar a Italia. Falto de dinero para este viaje, ordenó a Marsias, su liberto, que de todas maneras se lo procurara prestado. Marsias rogó a Petro, liberto de Berenice, madre de Agripa, traspasado legalmente por testamento a manos de Antonia, que por lo menos le prestara este dinero bajo su propia firma y garantía. Pero el otro, reclamando cierta cantidad de la cual había sido despojado por Agripa, obligó a Marsias a firmar un vale por veinte mil dracmas áticas, cuando solamente entregaba dos mil quinientas. Lo firmó, puesto que no tenía otra salida. Con este dinero Agripa fletó un navío, llegó a Antedón y se preparó para levar anclas.

Cuando lo supo Herenio Capito, gobernador de Jamnia, envióle soldados para exigirle trescientas mil piezas de plata que Agripa había quedado debiendo al tesoro imperial cuando vivía en Roma; y lo obligaron a quedarse allí. Agripa simuló cumplir la orden; pero, durante la noche, cortó las amarras y se dirigió a Alejandría. Allí pidió a Alejandro el alabarca que le prestara doscientas mil dracmas. Alejandro se negó a prestárselas, pero no se las negó a

Cipros, admirado de su amor conyugal y de sus demás virtudes. Cipros aceptó y Alejandro, habiéndole entregado cinco talentos en Alejandría, prometió darle el resto cuando llegaran a Dicearquía, puesto que desconfiaba de la prodigalidad de Agripa. Cipros, después de despedir a su esposo en viaje a Italia, regresó con sus hijos a Judea.

4. Habiendo Agripa llegado a Puteoli, escribió una carta al emperador Tiberio, que residía en Capri; había ido a rendirle homenaje, verlo y pedirle permiso para dirigirse a Capri. Tiberio le contestó muy amablemente y, entre otras cosas, le dijo que se alegraría de verlo en Capri. Una vez allí, lo recibió con no menor amabilidad de la que le manifestó en la carta, lo abrazó y le ofreció hospedaje. Pero al día siguiente César recibió una carta de Herenio Capito en la que le decía que Agripa, después de haber recibido prestadas trescientas mil dracmas, que no pagó a su debido tiempo, a pesar de habersele amonestado a que las devolviera, escapó del lugar de su territorio, de modo que quedó privado de toda posibilidad de exigirle el dinero. Al leer esta carta, el César se indignó mucho, y prohibió a Agripa que se presentara ante él sin antes haber arreglado sus deudas.

Agripa se alteró por la ira del César; pidió a Antonia, madre de Germánico y de Claudio, el futuro César, un préstamo de trescientas mil dracmas, para no perder la amistad de Tiberio. Ella, en recuerdo de su madre Berenice, pues había unido a las dos mujeres una profunda amistad, y además por haber sido Agripa educado junto con Claudio, le facilitó el dinero.

Pagada la deuda, quedóle expedito el camino para la amistad con el César. Más adelante el mismo Tiberio le encomendó a su nieto, ordenándole que lo acompañara en todas las salidas.

Agripa, por haber sido aceptado favorablemente por Antonia, atendió diligentemente a Cayo, su nieto, tenido en gran honor por el afecto de que gozaba su padre.

Había un cierto Talo, de raza samaritana, liberto de César. Luego de pedirle prestado un millón de dracmas, pagó a Antonia lo que le debía, y gastó el resto para servir a Cayo, a fin de aumentar su crédito ante él.

5. Agripa hizo grandes progresos en su amistad con Cayo. En cierta oportunidad, mientras iban en el carro, empezaron a hablar sobre Tiberio; aconteció que Agripa, pues se encontraban solos, rogó a Dios que Tiberio se fuera pronto, y dejara el imperio a Cayo, por ser el más digno. Oyólo Eutico, liberto de Agripa y auriga; y por entonces se calló. Acusado por Agripa de haberle sustraído un vestido, lo que así era, se fugó. Llevado ante Pisón, el prefecto de la ciudad, cuando le preguntaron por qué se había fugado, dijo que tenía algunos secretos que confiar al César, referentes a su seguridad. Por este motivo fué enviado a Capri, encadenado. Pero Tiberio, de acuerdo con su costumbre, lo retuvo encarcelado, pues era más contemporizador que ningún otro rey o tirano.

Tiberio no recibía jamás de inmediato a las embajadas; y los generales y gobernadores nombrados por él no eran reemplazados, a menos que murieran. También demoraba en atender a los encarcelados. Los amigos en cierta oportunidad le preguntaron la razón de que hiciera esperar a las embajadas; contestó que si las atendía pronto se presentarían nuevos legados y en esta forma no tendría otra cosa que hacer más que recibir y despedir embajadas. Dijo también que permitía que retuvieran mucho tiempo el mando aquellos que había nombrado, a fin de que manifestaran cierta honorabilidad en la administración de los asuntos. Todos los hombres elevados a la magistratura se inclinaban por la codicia; los que no son perpetuos, sino nombrados por un tiempo breve, puesto que no saben cuándo se los privará del poder, se dan al robo con mayor avidez. Si lo retienen por largo tiempo, satisfechos con lo robado, por haber conseguido lo bastante y estar saciados, son más lentos para la rapiña. Al contrario, si se les nombraba inmediatamente sucesores, los súbditos que serían sus víctimas

no lograrían satisfacer a los funcionarios; éstos no verían repetirse la Ocasión que permitió a sus antecesores hartarse, porque serían desplazados antes de aprovechar la oportunidad.

Les explicó lo siguiente a manera de ejemplo. Un gran número de moscas cubría la herida de un hombre que yacía en el suelo. Un caminante que pasó por casualidad se compadeció de su suerte, y pensando que su debilidad era tan extrema que no las podía alejar, se acercó y se las espantó. El herido le pidió que no lo hiciera, y al preguntarle por qué motivo no quería que lo librara de la molestia, dijo:

—Al apartarlas, me pones en situación más grave. Porque estas moscas, una vez llenas de mi sangre, no me molestarán como antes, se contendrán un poco. Pero si vienen otras, con las fuerzas intactas y atraídas por el hambre, se apoderarán de mi cuerpo ya agotado y no pararán hasta que me maten.

Es por estas razones que Tiberio, puesto que los tributarios estaban castigados por múltiples malversaciones, no les enviaba con frecuencia gobernadores, uno después de otro, que procedieran con ellos a la manera de las moscas, temeroso de que a su naturaleza inclinada a la avidez se agregara la perspectiva de que muy pronto se vieran privados del provecho que sacaban. Los hechos confirman lo que he dicho de Tiberio, pues habiendo sido emperador durante veintidós años, en total sólo envió dos hombres a los judíos para que los gobernaran, Grato y su sucesor Pilatos. Se comportó de igual modo que con los judíos con los demás súbditos del imperio. En cuanto a los encarcelados, daba a entender que sí demoraba su interrogatorio, era para que una condena a muerte no fuera a aliviar sus males presentes, pues no se encontraban en tal situación a causa de su virtud, y de esa forma quedarían sometidos a una pena mayor.

6. Por esta razón Eutico no era juzgado, y seguía aguardando en la cárcel. Poco después Tiberio pasó de Capri a Túsculo, a una distancia de cien estadios de Roma. Agripa rogó a Antonia que intercediera ante Tiberio para que oyera a Eutico sobre aquello de que lo acusaba. Antonia gozaba de gran prestigio ante Tiberio, tanto por el parentesco, pues había sido esposa de su hermano Druso, como por su honestidad; quedó viuda siendo todavía joven, y rehusó casarse de nuevo, a pesar de que Augusto le aconsejaba que lo hiciera, llevando una vida libre de reproches. Además había prestado un gran servicio a Tiberio. Sejano, que fuera amigo del esposo de Antonia, había tramado una conspiración, en una época en la que gozaba de gran poder por estar al frente de los soldados pretorianos; muchos senadores con sus libertos se unieron con él. Además el ejército estaba corrompido y la conjuración aumentaba día a día. Sejano habría logrado éxito, si Antonia con su audaz prudencia no se hubiese impuesto a su malicia.

Así que supo lo que se estaba urdiendo contra Tiberio, se lo escribió detalladamente y entregó la carta a Palas, el más fiel de sus siervos, enviándolo a Capri. Enterado Tiberio, hizo morir a Sejano y sus cómplices. En cuanto a Antonia, a la que ya anteriormente apreciaba mucho, todavía la honró más y le tuvo plena confianza en todo. Tiberio, pues, fué rogado por Antonia que oyera a Eutico.

—Si Eutico ha mentido al acusar a Agripa —dijo Tiberio—, el castigo que le he infligido es suficiente; pero si, sometido al tormento, reconoce que ha dicho la verdad, que tema Agripa, al querer castigar a su liberto, pues será él quien recibirá un justo castigo.

Cuando Antonia se lo explicó a Agripa, éste insistió en que se hiciera la investigación. Antonia no dejó de interceder y aprovechó una oportunidad que se le presentó. Tiberio iba en la litera, precedido por su nieto Cayo y por Agripa, después de haber comido. Junto a la litera marchaba Antonia, la cual pidió al emperador que hiciera comparecer a Eutico y lo interrogara.

—Pongo por testigos a los dioses, oh Antonia —respondió Tiberio—, que hago tal cosa, no por mi voluntad, sino obligado por tu pedido.

Dicho esto ordenó a Macro, el sucesor de Sejano, que hiciera comparecer a Eutico. Lo que se cumplió sin demora. Tiberio le preguntó qué era lo que tenía que decir contra un hombre que ya había otorgado la libertad. Eutico respondió:

—Mientras yo me encontraba sentado a los pies de Cayo y Agripa, después de hablar sobre diversos asuntos, Agripa dijo a Cayo: “Ojalá llegue el día en que muera ese anciano y te designe a ti señor del mundo; porque su nieto Tiberio no nos molestará en lo más mínimo, si tú lo haces morir, y entonces la tierra gozará de felicidad, y yo el primero de todos”.

Tiberio consideró dignas de crédito estas palabras, y en su ánimo se renovó la indignación que sentía contra Agripa, pues habiéndole ordenado que se ocupara de su nieto Tiberio hijo de Druso, no se había atendido a su orden, consagrándose en cambio totalmente a Cayo. Volviéndose hacia Macro le ordenó:

—Haz encadenar a este hombre.

Pero Macro, en parte por no haber entendido a quién tenía que encadenar y en parte porque no se imaginaba que pudiera referirse a Agripa, esperó hasta que pudiera asegurarse de cuál había sido la orden de Tiberio. Pero cuando el César dió vuelta al hipódromo y vió todavía a Agripa, dijo:

—Macro, te he ordenado que encadenaras a este hombre.

Entonces le preguntó a quién se refería.

—A Agripa —dijo.

Agripa empezó a rogar, recordándole al hijo junto con quien había sido educado. Pero nada consiguió, sino que tal como estaba, vestido de púrpura, fué encadenado. Como el calor era excesivo y le habían dado poco vino en la comida, estaba sediento; se desesperaba y lo consideraba una indignidad. Habiendo visto a uno de los esclavos de Cayo, de nombre Taumasto, que llevaba una vasija con agua, le pidió que le diera de beber. El esclavo le dió la vasija y Agripa, después de haber bebido, le dijo:

—Ciertamente ha sido para tu bien, oh esclavo, el servicio que me has hecho. Cuando me libre de estas cadenas, sin demora pediré a Cayo que te otorgue la libertad, pues no tuviste a menos servirme mientras estaba encadenado, como antes cuando ocupaba puestos de dignidad.

Y no mintió en lo que dijo, pues lo gratificó. Cuando obtuvo el reino, pidió a Cayo, ya César, que otorgara la libertad a Taumasto; y lo nombró administrador de su fortuna. Al morir, lo dejó al servicio de su hijo Agripa y de su hija Berenice; y así honrado murió de edad avanzada. Pero esto aconteció más tarde.

7. Por el momento, Agripa estaba encadenado frente al palacio, apoyado en un árbol, descorazonado, junto con muchos otros prisioneros. Un pájaro se posó en el árbol, en el que se apoyaba Agripa (pájaro al que los romanos llaman *bubo*, buho); uno de los encadenados, de raza germana, habiendo visto el ave, preguntó a uno de los soldados quién era el que estaba vestido de púrpura. Informado de que era Agripa, de raza judía, uno de los hombres más nobles de ese pueblo, pidió al soldado que lo custodiaba, atado a la misma cadena, que se le acercara para hablarle, pues quería interrogarle sobre asuntos de su patria. Habiéndosele otorgado, cuando estuvo cerca le dijo mediante un intérprete:

—Oh joven, te contrista una mudanza tan súbita, que significa para ti una gran calamidad; por eso no otorgarás fácilmente crédito a mis palabras, que explicarán lo que Dios ha dispuesto para que escapes a las desgracias presentes. Debes saber, y pongo por testigos a los dioses de mi patria y a los que presiden este lugar, y por cuyos designios estamos encadenados, que estoy dispuesto a decirlo todo, no para halagar petulantemente tus oídos ni para infundirte una yana esperanza; pues estas predicciones, si no se comprueban con los hechos, son causa antes bien de tristeza, más aún que si nada se hubiera anunciado. He considerado justo y aun con peligro propio declarar lo que los dioses han dispuesto sobre tu

futuro. Necesariamente la liberación de estas cadenas redundará en tu buena suerte; luego ascenderás y gozarás de gran poder y dignidad. Todos los que antes te compadecían, te proclamarán feliz; tendrás un final exitoso y dejarás a tus hijos las riquezas que habrás acumulado. Sin embargo, acuérdate que, cuando veas de nuevo esta ave, morirás cinco días después. Estos hechos acontecerán tal como los ha indicado el dios, que se ha dignado enviarte el ave. Puesto que yo los sabía de antemano, consideré injusto no comunicártelos, a fin de que, seguro de la futura felicidad, consideres liviano lo que estás sufriendo actualmente. Cuando obtengas éxito, acuérdate de nosotros, para que podamos escapar a la infelicidad a que nos vemos ahora sometidos.

Este presagio del germano le pareció en aquel momento tan ridículo como más tarde lo encontró admirable.

A Antonia le angustió la situación de Agripa; pero sabía que era difícil hablar de ella con Tiberio; además había cerrado la oportunidad a todo ruego. Pero obtuvo de Macro que los soldados lo trataran más humanamente, y que encargara su custodia a hombres apacibles, mandados por un centurión que le tuviera afecto; que se le concediera que todos los días pudiera bañarse, que pudieran verlo sus libertos y amigos, y que se le otorgaran otros privilegios referentes al cuidado del cuerpo. Podían verlo su amigo Silas y sus libertos Marsias y Estequeo, que le traían las comidas de su agrado y lo rodeaban de todos los cuidados, y le suministraban vestidos, con el pretexto de venderlos, gracias a la complicidad de los soldados advertidos por Macro. Esta situación duró seis meses, y en estas condiciones pasó Agripa ese tiempo.

8. Tiberio, a su regreso de Capri, enfermó levemente; cuando se agravó su mal, desconfiando de que pudiera recuperar la salud, ordenó a Evodo, el liberto que contaba con su mayor aprecio, que le trajera a sus hijos. Quería hablarles antes de morir. Sus hijos legítimos ya no estaban entre los vivos, pues había muerto Druso, el único que tuvo. Pero vivía el hijo de éste, Tiberio, por sobrenombre Gemelo; así como el hijo de su hermano Germanico, Cayo. Este era un joven que había recibido muy buena educación y contaba con el favor del pueblo, que lo honraba a causa de las virtudes de su padre Germánico.

El pueblo había tenido en gran estima a Germánico por sus costumbres moderadas, por su afabilidad y modestia y por querer ser equitativo con todos. Por todos estos motivos tanto el senado como el pueblo lo tenían en gran estima y veneración. También lo apreciaban los pueblos de las provincias, unos por su gentileza en el trato y en el hablar, otros por lo que habían sabido acerca de él. Cuando murió hubo una gran aflicción, no por simulación, como cuando muere quien fué una calamidad para el imperio, sino afectados por una verdadera tristeza, pues cada uno creía que su muerte era algo que le tocaba de cerca. Todo esto contribuyó a concentrar la benevolencia en su hijo. Entre otros los soldados se sintieron tan obligados hacia él, que estaban dispuestos a morir, si fuera necesario, para que pudiera obtener el imperio.

9. Tiberio, que ordenó a Evodo que le trajera a sus hijos al día siguiente a primera hora, rogó a los dioses patrios que le dieran algún indicio por el cual supiera quién de ellos debía sucederle en el trono, pues él se esforzaba en dejar el poder al hijo de su hijo, pero se fiaría del signo que la divinidad hiciera aparecer acerca de sus herederos más que de su opinión y sus deseos personales. Adoptó, como presagio, el de que sería el señalado para dejarle el imperio, aquel que fuera el primero en presentarse al día siguiente. Después de pensarlo, hizo decir al maestro de su nieto que se lo trajera al día siguiente a primera hora de la mañana, creyendo engañar a Dios con esta estratagema. Pero Dios demostró que era contrario a la elección de Tiberio.

Tomada su decisión, así que amaneció ordenó a Evodo que hiciera entrar al primero de

sus hijos. Evodo salió y encontró a Cayo frente al palacio. Tiberio todavía no estaba presente, pues se habían retardado en servirle de comer; y Evodo ignoraba las intenciones de su señor.

—Tu padre te llama, —dijo a Cayo.

Y lo hizo entrar. Tiberio, así que vió a Cayo, empezó a pensar en el poder de Dios, que le había arrebatado el suyo, pues no lo dejaba proceder de acuerdo con sus propios designios. Se lamentó muchísimo al verse impedido de ratificar sus resoluciones y al comprobar que su nieto se vería despojado del imperio romano y que, al mismo tiempo, se encontraría en peligro, puesto que su seguridad dependería de personas más poderosas que verían su presencia intolerable, sin que pudiera servirle de nada su parentesco, pues su superior lo temería y odiaría por creer que aspiraría al poder y que conspiraría sin cesar contra su seguridad para apoderarse del trono. Tiberio era muy adicto a los horóscopos y se gobernaba por ellos, con empeño mucho mayor que todos los que se entregan a las predicciones. Habiendo visto en cierta oportunidad a Galba que se le acercaba, dijo a algunos de sus amigos más íntimos:

—Este es el hombre que algún día será honrado con el imperio. Entre los emperadores fué el más inclinado a creer en los vaticinios, por no haberse engañado jamás; y así los utilizó en sus asuntos. Ahora estaba angustiado por lo que le había acontecido, lamentándose, como su nieto ya no existiera, y reprochándose por utilizar los augurios para adivinar lo futuro. Efectivamente, habría podido morir libre de toda aflicción si hubiera ignorado lo porvenir, pero se comportó de tal manera que moría con el conocimiento previo de los males que iban a acontecer a sus parientes más queridos. A pesar de estar conturbado, por haber acontecido inopinadamente que el imperio pasara a quien no esperaba, dijo a Cayo, de mala gana y contra su voluntad:

—Hijo, a pesar de que Tiberio es mi pariente más próximo, sin embargo por mi voluntad y decisión de los dioses te entrego el imperio de los romanos. Te pido que, cuando lo hayas obtenido, no te olvides de mi benevolencia, que te ha elevado a tan alto honor, ni de tu parentesco con Tiberio; ten en cuenta que por voluntad de los dioses y de acuerdo con los mismos te he otorgado este gran beneficio, y espero que me agradezcas mi voluntad propicia y recuerdes tu parentesco con Tiberio. Además has de saber que mientras viva Tiberio, puede ser un amparo para ti y para el imperio, pero su muerte originaría calamidades. El aislamiento es peligroso para los que se encuentran en tan altos puestos; y los dioses no toleran pacientemente ni dejan sin venganza a los que obran fuera de la ley y de lo justo.

Estas fueron las palabras de Tiberio. Pero no persuadió a Cayo, a pesar de las promesas de éste; pues después de ascender al trono condenó a muerte a Tiberio, como lo había sospechado el César.

Y poco después pereció él mismo víctima de una conjuración.

10. Tiberio, después de declarar a Cayo sucesor en el imperio, sobrevivió pocos días, habiendo gobernado durante veintidós años, cinco meses y tres días. Cayo fué el cuarto César. Cuando los romanos supieron la muerte de Tiberio, se alegraron por tan buena noticia, pero sólo interiormente; no se atrevían a creerlo, a pesar de que hubieran pagado mucho para que fuera verdad, pero temían que si se entusiasmaban abiertamente y resultara solamente un rumor, perecerían luego a causa de las acusaciones. Tiberio fué uno de los hombres que más perjuicios ocasionó a los patricios romanos; se inflamaba de indignación por cualquier motivo, sin que se pudiera reprimir, aunque la causa del odio fuera intempestiva. Además, por su natural se inclinaba a encarnizarse contra aquellos que juzgaba, y castigaba con pena de muerte aun los delitos más ligeros. De modo que, a pesar de que se alegraron ante la noticia de que había muerto, no expresaron su alegría tal como querían por miedo a los males que les podían acontecer si su esperanza resultara defraudada.

Marsias, liberto de Agripa, habiendo sabido la muerte de Tiberio, corrió a anunciársela a

su amo. Lo encontró mientras se dirigía al baño; se acercó y le dijo en hebreo:

—Ha muerto el león.

El, que sabía muy bien lo que quería indicar con estas palabras, lleno de alegría contestó:

—Mil gracias te sean dadas, tanto por los muchos servicios como por esta buena noticia, con tal que sea verdad lo que me dices.

El centurión que estaba al frente de los guardias de Agripa advirtió la prisa con que se había acercado Marsias, y la gran alegría que por sus palabras recibió Agripa; sospechó que se trataba de alguna novedad y les preguntó de qué estaban hablando. Al principio esquivaron la respuesta; pero como insistiera, Agripa, que ya lo consideraba como un amigo, se lo descubrió todo. El centurión participó de la alegría causada por esta noticia, pues era buena para Agripa, y le ofreció de comer. Mientras comían y bebían más de lo ordinario, se presentó un mensajero, quien dijo que Tiberio vivía y que, dentro de pocos días, regresaría a la ciudad. El centurión se sintió seriamente conturbado por estas palabras, pues había hecho algo que ponía en peligro su vida, había celebrado la muerte del César y comido alegremente con un encarcelado. Sacó a Agripa de su cama y le dijo:

—¿Crees tú que quedará sin castigo la mentira con que has querido engañarme acerca del emperador? ¿Supones que dejarás de pagar con tu cabeza tu maliciosa información?

Dicho esto ordenó que ataran de nuevo a Agripa, a quien previamente había soltado y puso más cuidado en vigilarlo. Agripa pasó aquella noche en medio de incomodidades. Pero al día siguiente aumentó el rumor de la noticia en la ciudad; ya la comentaban abiertamente, e incluso algunos ofrecían sacrificios. Llegaron cartas de Cayo, una dirigida al senado en la cual le anunciaba que Tiberio había muerto y que él lo sucedía en el trono; otra a Pisón, prefecto de la ciudad, en la cual le notificaba lo mismo y le ordenaba que hiciera trasladar a Agripa a aquellas habitaciones donde vivía antes de ser encarcelado. Agripa estaba ahora seguro de su salvación, pues aunque era guardado y vigilado, gozaba de toda clase de libertades.

Cayó llegó a Roma llevando consigo el cuerpo de Tiberio, el que enterró magníficamente de acuerdo con las costumbres nacionales. Quiso en el mismo día poner en libertad a Agripa, pero se opuso Antonia, no por odio contra el encarcelado, sino teniendo en cuenta el decoro de Cayo; pues si librara de inmediato a aquel que Tiberio había ordenado que se encarcelara, parecería que recibía con gozo su muerte. Sin embargo pocos días después lo hizo llamar y le hizo cortar el cabello y cambiar de vestidos. Habiéndole impuesto la diadema, lo constituyó en rey de la tetarquía que había sido de Filipo, agregándole la tetarquía de Lisania, y le cambió la cadena de hierro por una de oro, del mismo peso. Envío a Marcelo como procurador a Judea.

11. En el año segundo del imperio de Cayo César, Agripa solicitó que se le permitiera embarcarse para ir a su reino, a instalar el gobierno, y regresar una vez que hubiera puesto las cosas en orden. Con el permiso del César así lo hizo, llegando inesperadamente como rey y demostrando con ello a los hombres que lo vieron cuán fuerte es el poder del destino, pues recordaban su antigua pobreza y vejan su actual felicidad. Algunos lo felicitaron por no haber perdido la esperanza; otros se resistían a creer en sus calamidades anteriores.

CAPITULO VII

Agripa acusa al tetrarca Herodes. Calígula lo destierra y entrega sus territorios a Agripa

1. Herodías, hermana de Agripa y esposa de Herodes, el tetrarca de Galilea y Perea, envidiaba a su hermano por disfrutar de más alto honor que su marido; y porque, después de haberse visto obligado a salir de su territorio por la imposibilidad de poder pagar las deudas, volvía ahora con tanta dignidad. Se sintió molesta por esa notable mutación, especialmente al verlo investido de las insignias reales y aclamado por la multitud. No pudo mantener oculta en su corazón la envidia de tanta grandeza, y estimuló a su esposo a que viajara a Roma y pidiera para sí la misma dignidad.

No le parecía posible la vida, al ver que Agripa hijo de Aristóbulo, el que fuera condenado a muerte por su padre, y que había llegado a la extrema necesidad de tener que pedir a otros lo imprescindible para vivir y de escapar por mar a sus acreedores, regresaba convertido en rey. En cambio, Herodes que era hijo del rey y cuya proximidad al trono lo llamaba a disfrutar de un honor análogo, se contentaba con vivir como simple particular.

—Si anteriormente —dijo— nunca te resultó molesto verte reducido a una condición inferior a la de tu padre, ahora por lo menos solícita el honor que te pertenece; y no tolere que te supere uno a quien no molestó haber disfrutado de tus riquezas. No permitas que su indignidad tenga más valor que nuestra abundancia, y considera vergonzoso ser sobrepasado por aquellos que hasta hace poco pudieron vivir gracias a tu piedad. Al contrario, dirijámonos a Roma, y no cesemos de trabajar, ni de emplear oro y plata, pues no es mejor conservarlos que prodigarlos para obtener el reino.

2. Al principio a Herodes le desagradó esta propuesta, amante como era de la tranquilidad y de la paz y considerando sospechosos y turbadores los asuntos de Roma; por eso, se esforzaba en convencer a su mujer que cambiara de idea. Pero ella, cuanto más esquivo lo veía, con tanta mayor vehemencia insistía en que hiciera todo lo posible para lograr el reino. Y no dejó de insistir hasta que Herodes, de mala gana, aceptó su proyecto, pues no podía escapar a lo que ella había decidido.

Hizo los aprestos de la manera más grandiosa que pudo, sin perdonar gasto alguno; y llevándose consigo a Herodías, se dirigió a Roma. Agripa, informado de sus intenciones y del boato, también se preparó. Así que supo que habían partido, también él envió a Roma a Fortunato, uno de sus libertos, con dones para el César, y cartas en contra de Herodes, a fin de que estuviera informado el César, si fuera necesario.

Fortunato, que se había embarcado en seguimiento de Herodes e hizo una feliz travesía, llegó tan poco tiempo después que en el momento en que Herodes se presentaba ante Cayo, el otro desembarcaba y enviaba su carta. Los dos desembarcaron en Dicearquía y encontraron a Cayo en Bajes, pequeña villa de Campania, situada a unos cinco estadios de Dicearquía. Hay allí una residencia real lujosamente instalada, pues cada uno de los césares hizo todo lo posible por eclipsar a los anteriores en magnificencia. Este lugar suministra baños calientes que la tierra da de por sí; son provechosos para la salud y además contribuyen al bienestar.

Cayo, al mismo tiempo que hablaba con Herodes, pues lo había admitido en primer lugar, leyó la carta de Agripa en la que éste acusaba a Herodes de haber participado en la conspiración de Sejano contra Tiberio, y de conspirar en la actualidad con el parto Artabano contra el imperio de Cayo; para demostrarlo aducía que tenía en su poder una cantidad de armas suficiente para equipar a setenta mil soldados. Entonces sospeché y preguntó a Herodes si era verdad lo que le decían de las armas. Herodes confesó que tenía armas, lo que era la verdad. Cayo entonces creyó las acusaciones. Le quitó la tetrarquía y la agregó al reino de Agripa, a quien dió también el dinero de Herodes. En cuanto a Herodes, lo condenó perpetuamente a destierro en Lión, población de la Galia. Habiendo sabido que Herodias era hermana de Agripa, le asigné su fortuna personal y le dijo que su hermano era el protector que

impedía que participara de la desgracia de su marido. Ella, entonces, le dijo:

—Tú, oh César, según conviene a tu dignidad, has tomado estas resoluciones; pero en lo que a mí toca, estoy imposibilitada de usar de tu gracia por el amor que profeso a mi marido. Habiendo sido su compañera cuando los asuntos le iban prósperamente, no considero justo abandonarlo ahora que la suerte le es adversa.

Irritado Cayo por este orgullo, la envió al destierro junto con Herodes y entregó a Agripa todos sus bienes. Este es el castigo que Dios impuso a Herodías por la envidia que tuvo a su hermano, y a Herodes por haber cedido a la vanidad de su mujer.

Cayo, durante los dos primeros años gobernó con gran elevación de ánimo, y por su moderación y benevolencia conquistó popularidad tanto entre los romanos como entre los súbditos del exterior. Pero, poco después, ensoberbecido, dejó de portarse humanamente, haciéndose dios y conduciéndose en todo con menosprecio de los dioses.

CAPITULO VIII

Judíos y griegos provocan disturbios en Alejandría y envían delegaciones a Roma. Acusaciones de Apión contra los judíos, porque éstos se niegan a admitir la estatua del emperador. Cayo ordena a Petronio que haga la guerra a los judíos

1. Habiendo surgido desacuerdos entre los judíos que vivían en Alejandría y los griegos, enviaron al César legados; tres por cada facción. Uno de los legados de los alejandrinos era Apión, quien, entre otras cosas que dijo de los judíos, los acusó de menospreciar el culto del César. Pues, a pesar de que todos los súbditos del imperio romano habían levantado aras y templos a Cayo y le otorgaban honores como a los dioses, únicamente los judíos consideraban ignominioso dedicarle estatuas y jurar por su nombre. Habiendo Apión dicho todo esto, con lo cual esperaba que el emperador se indignaría, cosa muy probable, Filón, que estaba al frente de la delegación de los judíos, hombre muy instruido en filosofía, hermano de Alejandro el alabarca, se preparó para hablar. Pero Cayo se lo impidió, y ordenóle que saliera de su presencia. Estaba tan indignado que nadie tenía la menor duda de que castigaría gravísimamente a los judíos. Filón se retiró ultrajado y dijo a los judíos que lo rodeaban que era preciso tener buen ánimo, pues si Cayo los maltrataba de palabra, de hecho ya se había atraído la ira de Dios.

2. Cayo, ofendido por ser desdeñado por los judíos, los únicos que lo hacían, envió como legado a Siria a Petronio, sucesor de Vitelio en el mando, ordenándole que penetrara en Judea con un gran ejército y colocara su estatua en el Templo, si los judíos lo recibieran de buen grado, y de matarlos en guerra si mostraban mala voluntad. Petronio se hizo cargo del gobierno de Siria, y se apresuró a cumplir las órdenes de César. Reunidas todas las tropas auxiliares que pudo, además de dos legiones, pasó a Ptolemáis para invernar, pues quería hacer la guerra durante la primavera. Escribió a Cayo sobre estas resoluciones. Muchos miles de judíos se presentaron ante Petronio en Ptolemáis, pidiéndole que no los obligara a transgredir las costumbres patrias.

—Si te propones —dijeron— llevar y colocar en el Templo una estatua, nosotros preferimos que nos maten antes que verte cumplir tal cosa; pues mientras vivamos, no podremos tolerar que se realice lo que nos prohíbe la autoridad de nuestro legislador y de nuestros antepasados, que han hecho de las prohibiciones motivos de virtud.

A estas palabras, Petronio respondió indignado:

—Si yo pensara realizar tal cosa por mi propia autoridad, lo que acabáis de decir sería

legítimo. Pero puesto que ha sido el César quien lo ha ordenado, es necesario que lo obedezca, no sea que dejando de obedecerlo me acarree un mal mucho más grave.

A esto respondieron los judíos:

—Tú has decidido, oh Petronio, no infringir las órdenes del César; y, por otro lado, nosotros no podemos infringir la ley de Dios, pues confiados en él y en la virtud y en las prescripciones de nuestros mayores, hasta ahora hemos permanecido fieles a su observancia. No somos tan perversos como para violar, por miedo a morir, las prohibiciones que Dios ha establecido para nuestro bien. Nosotros soportaremos todas las adversidades para defender las leyes de nuestros padres. Al exponernos a los peligros, sabemos que nos quedará la esperanza de vencerlos, pues Dios estará con nosotros si aceptamos las más terribles pruebas para honrarlo; y el destino es por esencia mudable. Si te obedecemos, al contrario, nos expondremos al más grave reproche de indignidad, pues parecerá que por este motivo transgredimos la ley; nos atraeremos la cólera de Dios, que puede, incluso según tu juicio, ser más poderoso que Cayo.

3. Entonces Petronio comprendió por estas palabras su ánimo decidido; y que no podría llevarse a cabo sin lucha la dedicación de la estatua de Cayo. Tendría que haber una gran matanza. Tomando consigo a sus amigos y familiares se dirigió a Tiberíades, para ver en qué condición se encontraban los asuntos de los judíos. Estos conocían el gran peligro a que se exponían en una guerra con los romanos, pero todavía temían más transgredir la ley. Muchos miles de ellos se presentaron ante Petronio en Tiberíades, suplicándole que no los pusiera en tal situación y que no manchara su ciudad con una estatua.

— ¿Por ventura —dijo Petronio— declararéis la guerra al César, sin tener en cuenta sus preparativos y vuestra debilidad?

Pero ellos respondieron:

—Bajo ningún aspecto haremos la guerra, pero estamos dispuestos a morir antes que transgredir la ley.

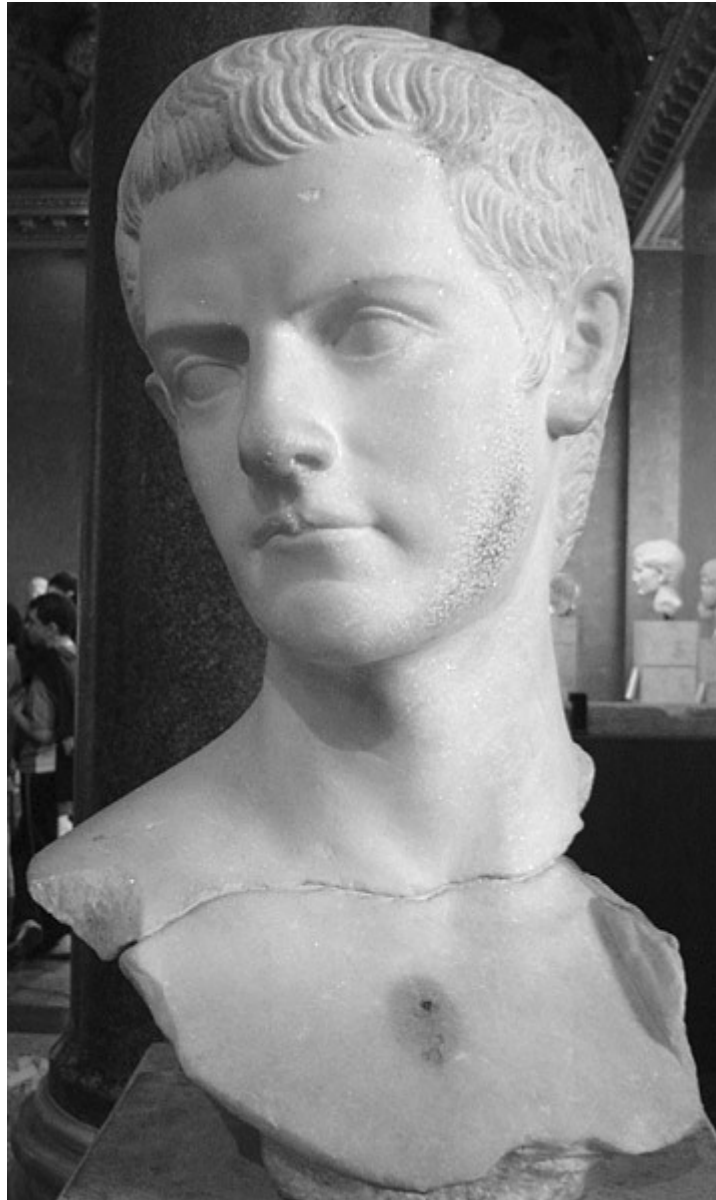
Prosternándose en el suelo y descubriendo sus gargantas, declararon que estaban preparados para morir. E insistieron en esta forma durante cuarenta días; entretanto dejaron de cultivar la tierra, a pesar de que era la época de sembrar. Permanecían firmes en su propósito de morir, antes que tolerar que se colocara la estatua en el Templo.

4. Estando las cosas en esta situación, Aristóbulo, el hermano del rey Agripa, Helcias el Grande²⁵ y los principales miembros de la dinastía se presentaron ante Petronio, para suplicarle que, habiendo comprobado la obstinada decisión del pueblo, no hiciera nada que los llevara a la desesperación; sería mejor que escribiera a Cayo, diciéndole que los judíos bajo ningún motivo podían ser inducidos a admitir la estatua. Han abandonado el cultivo de la tierra, negándose a guerrear, pues carecen de fuerzas para ello; sin embargo, están dispuestos a morir antes que admitir algo que atente contra las costumbres patrias. Si no se siembra se cometerán actos de latrocinio por la imposibilidad de pagar los impuestos. Tal vez Cayo cambie de opinión, antes de tomar una cruel decisión o de pensar en destruir por completo a este pueblo. Pero si persiste en sus propósitos bélicos, él tendrá que cargar solo con la empresa.

Estas fueron las palabras que Aristóbulo y los que estaban con él dijeron a Petronio. En parte por el pedido insistente de Aristóbulo y los demás, que se referían a asuntos de la mayor importancia, en parte también por comprobar la decisión de los judíos, Petronio consideró indigno hacer morir a tantos miles de hombres, para complacer la locura del César, y castigar como culpable lo que era expresión de piedad y religiosidad hacia Dios y luego condenarse a

²⁵Alexas Helcias hijo de Alexas, esposo de Cipros, la nieta de Herodes el Grande, nombrado en el cap. V, párrafo 4.

una vida llena de remordimientos. Petronio prefirió anunciar a Cayo que aquella gente era intratable, aunque sabía que el emperador se irritaría por no haber obedecido inmediatamente lo que le ordenara; quizá así lo llegaría a persuadir. Si Cayo persistía en la misma locura que antes, les haría la guerra; pero si se indignaba contra él, era bueno para el que practica la virtud no esquivar la muerte en favor de una gran multitud. Decidió, por lo tanto, atender lo que se le pedía.



Busto de Cayo “Calígula” (Louvre, París)

5. Convocó a los judíos en Tiberíades, reuniéndose una multitud de muchos miles. Les dijo que se había hecho cargo de esta expedición no por su voluntad, sino por orden del César, que quería descargar en ellos su ira, por no cumplir lo que había ordenado. Convenía que habiéndosele confiado tal misión, no hiciera nada sin consentimiento del emperador.

—Sin embargo —dijo—, no creo justo que trate de salvar mi seguridad y mi honor y me niegue a sacrificarlos para que vosotros no perdáis la vida, pues sois muy numerosos, y cumplís virtuosamente vuestra ley, la cual os sentís obligados a defender bajo cualquier condición por ser la de vuestros padres y para respetar la dignidad y el poder de vuestro Dios, cuyo Templo no quisiera ver abatido, a causa de la insolencia de amos poderosos. Informaré a

Cayo de vuestra decisión, ayudándoos en la medida de lo posible, para que no sufráis a causa de los designios honestos que os habéis impuesto. Que Dios nos ayude, pues su poder es superior a todo ingenio y potencia humanos, y que haga que vosotros conservéis vuestros ritos y nada los prive de sus honores habituales. En el supuesto de que Cayo, exasperado, se indigne conmigo, afrontaré cualquier situación y toleraré cualquier calamidad en perjuicio de mi alma y mi cuerpo, antes que veros perecer a causa de lo que habéis realizado honestamente. Id, pues, y que cada cual atienda sus asuntos y cultive los campos. Yo de mi parte enviaré cartas a Roma, y haré todo lo que pueda en vuestro favor, tanto por mi parte como con la ayuda de mis amigos.

6. Dichas estas palabras y disuelta la reunión de los judíos, pidió a los notables que los indujeran a cultivar los campos y que con sus exhortaciones animaran al pueblo a tener esperanza. Mientras procuraba animar a la multitud, Dios dió a conocer a Petronio su presencia y su ayuda. Así que finalizó de hablar a los judíos. Dios, contra todo lo que se esperaba, envió una intensa lluvia, pues aquel día era muy sereno sin que existiera señal ninguna de lluvia; además la gran sequedad que sufrían hacía desesperar a los hombres de que tendrían agua, aunque vieran el cielo frecuentemente cubierto de nubes. Por lo tanto, habiendo caído una intensa lluvia, fuera de lo acostumbrado y esperado, los judíos confiaron que no sería en vano el pedido de Petronio en favor de ellos.

Petronio se llenó tanto más de admiración, al comprobar que Dios cuidaba los asuntos de los judíos y manifestaba claramente su presencia; de modo que aquellos que en su interior pensaban otra cosa, ya no fueron capaces de presentar ninguna objeción. Escribió entre otras cosas, para persuadir a Cayo que no llevara a la desesperación a tantos miles de hombres, que si llegaba a matarlos, pues ésta era la única forma para apartarlos de su religión, se perjudicaría al dejar de percibir los réditos de esta gente, además de que lo maldecirían para siempre. Añadió que su Dios había ya manifestado su poder, para que no quedara duda ninguna. Tales eran los propósitos de Petronio.

7. El rey Agripa, que por aquel entonces se encontraba en Roma, gozaba de mucha amistad con el César. Lo invitó a comer, y puso gran cuidado en superar a todos en los gastos que hizo y en procurar los más exquisitos placeres, de manera que ningún otro, ni el mismo Cayo, pudiera igualarlo, y mucho menos superarlo. ¡Tanto se había empeñado en superar a los demás y en obsequiar al emperador! Cayo, admirado de su magnificencia, pues se había esforzado en complacerlo con gastos superiores a sus medios, quiso igualar su liberalidad con aquello que se le había ofrecido. Excitado por el vino e inclinado a la alegría, dijo, cuando Agripa brindé por su salud:

—Ya sabía de antemano lo mucho que me honrabas y conocía tu benevolencia, aunque te rodearan peligros de parte de Tiberio. Ahora nada dejas de hacer para mostrarme tu gratitud. Puesto que sería indigno que me superaras en tu afecto y decisión, quiero ahora compensar mi deficiencia anterior. Es bien poco lo que te he dado hasta ahora; en la medida que pueda te suministraré todo lo que pueda contribuir a tu felicidad.

Dijo estas cosas, confiado en que le iba a pedir grandes latifundios o los impuestos de algunas ciudades. Aunque Agripa había decidido en su interior lo que iba a pedir, sin embargo no lo dijo, y contestó a Cayo:

—No te he servido antes, contra lo que ordenara Tiberio, con miras a sacar ganancia; y ahora tampoco se trata de sacar alguna ventaja. Los beneficios otorgados anteriormente eran muy abundantes, e iban más allá de lo que podía esperar una persona muy ambiciosa, pues aunque fueran menores de lo que pudieras dar, superaron mi expectación y dignidad.

Entonces Cayo, admirado de su continencia en los pedidos, insistió que le dijera lo que le podía dar. A lo cual respondió:

—Puesto que, oh señor, consideras digno ofrecerme algo, nada te pediré que pueda acrecentar mis riquezas, puesto que gracias a tu voluntad en el particular excedo a los demás. Te pido algo que te otorgará la gloria de la piedad, y contribuirá a que Dios te ayude y favorezca, y a mi me valdrá la gloria de saber que he obtenido de ti todo lo que te he pedido. Te pido y suplico que olvides la dedicación de tu estatua en el Templo de los judíos, según lo que ordenaste a Petronio.

8. A pesar de que sabía que tal pedido estaba lleno de peligros, pues si Cayo no se dejaba persuadir el resultado sería la muerte del solicitante, por considerar que era de gran importancia, como lo era en realidad, decidió aventurarse. Cayo, cautivado por la liberalidad de Agripa y por no demostrar que faltaba a sus promesas, después de haber obligado a Agripa a que pidiera, frente a tantos testigos, a la vez admirado de que Agripa no pensara en ampliar su reino, solicitara más réditos o un mayor poder, sino que, preocupado por la tranquilidad pública, se ocupara de las leyes y la divinidad, accedió. Escribió a Petronio, elogiándolo por haber detenido al ejército y haberle pedido consejo sobre los judíos.

“Si antes de recibir esta carta, le decía, hubieras dedicado la estatua, no la retires; pero si aún no la has colocado, no te preocupes sobre el particular; licencia al ejército y retorna tu cargo anterior. No es necesario que se me dedique la estatua, pues quiero ser agradecido con Agripa, a quien aprecio tanto que no puedo negarme a sus deseos y pedidos.”

Así escribió Cayo a Petronio, sin haber leído la carta que éste le enviaba en la cual le informaba que los judíos se iban a rebelar por causa de la estatua, pues había indicios de que estaban dispuestos a declarar la guerra a los romanos. Ofendido de que se hubieran decidido a desafiar su poder, puesto que jamás retrocedía ante el mal, ni se distinguía por la virtud, sino que se dejaba más bien llevar por la cólera sin que se moderara en lo que se refería a su satisfacción y placer, escribió a Petronio:

“Puesto que has preferido los dones que te hicieron los judíos desoyendo mis instrucciones y has tenido la audacia de ponerte a su disposición dejando de cumplir mis órdenes, te mando que juzgues por ti mismo lo que debes hacer, quedando expuesto a mi cólera, pues estoy dispuesto a hacer contigo un ejemplo que enseñe a todos los hombres actuales y de la posteridad que jamás hay que dejar de cumplir las órdenes del emperador.”

9. Así escribió a Petronio; pero éste no recibió la carta en vida del emperador, retardándose la navegación, sino que previamente le llegó otra carta en la cual se le anunciaba la muerte de Cayo. Dios no ignoraba los peligros a que se exponía Petronio a causa de los judíos y para honrarlo, al eliminar a Cayo, castigó a aquel que se habla atrevido a atribuirse el culto divino y gratificó a Petronio.

Todos se alegraron junto con Petronio, tanto los que estaban en Roma como en el imperio, especialmente los senadores que gozaban de mayor dignidad por haberse ensañado Cayo especialmente contra ellos.

Murió poco después de enviar la carta a Petronio amenazándolo de muerte. La causa por la que fué eliminado Cayo la expondré más adelante. Llegó a poder de Petronio primeramente la carta en la cual se le anunciaba la muerte de Cayo, y poco después la otra en la que se le decía que se suicidara. Se alegró de la muerte oportuna que había eliminado al César y admiró la providencia divina que, sin retardo, inmediatamente, lo había recompensado por el respeto que tuvo por el Templo y la ayuda que prestara a los judíos. En esta forma Petronio escapó al peligro de muerte, sin haberlo sospechado siquiera.

CAPITULO IX

Los hechos de los hermanos Anileo y Asineo. Su repercusión en la vida de los judíos de Babilonia

1. Los judíos que vivían en Mesopotamia, especialmente en Babilonia, sufrieron una grave calamidad, peor que todas las demás. Murieron en cantidades mayores a la de cualquier otra oportunidad. Lo expondré en detalle, empezando por la causa.

Hay en Babilonia una ciudad denominada Naarda, muy poblada y que posee una zona fértil muy extensa, la cual goza de muchos bienes. No está expuesta a los asaltos de los enemigos, porque se halla rodeada por el Eufrates y protegida por muros. En el mismo circuito del río se encuentra la ciudad de Nisibis. Por esto los judíos, confiando en la naturaleza del lugar, depositaron allí las dracmas dobles que, de acuerdo con la costumbre nacional, consagraban a Dios. Se servían de estas poblaciones como de un tesoro. De allí, a su debido tiempo, enviaban el dinero a Jerusalén, llevando consigo el dinero de muchos miles de hombres por miedo de que los partos, de los cuales Babilonia era tributaria, los robaran.

Había dos hermanos, Asineo y Anileo, originarios de Naarda. La madre, pues eran huérfanos de padre, les hizo aprender a fabricar telas, trabajo que los nativos no consideraban impropio, pues allí los hombres trabajan la lana. Cierta vez, el que les enseñaba y dirigía los retó por haber llegado tarde, y los castigó con azotes. Ellos consideraron que el castigo era ignominioso, y luego de apoderarse de las armas que se conservaban en la casa, se establecieron en un lugar donde el río se bifurca, y donde hay abundancia de pastos y de frutos que se pueden reservar para el invierno.

Muy pronto se les unieron numerosos jóvenes de escasos recursos. Los instruyeron en el manejo de las armas y se convirtieron en sus jefes; nada se opuso a que tendieran hacia el mal. Se hicieron inexpugnables y construyeron una fortaleza. Exigían que los pastores les pagaran tributos, sólo lo suficiente para vivir, diciendo que serían amigos de aquellos que los obedecieran y los defenderían de los enemigos. En caso de que se negaran, les matarían los rebaños. Los pastores, pues resultaba peligroso no atenerse a estas prescripciones, obedecían, y les entregaban las ovejas que pedían. Es así como fueron creciendo en poderío y pudieron lanzarse al campo para atacar a quienes quisieran. Todos los que se encontraban con ellos empezaron a servirles y se hicieron temibles, incluso para aquellos que querían medirse con ellos. Su fama llegó hasta el rey de los partos.

2. El sátrapa de Babilonia, enterado de este hecho, quiso destruirlos antes de que aumentara su peligrosidad. Habiendo reunido un ejército de partos y babilonios se apresuró a ir a su encuentro, planeando caer de improviso sobre ellos, antes de que alguien les informara el número de sus tropas. Acampé cerca de una laguna y descansé calladamente. Al día siguiente, que era sábado, día durante el cual los judíos se abstienen de todo trabajo, confiando en que el enemigo no resistiría y podría capturarlos sin lucha, se fué acercando lentamente, pensando caer sobre ellos de improviso. Asineo se encontraba sentado con sus compañeros con las armas en las manos.

—Compañeros —dijo—, he oído relinchos de caballos, no de caballos que pastan, sino de los que llevan jinetes, pues tengo la convicción de haber oído también el ruido de los frenos. Temo que nos esté rodeando el enemigo para atacarnos. Que alguien se apresure a ver lo que ocurre para anunciarlo; y ojalá me haya equivocado.

Habló así. Inmediatamente algunos fueron a ver lo que pasaba. Regresaron pronto y dijeron:

—No te engañaste. Adivinaste exactamente lo que hace el enemigo: parece que no están

dispuestos a permitir que sigamos cometiendo violencias. Nos han rodeado insidiosamente, dispuestos a matarnos como si fuéramos animales, pues es muy numeroso el grupo de jinetes que se dirige contra nosotros, cuando nosotros debemos abstenemos de la lucha por estar obligados por las leyes nacionales a descansar.

Pero Asineo no estaba dispuesto a ajustar su conducta a la opinión de su explorador, considerando más justo violar valerosamente la ley, obligados por la necesidad, a repeler el ataque, aunque tuvieran que morir, que dejar que el enemigo aprovechara su inactividad. Tomando las armas animé a los que estaban con él a comportarse valerosamente. Lucharon con los enemigos y mataron a muchos de ellos, pues éstos se habían acercado desdeñándolos y dando la victoria por segura, y pusieron a los demás en fuga.

3. Cuando el rey de los partos supo el resultado de la lucha, admiróse de la audacia de los hermanos. Sintió deseos de verlos y hablar con ellos y enviéles a uno de sus más fieles guardias, que les dijo:

—El rey Artabano, aunque víctima de vuestra injusticia ha depuesto su ira a causa de vuestro valor, y me ha enviado para ofreceros seguridad bajo su palabra, a fin de que podáis salir sin peligro, pues quiere que os presentéis ante él como amigos, sin temer ningún engaño. Al contrario, promete haceros regalos y ofreceros honores que, junto con vuestro valor, podrán ser útiles a su poderío.

Asineo rehusó ir a ver al rey y envió a su hermano Anileo con los regalos que pudo conseguir. Fué admitido a la presencia del rey. Cuando Artabano vió que solamente se presentaba Anileo preguntó por qué motivo no se hacía presente Asineo. Al enterarse que por miedo había quedado en la laguna, prometió por los dioses patrios que no dañaría en lo más mínimo a los que otorgaran fe a su palabra. Le tendió la mano derecha, acto que entre los bárbaros de esta región es una señal de confianza. Nadie se atreve a engañar, luego de haber ofrecido la mano derecha. Y nadie tiene la menor duda, cuando se le ha dado esta señal, aunque antes sospechara.

Artabano, después de esto, despidió a Anileo, a fin de que persuadiera a su hermano a presentarse. El rey se comportaba de esta manera, porque quería utilizar el valor de los hermanos judíos como un freno y conseguir su amistad, en momentos en que sus satrapías se rebelaban o estaban por hacerlo, y cuando él se preparaba para emprender una expedición. Temía que mientras estuviera ocupado en la guerra y en dominar a los rebeldes, los compañeros de Asineo hicieran grandes progresos y llegaran incluso a dominar en Babilonia o, en todo caso, que se dedicaran a peores depredaciones.

4. Fué con estas ideas que envió a Anileo. Este persuadió a su hermano de que el rey les tenía buena voluntad y que había dado su palabra juramentada. Por esto se apresuraron a presentarse ante Artabano. Ya en su presencia, los recibió alegremente; a la vez se admiró al ver a Asineo, que era tan valeroso a pesar de su estatura exigua, y que a primera vista parecería que debería ser despreciado por los que se unían con él, por considerarlo de poca importancia. Opinó luego entre sus amigos que su valor era mucho mayor que su cuerpo, si se comparaba el uno con el otro.

Mientras bebían, mostró Asineo a Abdagase, su mariscal; lo nombró y le habló de su valor como guerrero. Abdagase le pidió que le permitiera matarlo, para castigarlo por las injurias que había cometido en detrimento del imperio de los partos.

—No puedo permitir —respondió Artabano— que se haga tal cosa con un hombre que confió en mí, especialmente cuando le extendí la diestra, y juré por los dioses para que me creyera. Si tú eres un hombre valiente en la guerra, no es necesario mi perjurio para vengar la afrenta hecha al poder de los persas. Ataca a este hombre a su regreso con las fuerzas de que dispones, con tal que yo lo ignore.

Habiendo hecho venir por la mañana a Asineo, le dijo:

—Es tiempo, oh joven, de que te vayas con los tuyos, no sea caso de que muchos de mis capitanes que están conmigo decidan matarte, a espaldas mías. Encomiendo a tu fidelidad la tierra de Babilonia, para que, gracias a tus cuidados, esté libre de robos. Es justo que te pongas de mi parte, pues te he otorgado una fe inviolable, no sobre cosas de poca importancia, sino en lo referente a tu seguridad.

Dichas estas palabras y luego de haber otorgado muchos regalos a Asineo, lo envié a los suyos. Ya con ellos, edificó algunos fuertes nuevos y fortificó mejor los antiguos. En poco tiempo su poder creció de tal manera como nadie que hubiera empezado con principios tan humildes habría conseguido. Los jefes de los partos enviados a las provincias vecinas lo respetaban, pues el honor que le otorgaban los babilonios les parecía poca cosa e inferior a sus méritos. Gozaba de plena potestad y crédito. Todos los asuntos de Mesopotamia en adelante dependían de él y su buena suerte no hizo sino aumentar durante quince años.

5. Cuando los hermanos estaban en pleno éxito, las cosas empezaron a andar mal para ellos por el siguiente motivo. Transformaron el valor, gracias al cual lograron tanto poder, y lo convirtieron en ignominia, alejándose de las costumbres patrias por amor a los placeres. Habiendo ido para administrar la región vecina a la de ellos un jefe de los partos, a quien acompañaba su esposa, que era elogiada por sus dotes, especialmente por su belleza, Anileo, el hermano de Asineo, ya sea que lo hubiese sabido por referencias o que la hubiera visto, se convirtió a la vez en su enamorado y su enemigo, porque no podía obtenerla más que apoderándose de ella por la fuerza y porque su deseo era irresistible.

Declararon enemigo al marido, el cual murió durante las luchas, y su mujer fué hecha cautiva y se casó con su amador. Pero la entrada de la mujer a su casa acarree a Anileo, y también a Asíneo, grandes calamidades, por el siguiente motivo. Cuando falleció su primer marido, fué tomada cautiva, y llevó consigo, ocultos, los simulacros de sus dioses gentiles y los de su primer marido, pues es costumbre en aquella región guardar en las casas los dioses y llevárselos consigo cuando salen de viaje. Al principio los veneró a escondidas; pero, una vez convertida en esposa, se entregó al culto de los dioses según su antigua costumbre y con los mismos ritos que acostumbraba observar con el primer marido.

Los compañeros de mayor prestigio de los hermanos, al principio les hicieron algunos reproches, diciendo que era en contra de las costumbres y las leyes de los judíos tomar por esposa a una mujer extranjera que violaba el culto ordenado por la ley; que debían evitar que, por acceder a los placeres del cuerpo, perdieran el poder que habían obtenido gracias a la protección de Dios. No consiguieron nada. Pero aconteció que Anileo mató a uno de los que habían hablado más francamente. Mientras agonizaba por su fidelidad a la ley, rogó a Dios que hiciera pagar las penas del homicidio a Asineo y Anileo, y que todos sus compañeros se vieran condenados a muerte, pues fueron autores del crimen, unos por no haberlo auxiliado y otros por no tomar la debida venganza. Todos sintieron intensamente lo ocurrido, pero lo sufrieron pacientemente, pues sabían que en general debían toda la felicidad presente al valor de los hermanos.

Pero cuando se informaron del culto que los partos tributaban a sus dioses, decidieron no tolerar por más tiempo la ofensa de Anileo contra la ley. Reunidos muchos de ellos con Asineo, gritaron contra Anileo, diciendo que era ya hora, aunque antes se habían pasado por alto algunos hechos, de que se corrigiera y enmendara lo que se estaba haciendo, antes de que él y todos los demás se vieran obligados a llorar las consecuencias de la maldad. Sostuvieron que su matrimonio con una mujer extranjera era contrario a las costumbres y las leyes patrias y que condenaban el culto que aquella mujer llevaba a cabo como oprobioso para el Dios que ellos adoraban.

Asineo sabía que el pecado de su hermano había sido la causa de grandes males y que

todavía lo sería más en lo futuro; sin embargo, lo toleraba, vencido por los lazos de parentesco y perdonándole aquello en que debería manifestarse más enérgico por proceder de un deseo perverso.

En vista de que, día a día, eran más insistentes los pedidos y más vehemente la exigencia, al final decidió hablar con Anileo, reprochándole lo hecho, y ordenándole que en adelante procediera de otra forma y que enviara la mujer a la casa de sus padres. Pero no consiguió nada con esta amonestación. La mujer, advertida de que el pueblo se amotinaba por su causa, y temerosa de que algo más grave le aconteciera a Anileo por este motivo, eliminó a Asineo, mezclando veneno en su comida. No tuvo el menor miedo de lo que podría pasarle, pues su juez iba a ser aquel que la amaba perdidamente.

6. Anileo, ejerciendo solo el poder, llevó el ejército contra las poblaciones pertenecientes a Mitrídates, uno de los principales de los partos, que se había casado con la hija del rey Artabano, y las entregó al saqueo. Se apoderaron de grandes cantidades de dinero y de esclavos, de gran número de rebaños y otras cosas que hacían mucho más agradable la vida a aquellos que las poseían. Pero Mitrídates, que por casualidad se encontraba en aquella zona, informado del saqueo de los poblados, se indignó por la actitud de Anileo, que lo había atacado sin haber sido provocado. Viendo menospreciada su autoridad, reunió toda la caballería que pudo, la mayor parte de hombres en pleno vigor, y salió al encuentro de Anileo.

Al llegar a uno de sus pueblos, se detuvo y descansó, con la idea de atacar al día siguiente, que era sábado, día en el que los judíos se abstienen de todo trabajo. Anileo, informado de todo por un extranjero de raza siria, un vecino de otro pueblo que lo tenía al tanto de todo, y que le dijo dónde cenaría Mitrídates, hizo su comida a tiempo y viajé de noche, a fin de atacar a los partos, ignorantes de lo que acontecía.

Los atacó cerca de la cuarta vigilia, y mató a muchos que estaban durmiendo, mientras que otros lograron escapar. Se apoderó de Mitrídates vivo, lo llevó consigo, haciéndole cabalgar desnudo sobre un asno, lo cual entre los partos es considerado como una gran afrenta. Habiéndolo conducido a un bosque en esta forma insultante, los amigos le pidieron que lo matara; pero él se opuso y dijo que no había que matar a un hombre que, entre los partos, ocupaba por su nacimiento uno de los primeros lugares, y que por su alianza con la familia real se veía todavía en mayor dignidad. El modo como lo habían tratado era soportable, a pesar de lo mucho que lo habían ultrajado, pero como conservaría la vida, no se olvidaría de agradecer ese beneficio. Si, por el contrario, sufría lo irreparable, el rey no quedaría satisfecho hasta que no hiciera una gran matanza de judíos. Era mejor ahorrarles este desgracia, pues eran sus hermanos de raza y, en caso de una derrota, no tendrían donde refugiarse, mientras que en la actualidad disponían de la mayor parte de su gente joven.

Habiendo pensado y expresado estas ideas, logró persuadirlos. Dejó libre a Mitrídates. Pero cuando éste regresó a su casa su mujer lo llenó de reproches, pues estaba informada de todo y sabía que él no quería, a pesar de haber sido menospreciado y vilipendiado, perseguir a aquellos que lo llenaron de injurias y contumelias, sino que se sentía satisfecho de haber quedado indemne, debiendo la vida a un judío de quien había sido cautivo.

—Y ahora —dijo— recupera tu valor, o juro por los dioses patrios que romperé el matrimonio.

Es así como Mitrídates, en parte por los reproches que escuchaba a diario y en parte por miedo al divorcio, reunió de nuevo, contra su deseo, un ejército, lo más numeroso posible, y se puso en campaña. Pensaba que la vida no le sería tolerable si él, un parto, era vencido en la guerra por un judío.

7. Por su parte Anileo, habiendo sabido que Mitrídates reunía un gran ejército para combatirlo, consideró indecoroso quedarse entre las lagunas y no hacerle frente; de modo que

salió con sus tropas en la esperanza de que, como anteriormente, se impondría a los enemigos y que la audacia no les iba a faltar. Se le unieron muchos que no eran del ejército, con la confianza del saqueo y para infundir terror en el enemigo con su presencia. Avanzaron como unos noventa estadios por un lugar árido, y en horas del mediodía, cuando estaban fatigados por la sed, Mitrídates apareció y se lanzó sobre ellos. Tanto por la falta de agua como por la hora, no tenían fuerzas ni para levantar las armas. El resultado fué una vergonzosa derrota para los partidarios de Anileo, agotados y atacados por tropas frescas. Hubo una gran matanza y murieron muchos miles de hombres. Anileo y los que estaban con él se retiraron al bosque, dando lugar a que Mitrídates se alegrara por la victoria conseguida.

A Anileo se le unió nuevamente una gran multitud inexperta de criminales, a quienes poco les importaba la vida con tal de que sacaran de la misma algún provecho inmediato, y con ellos, logré reparar el número de los que habían muerto. Sin embargo, no podían compararse con ellos los caídos por ser rudos e inexpertos. No obstante, con su cooperación atacó a los poblados babilonios, causando su violencia grandes devastaciones.

Los babilonios y aquellos que hacían la guerra enviaron mensajeros a Naarda, a los judíos que allí vivían, exigiendo la entrega de Anileo. Como éstos se negaran a la demanda, la cual, por otra parte, aunque hubieran querido, tampoco habrían podido satisfacerla, los enviados los invitaron a la paz.

Contestaron los judíos que era también su anhelo hacer la paz. Enviaron a algunos de sus hombres con los babilonios, para que hablaran con Anileo. Los babilonios lo observaron bien todo y la índole del lugar, donde Anileo tenía su campamento. Los atacaron durante la noche, mientras estaban borrachos y entregados al descanso; y sin riesgos los mataron a todos, y entre ellos a Anileo.

8. Libres los babilonios del miedo a Anileo, pues era el obstáculo que se oponía para que desahogaran su odio contra los judíos, con quienes existían continuas disensiones a causa de la diversidad de las leyes, sucediendo que cuando una de las partes aumentaba en poderío, injuriaba a la otra, muertos, por lo tanto, los que se encontraban con Anileo, los babilonios atacaron a los judíos.

Irritados por las violencias de los babilonios, imposibilitados de luchar con ellos ni de vivir a su lado, emigraron a Seleucia, la principal ciudad de aquella región, edificada por Seleuco hijo de Nicátor, donde vivían muchos macedonios y griegos, además de una cantidad respetable de sirios. Se refugiaron allí, y durante cinco años estuvieron exentos de calamidades. En el año sexto, después de su primer desastre en Babilonia y la nueva instalación en Seleucia, les aconteció una desgracia mucho mayor, por el motivo que voy a exponer.

9. En Seleucia existían grandes disensiones entre los griegos y los sirios, siendo responsables los griegos. Cuando los judíos fueron a vivir allí, siguieron las agitaciones, pero los sirios tuvieron ventaja en su favor gracias a los judíos, hombres que aman el peligro y que están dispuestos con ardor a combatir. Los griegos, en vista de que los asuntos les iban mal, se dieron cuenta que podrían recuperar su anterior prestigio, si lograban distanciar a los judíos y los sirios. Hablaron con aquellos sirios, con los cuales antes habían ya alternado, y les ofrecieron paz y amistad. Estos los aceptaron de buena gana. Tuvieron varias conversaciones, interviniendo los principales de ambos lados, y llegaron a una reconciliación.

Una vez de acuerdo, decidieron darse mutuamente una gran prueba de amistad odiando en común a los judíos. Es así como cayendo de improviso sobre ellos mataron cincuenta mil. Perecieron todos, excepto los que pudieron escapar gracias a los amigos o vecinos. Los sobrevivientes se retiraron a Ctesifón, ciudad griega próxima a Seleucia, donde el rey pasa todos los años el invierno, y donde está situada la mayor parte de sus aprovisionamientos.

Con razón se instalaron en este lugar, pues los de Seleucia eran cuidadosos del prestigio del poder real. Todos los judíos de esta zona temían a los babilonios y los seleucos, pues los sirios del país estaban de acuerdo con los seleucos para combatir a los judíos. Estos últimos, en su mayor parte, se reunían en Naarda y Nisibis, y lograron la seguridad gracias a la fuerte situación de estos poblados y por vivir allí una gran cantidad de guerreros. Esta era la situación de los judíos en Babilonia.

LIBRO XIX

Comprende un lapso de tres años y seis meses²⁶

CAPITULO I

Cayo César es asesinado, víctima de la conspiración de Casio Cerea

1. Cayo demostró su locura no solamente persiguiendo a los judíos de Jerusalén y las regiones vecinas, sino también desplegando su crueldad en todos los mares y tierras, a lo largo y a lo ancho del imperio romano, llenándolos de innumerables calamidades, sin igual en la historia. Fué principalmente en Roma donde sembró el terror con sus actos, pues no tuvo mayor respeto por ella que por las demás ciudades; despojó y maltrató a sus habitantes, especialmente a los senadores y patricios y a aquellos que eran ilustres por sus antepasados. En particular persiguió a los caballeros, los cuales por su dignidad y poder financiero eran considerados por los ciudadanos iguales a los senadores, pues era con ellos con quienes se formaba el senado. Cayo los degradó civilmente, los exiló, los condenó a muerte, les confiscó los bienes.

Decía ser de origen divino y exigía que se le tributaran honores superiores a los humanos. En las visitas al templo de Júpiter, denominado el Capitolio, el más célebre de sus templos, se atrevió a denominarse hermano de Júpiter. No se abstuvo de ningún acto de locura. Cuando tuvo que ir de Dicearquía, población de la Campania, a Misena, otra población marítima, y considerando penoso hacer la travesía en trirreme, y pensando por otro lado que le correspondía, como amo del mar, pedirle lo mismo que exigía a la tierra, reunió los dos promontorios que distan treinta estadios entre sí, cerrando enteramente el golfo, y se lanzó con el carro sobre el dique. Puesto que se consideraba dios, le convenía abrirse esta clase de caminos.

No dejó ningún templo griego sin despojar, apoderándose de todas las pinturas y esculturas que tuvieran y todo lo que habían conservado, como estatuas y objetos votivos. Decía que las cosas hermosas no tenían que colocarse sino en el lugar más hermoso, y éste era la ciudad de Roma. Con estos objetos adornó su palacio y sus jardines y otros lugares de diversión de que disponía en Italia. Es así como se atrevió a ordenar el traslado a Roma del Júpiter Olímpico venerado por los griegos, obra del ateniense Fidias. Pero no pudo llevarse a cabo porque los arquitectos informaron a Memio Régulo, a quien se le había encargado el traslado, que el simulacro se rompería si lo movían de su lugar. Se dice que por esto, como también por algunos otros prodigios increíbles. Memio dió largas al asunto. Escribió a Cayo, excusándose de no poder cumplir sus órdenes. Se encontró en grave peligro de perder la vida, pero se libró porque Cayo murió antes de matarlo.

²⁶Abarca del año 41 (muerte de Cayo o Calígula) hasta el año 44 (muerte del rey Herodes Agripa I de Judea).

2. La locura de Cayo llegó a extremos tales que, habiéndole nacido una hija, la llevó al Capitolio y la puso en las rodillas de la imagen, afirmando que era hija en común de él y de Júpiter; la niña tenía dos padres, sin que se pudiera determinar cuál de los dos era más grande. ¡Y le toleraban que hiciera esas cosas! También autorizó a los esclavos a acusar a sus amos, atribuyéndoles cualquier crimen. Para agradecerle y por sugestión suya interpretaban muchos hechos como crímenes. Pólux, esclavo de Claudio, se atrevió a acusarlo, y Cayo aceptó la acusación contra su mismo tío paterno, con la esperanza de que encontraría el medio de eliminarlo. Pero no lo logró.

En todo el imperio no había sino maldad. Otorgó potestad a los esclavos para armarse contra sus señores; por todos estos motivos frecuentemente se intrigaba contra él, a fin de vengar las injurias recibidas. Algunos concibieron el propósito de matarlo, antes de que les acontecieran mayores calamidades. Por último, para conservación de las leyes y la seguridad común felizmente recibió la muerte; resultó en beneficio especialmente de nuestra raza, que corría peligro de quedar totalmente exterminada. Quiero explicar con detalle todo lo referente a su muerte, especialmente porque acrecienta la creencia en el poder de Dios y será consuelo para aquellos que se encuentran en situaciones adversas, así como también amonestación para los que creen que su felicidad será perpetua, y no ha de terminar en calamidad, si no se conducen en la vida de acuerdo con los principios de la virtud.

3. Se planearon tres medios para eliminarlo, bajo la dirección y auspicios de tres hombres valerosos. Emilio Régulo, oriundo de Córdoba, en España, contaba con algunos conjurados, queriendo con su ayuda y cooperación eliminarlo; otros estaban complotados bajo la dirección del tribuno Casio Cerea; Anio Munuciano contribuyó no poco a la muerte del tirano. Las causas de su cólera contra Cayo, en lo referente a Régulo, era su naturaleza irascible y el odio a toda injusticia. Régulo poseía un carácter generoso y liberal, a pesar de que era incapaz de disimular sus resoluciones. Las comunicó a muchos, tanto amigos como a otros, pareciéndoles decididos y fuertes para llevar a cabo tal propósito. Minuciano en parte estaba con deseo de vengar a Lépido, muy amigo suyo y uno de los primeros ciudadanos a quien Cayo había asesinado, pero especialmente porque temía por sí mismo, pues Cayo se indignaba contra todos por igual hasta que los hacía morir. Cerea se sentía avergonzado diariamente por los reproches que Cayo le hacía de ser hombre negligente, y puesto que todos los días corría peligro precisamente a causa de su amistad y celo, daba por supuesto que la muerte de Cayo era un acto propio de un hombre libre.

Se dice que todos examinaron en conjunto sus planes, porque todos estaban igualmente amenazados por las violencias de Cayo, y querían eludir las, eliminando a Cayo. En caso de obtener éxito, sería conveniente que tales hombres, para afirmar la seguridad del estado, asumieron el poder y, luego de la muerte de Cayo, administraran el gobierno. Pero Cerea se sentía más inclinado a ello por el deseo de obtener mayor fama, y también porque, como tribuno, le era mucho más fácil acercarse al emperador.

Por esta época se celebraban los juegos circenses, a los cuales los romanos son muy aficionados. Se reúnen apasionadamente en el circo; y, una vez congregados, dan a comprender al emperador cuáles son sus deseos; éste algunas veces accede a sus pedidos, cuando considera que no es conveniente oponerse. En aquella oportunidad insistieron ante Cayo para que les rebajara los tributos, pues eran sumamente gravosos. Pero Cayo no accedió y como insistieran en sus clamores, ordenó que detuvieran a los que gritaban y sin vacilación dispuso que fueran inmediatamente ejecutados.

Sus órdenes se cumplieron; muchos murieron por este motivo. Esto se hizo delante del pueblo, que cesó en seguida en sus gritos, viendo que ante sus mismos ojos eran condenados a muerte los que pedían disminución de los impuestos.

Estos acontecimientos fueron una incitación mayor para Cerea, para terminar de una vez con tanta crueldad. Varias veces pensó atacarlo mientras comía; pero tuvo razones para no hacerlo, no porque dudara, sino porque quería aprovechar una oportunidad segura, para que no fuera un conato sin esperanza y pudiera llevar efectivamente a cabo lo propuesto.

5. Hacía mucho tiempo que servía en el ejército y estaba descontento de la conducta de Cayo. Este le encargó la percepción de los impuestos, así como también de las deudas atrasadas que se debían al fisco del César. Se demoró en la percepción de estas cargas, porque habían sido duplicadas, y atendiendo más bien a su carácter que a las órdenes de Cayo, se compadecía de la situación de aquellos a quienes tenía que exigirselas. El César se indignó con él, acusándolo de molicie en la percepción de los impuestos. Lo insultaba de mil maneras; especialmente cuando le daba la palabra de orden el día en que estaba de servicio; escogía un nombre deshonroso y femenino. Lo humillaba de este modo, aunque él mismo participaba en la celebración de ciertos ritos que había instituido; se vestía con ropas femeninas y se colocaba en la cabeza trenzas de cabello para simular aspecto femenino. Sin embargo, se atrevía a injuriar a Cerea atribuyéndole estas prácticas. Cerea, cuando recibía la palabra de orden, se llenaba de cólera; pero se irritaba todavía más cuando la transmitía a los demás, pues sabía que entonces se convertía en motivo de risa; de modo que los demás tribunos se divertían a su costa, pues todas las veces que iba a pedir al emperador la palabra de orden, predecían que traería como de costumbre un motivo de regocijo. Estos hechos lo hicieron bastante audaz para unirse con los conjurados, pues no cedía ciegamente a la ira.

Había un senador, de nombre Pompedio, que había recorrido casi todos los honores; era epicúreo y, por lo tanto, no gustaba de los negocios públicos, sino de la vida tranquila. Fué acusado por Timidio, su enemigo, de haber pronunciado palabras insultantes contra Cayo; citó como testigo a Quintilia, mujer de teatro, que, a causa de su belleza, tenía muchos amantes, entre los cuales estaba también Pompedio. Ella consideró indigno acusar falsamente a su amante de algo que le costaría la vida; Timidio pidió que la hicieran torturar.

Cayo, exasperado, ordenó a Cerea que sin tardanza sometiera a la tortura a Quintilia, pues utilizaba por lo común a Cerea para las muertes y suplicios, con la idea de que lo realizaría con mucho más rigor para escapar al reproche de molicie.

Quintilia, llevada al tormento, pisó el pie a uno de sus cómplices para darle a entender que debía animarse y no temer los tormentos que sufriría, pues ella sería valerosa. Cerea la atormentó cruelmente, no por su propia voluntad, sino obligado por la necesidad. Ella no cedió ni aun en medio de los más grandes tormentos; Cerea la llevó a presencia de Cayo, en un estado tan lastimoso que nadie podía mirarla sin compadecerse. Viendo como estaba, vejada por los tormentos, Cayo, algo conmovido, absolvió a ella y a Pompedio. Además entregó dinero a Quintilia, para compensarle los daños que había sufrido en el cuerpo y por el valor y ánimo con que sufrió los tormentos.

6. Todo esto afligía mucho a Cerea, como si él mismo fuera la causa de las calamidades que afectaban a los hombres, que eran tan grandes que el mismo Cayo se dignaba consolarlos. Dijo a Clemente y a Papinio, siendo Papinio también tribuno, y Clemente prefecto en el pretorio:

—A nosotros, oh Clemente, no nos ha faltado voluntad para llevar a cabo todo lo pertinente a la seguridad del emperador. Pues de los que conspiraron, algunos fueron sometidos a muerte por nosotros, otros atormentados a tal extremo que el mismo Cayo se compadeció de ellos. Además, ¿no hemos conducido valerosamente el ejército?

Clemente callaba, a pesar de que mostraba que le avergonzaba haber cumplido lo que le ordenaban, sin atreverse, sin embargo, a condenar la locura del emperador, porque pensaba en

su propia seguridad; pero Cerea, que había tomado confianza, le habló más libre y audazmente, relatándole las calamidades a que estaba expuesto el imperio.

—Según lo que se dice, Cayo es considerado como su autor; pero si se mira la realidad, Clemente, yo y Papinio, y tú más que nosotros, somos los encargados de atormentar a los romanos y a todo el género humano, no cumpliendo las órdenes de Cayo, sino nuestra voluntad, pues depende de nosotros el que cesen tantas calamidades contra ciudadanos y súbditos. Como soldados lo obedecemos, convertidos en guardias y victimarios, llevando estas armas no en favor de la libertad y el poderío romanos, sino para la seguridad de aquel que redujo a servidumbre tanto sus almas como sus cuerpos. Nos manchamos todos los días con la sangre de aquellos que matamos o atormentamos, hasta que alguien preste el mismo servicio a Cayo con nosotros. Esto no contribuye a que nos mire con benevolencia, sino sospechosamente, por el gran número de muertos que ha habido. No apaciguará su ira, puesto que se indigna, no en defensa de lo justo y equitativo, sino para complacer su ánimo; y nosotros también seremos objetos de la misma indignación, siendo que deberíamos tener, en cambio, el deber de asegurar a todos la libertad y determinarnos a librarnos a nosotros mismos de estos peligros.

7. Clemente estaba abiertamente de acuerdo con lo que decía, lo aprobaba y elogiaba, pero le dijo que se callara, no fuera que sus palabras llegaran a oídos de muchos, y divulgándose aquello que debía guardarse en silencio, antes que se llevara a cabo, los condujera a ser condenados a muerte. Debían confiar en el porvenir y tener esperanza, pues podía venir algún socorro inesperado. En cuanto a él, su edad avanzada le impedía un acto tan audaz.

—En cuanto a lo que tú, Cerca, has dicho, yo quizá podría aconsejarte algo más prudente, ¿pero quién podría sugerir nada que fuera más honorable?

Clemente se fué a su casa, mientras repasaba mentalmente lo que había dicho y oído, en medio de diversas dudas. Cerca, preocupado, se apresuró a ver a Cornelio Sabino, también tribuno, a quien apreciaba como varón egregio amante de la libertad y, por este motivo, contrario al presente estado de cosas y que quería de una vez terminarlas. Consideró oportuno proponérselas, con miedo de que Clemente los traicionara, teniendo en cuenta además el tiempo que habían perdido en dudas y vacilaciones.

8. Sabino aceptó la sugestión de buena gana, pues ya previamente estaba decidido a ello, pero se había callado hasta ahora, pues no había encontrado a nadie con quien compartir sin riesgo su idea. Habiéndose, pues, topado con un hombre no sólo dispuesto a callar lo que oyera, sino a revelar su propio pensamiento, se sintió mucho más animado; por esto, pidió a Cerea que llevara a cabo su propuesta sin demora. Es así como se dirigieron a Minuciano, animado del mismo deseo y similar a ellos por su decisión y que había caído en sospechas ante Cayo, después de la muerte de Lépido. Una profunda amistad había unido a Minuciano y Lépido por los peligros que habían corrido juntos. Porque Cayo era temible y no dejaba de ensañarse en cada uno de ellos según su capricho. Sabían que ambos estaban descontentos de tal situación, a pesar de que el miedo del peligro impedía que abiertamente revelaran su pensamiento y su odio contra Cayo. Sin embargo, adivinaban que los dos lo detestaban y esto contribuía a que sintieran un recíproco afecto.

9. Se encontraron, pues, con Minuciano, a quien saludaron con demostraciones de aprecio, pues ya en encuentros precedentes habían adoptado la costumbre de rendirle homenaje, tanto por la superioridad de su rango, pues era el más noble de todos los ciudadanos, como por los elogios que merecían sus cualidades, especialmente su elocuencia. Minuciano, hablando el primero, preguntó a Cerca qué palabra de orden había recibido. Toda

la ciudad sabía el insulto que se hacía a Cerea en la transmisión de la palabra de orden. Cerea, indiferente a las expresiones de burla, agradeció a Minuciano el hecho de testimoniarle suficiente confianza como para hablar con él.

— Tú me diste la palabra de orden: libertad. Te agradezco que me excitaras más allá de lo que suele ser mi costumbre. No necesito muchas palabras para elevar y reforzar el ánimo, si es que son de tu gusto las cosas que son del mío y si somos de la misma opinión. Ciño una sola espada, pero basta para los dos. Emprendamos la acción; me pongo bajo tu dirección y mando, si es que te place. O me adelantaré confiado en tu ayuda, esperanzado en tu auxilio. No necesitan del hierro aquellos que poseen un ánimo valeroso que hace eficaz al mismo hierro. Me basto para emprender esta tarea, sin el menor miedo por lo que pueda acontecerme. No tengo tiempo para pensar en los peligros, cuando lamento la situación de la patria, que ha descendido desde la mayor libertad a la servidumbre, estando sin fuerza y autoridad las leyes y todos amenazados por Cayo. Ojalá merezca fe en lo que te digo, puesto que soy de la misma opinión que tú en este particular.

10. Minuciano, conmovido por la vehemencia de sus palabras, lo abrazó, y elogiándolo y estimulándolo le infundió nuevos ánimos y lo despidió con los mayores deseos. Dicen algunos que Minuciano fué todavía más expresivo.

Cuando Cerea entraba en el senado, cuentan que surgió una voz de la multitud instándolo a hacer lo que debía hacer con la ayuda de Dios. Al principio sospechó que, traicionado por alguno de los conjurados, sería detenido; pero finalmente comprendió que eran expresiones de alguien que lo exhortaba; ya fuera que, por instigación de sus cómplices, alguien le diera una señal, o era Dios mismo que contempla las acciones de los mortales y lo inducía a que obrara con ánimo decidido.

Eran muchos los que conocían la conjuración, y todos se encontraban armados, tanto senadores, caballeros o soldados. No había nadie que dejara de considerar venturosa la muerte de Cayo; y así todos, del modo que podían, colaboraban fervorosamente y no querían ser menos que los otros; con suma decisión y por odio contra el tirano se preparaban al hecho, de palabra y con la acción.

Entre los conjurados se encontraba Calisto, liberto de Cayo, que había llegado a la cima del poder, igual al del tirano, gracias al miedo que inspiraba a todos y a la gran fortuna que había acumulado. Se apoderaba de todo lo que podía y era insolente con todos, usando su poder con injusticia. Sabía que Cayo era implacable y tan terco que nunca desistía de lo que había decidido; por esto y muchas otras cosas se sentía en peligro, especialmente por su gran fortuna. Por eso servía a Claudio, habiéndose pasado secretamente a su lado, pensando que éste obtendría el imperio si Cayo desaparecía y que él encontraría, en un poder similar al que ocupaba, un pretexto para obtener favores y honores, si tomaba la precaución de conquistar la gratitud de Claudio y la reputación de que le había sido fiel. Incluso había llegado su audacia a decir que había recibido del emperador la orden de envenenar a Claudio, y había diferido su ejecución con mil pretextos. Pero creo que Calisto debe de haber fraguado este cuento para congraciarse con Claudio, pues en el caso de que Cayo hubiese realmente decidido librarse de Claudio, no habría tolerado las tretas de Calisto; y si este último hubiera recibido orden de eliminarlo, no habría podido diferir su incumplimiento sin recibir inmediatamente su castigo.

Debe sólo atribuirse al poder divino la protección de Claudio contra el furor de Cayo; y Calisto simulaba un hecho que no era tal como lo presentaba.

11. Los propósitos de Cerea se fueron postergando de día en día, pues muchos de los conjurados dudaban. El mismo de mala gana difería su realización, por considerar que cualquier oportunidad era buena para llevar a cabo lo decidido. Se le presentaba frecuentemente tal oportunidad, cuando Cayo ascendía al Capitolio para ofrecer víctimas por

la salud de su hija. O también, cuando estaba en la parte elevada de la basílica y tiraba oro y plata al pueblo, podía ser precipitado desde este lugar; o en la celebración de aquellas ceremonias que él mismo había establecido, y cuando no desconfiaba de nadie, pues atendía a que todo se llevara a cabo debidamente y con el decoro conveniente.

Aun sin contar con ninguna señal de los dioses, Cerea podía hacer morir a Cayo; y habría tenido coraje para suprimirlo hasta sin armas. Cerea se indignaba contra los conjurados, temiendo que pasara la oportunidad. Los otros sabían que tenían razón y que los urgía en su propio interés; pero pedían que se demorara, no fuera que si no salía bien, toda la ciudad quedara conturbada, que se persiguiera a los cómplices y que luego fuera inútil todo su valor porque Cayo tomaría mayores precauciones contra ellos. Lo más seguro sería llevarlo a cabo cuando se celebraran los espectáculos en el palacio. Se cumplían en honor del César que había sido el primero en atribuirse el poder del pueblo. Se elevaba a poca distancia delante del palacio una tribuna desde la cual los patricios, sus mujeres y sus hijos y aun el mismo emperador contemplaban el espectáculo. Les sería fácil, en una oportunidad en que tantos miles de personas quedaban encerradas en un espacio estrecho, atacarlo en el momento de entrar, cuando ni sus guardias podrían auxiliarlo, ni aun cuando quisieran.

12. Cerea tuvo que aguardar. Cuando llegaron las fiestas, resolvióse ejecutar el plan el primer día; pero el destino, que había dispuesto las demoras, pudo más que la decisión tomada por los conjurados. Habiendo dejado pasar los tres primeros días consagrados, sólo en el último se pasó a la acción. Cerea, habiendo convocado a los conjurados, les dijo:

—Hemos dejado pasar mucho tiempo sin que por nuestra indolencia nos decidamos a realizar lo determinado. Sería espantoso, si quedara en la nada a causa de alguna denuncia, y Cayo, exacerbado, sería entonces más cruel. ¿No vemos, por ventura, que privamos de tantos días a la libertad cuantos otorgamos a la tiranía, cuando debemos asegurarnos para lo futuro, otorgar la felicidad a los demás y obtener para siempre admiración y honor?

Como nadie podía negar que sus palabras eran nobles, y tampoco aceptar públicamente la empresa, todos guardaron un profundo silencio:

—¿A qué viene, varones valerosos —siguió diciendo—, que dudemos y nos alejemos de la acción? ¿No os dais cuenta que éste es el último día de los espectáculos y que luego Cayo se embarcará?

Cayo se disponía a partir hacia Alejandría, a fin de visitar a Egipto.

—¿Puede parecernos honesto dejar escapar a un hombre tan odiado que irá por mar y tierra a exhibir su ostentación? ¿No nos abrumará la vergüenza si dejáramos que lo matara un egipcio o algún otro que considere que son intolerables sus locuras para los hombres libres? Yo no aceptaré más demoras, y hoy mismo iré a enfrentar el peligro y sufrir con ánimo alegre las consecuencias. No hay motivo ninguno para demoras. En verdad, ¿qué cosa más mísera puede acontecer a un ánimo fuerte y generoso que otro mate a Cayo, mientras yo viva y me prive a mí de la alabanza de esta acción?

13. Diciendo estas palabras se excitó y animó a los restantes, y todos decidieron poner manos a la obra sin dilación ninguna. A primera hora de la mañana se encontraba en palacio, ceñido con la espada de los caballeros. Era costumbre de los tribunos pedir el santo y seña al emperador con la espada ceñida y precisamente aquel día le tocaba a él esa tarea. Ya la multitud se dirigía al palacio tumultuosamente, empujándose unos a otros, pues cada cual se esforzaba en ocupar el mejor lugar. Cayo contemplaba voluptuosamente el espectáculo. No había sitios especiales señalados para los senadores o los caballeros, todos se sentaban mezclados, los hombres con las mujeres, los esclavos con los hombres libres.

Se le abrió camino a Cayo entre los guardias; ofreció sacrificios a Augusto, en cuyo honor se celebraban los espectáculos. Al caer una de las víctimas aconteció que la sangre

manchó la toga de un senador de nombre Asprenas. Cayo lo tomó a risa, pero resultó un mal augurio para Asprenas; pues fué muerto junto con Cayo.

Se dice que aquel día, en contra de su costumbre, Cayo estuvo muy amable, hablando afablemente y causando la admiración de todos. Una vez ofrecido el sacrificio, se dirigió a su lugar en el teatro, rodeado de los amigos principales. El teatro, cuya disposición cambiaba todos los años, estaba construido de la siguiente manera. Tenía dos puertas, abierta una sobre el espacio libre, y la otra sobre un pórtico, a fin de que las entradas y salidas no molestaran a aquellos que se encontraban en el interior y para que los músicos y actores pudieran salir del mismo. La multitud estaba sentada, y Cerea con los restantes tribunos se instalaran a poca distancia de Cayo; éste se encontraba en el lado derecho del teatro.

Un tal Vatinio, senador, antiguo pretor, preguntó a Cluvio, personaje consular, sentado a su lado, si había oído hablar de la revolución; pero procuró que sus palabras no fueran comprendidas. Cluvio respondió que nada sabía.

—Hoy, Cluvio, se representará la escena del tiranicidio.

—Noble amigo —repuso Cluvio—, cállate, no sea que algún otro aqueo escuche tus palabras²⁷.

Se arrojó a los espectadores gran cantidad de frutas y de aves cuya rareza contribuía a hacerlas deseables. Cayo se regocijaba al ver a los espectadores luchando entre sí para apoderarse de ellas. Acontecieron a la par dos sucesos que fueron interpretados como presagios. Se representaba una parodia durante la cual se crucificaba a un capitán de ladrones. Por otro lado representaban el drama de Ciniras en el cual este rey se suicida, así como también su hija Mirra. De modo que había gran cantidad de sangre artificial esparcida tanto alrededor del crucificado como de Ciniras. Se sabe también que fué el mismo día en el que Pausanias, amigo de Filipo hijo de Aminita, rey de Macedonia, mató a éste cuando penetraba en el teatro.

Mientras Cayo dudaba si permanecería hasta el final del espectáculo, por ser el último día, o si iría a bañarse y comer y regresaría, como acostumbraba, Minuciano, sentado más arriba de Cayo, temeroso de que también en esta oportunidad se dejara de cumplir lo decidido, se levantó, cuando vió salir a Cerea, para ir a alentarle. Cayo, tomándolo por la toga, le dijo amigablemente:

— ¿A dónde te diriges, buen hombre?

Volvió a sentarse, aparentemente por respeto al César, pero sobre todo por el miedo que lo dominaba. Sin embargo, poco después se levantó de nuevo, sin que Cayo le impidiera esta vez la salida, creyendo que se trataba de satisfacer una necesidad. Asprenas, que también formaba parte del complot, invitó a Cayo a salir, como acostumbraba, para lavarse y comer y regresar después, pues quería que se cumpliera lo que habían decidido.

14. Cerea y sus compañeros se habían ubicado en sus correspondientes lugares, donde debían permanecer para secundar la acción de sus amigos. Aguantaban impacientes la demora, pues era casi la novena hora del día. Cerea tenía el propósito, al ver que Cayo tardaba, de ir a atacarlo en su sitio. Pero comprendió que no podría llevarlo a cabo sin la muerte de muchos caballeros y senadores. A pesar de ello, estaba decidido a hacerlo, si con esas muertes se conseguían la libertad y la seguridad de todos.

Ya estaba por dirigirse hacia la entrada del teatro, cuando un pequeño tumulto indicó que Cayo se había levantado. Los conjurados dispersaron a la multitud, con el pretexto de que a Cayo le disgustaba su presencia, pero en realidad para su propia seguridad, y para privar a Cayo de protección antes de matarlo. Lo precedían su tío Claudio, Marco Vinicio, el esposo de su hermana, así como también Valerio Asiático, a los cuales, aunque lo hubieran querido,

²⁷Alusión a un pasaje de la *Iliada*.

no era posible cerrarles el paso, a causa de su dignidad. Venía después Cayo con Paulo Arruntio.

Cuando estuvo dentro del palacio se apartó del camino directo, donde se encontraban los criados que debían servirle, y por donde lo habían precedido Claudio y los demás. Siguió por un corredor desierto y oscuro para ir a los baños, así como también para ver unos esclavos llegados de Asia, enviados unos para cantar en los misterios que se celebraban, y otros para ejecutar danzas pírricas en el teatro.

Cerea le salió al encuentro y le pidió el santo y seña. Le dió como consigna algo oprobioso y ridículo. Entonces Cerea lo insultó y, sacando su espada, le infirió una herida grave, aunque no mortal.

Algunos dicen que Cerea lo hizo a propósito para no matarlo de golpe y atormentarlo con golpes repetidos. Sin embargo, no parece creíble esta opinión, pues el temor que acompaña esta clase de hechos no permite tales razonamientos. Si ésta hubiera sido la intención de Cerea, yo lo consideraría como el más estúpido de los hombres, por querer hacer concesiones a su cólera en lugar de ponerse a salvo él y los demás conjurados. Especialmente cuando había diversas maneras para ayudar a Cayo, si no lo hicieran expirar inmediatamente. Cerea habría logrado, más que castigar a Cayo, perjudicarse él mismo y los demás conjurados, y pudiendo realizar la acción y huir sin exponerse a la ira de los que vengarían al emperador, habría conseguido, sin conocer el resultado, perderse a sí mismo y desbaratar una ocasión favorable. Pero que cada uno juzgue a su arbitrio en este asunto.

Atormentado por el dolor de la herida, pues la espada le había penetrado entre el brazo y el cuello y fué detenida por la clavícula, Cayo no dió ningún grito ni llamó a ninguno de sus amigos, ya sea porque no se fiara de nadie o por no haber pensado en ello. Gimiendo por el excesivo dolor, escapó hacia adelante para huir. Cornelio Sahino lo encontró, cuando creía que ya estaba muerto, y lo hizo caer de rodillas. Rodeado por muchos, excitados por el mismo propósito, todos lo hirieron con sus espadas, animándose mutuamente a volver a herir una y otra vez.

Se cree que fué Aquila quien le dió el golpe final, que terminó con su vida. Sin embargo, es a Cerea a quien hay que adjudicarle el hecho. Muchos participaron de la conjura, pero él fué el primero en imaginarla y, con prioridad a los demás, decidió cómo debía realizarse; y fué el primero en comunicar su intención a los otros. Cuando los demás estuvieron de acuerdo en su propuesta para matar a Cayo, reunió a los confabulados y dispuso todo con gran sagacidad. Cuando llegó el momento de demostrar decisión y acción, como había sido el primero en incitar a los otros con la palabra para llevar a cabo algo sumamente difícil, así también fué el primero en lanzarse a iniciar la muerte de Cayo, a quien entregó en manos de los demás, medio muerto, para que fácilmente lo ultimaran. De tal modo que lo que hicieron los demás, se debe atribuir a los consejos, al coraje y a la fortaleza de Cerea.

15. Cayo yacía sin vida, lleno de heridas. Cerea y sus compañeros, después de matar al César, se dieron cuenta que no podrían volver sin peligro por el mismo camino. Estaban asustados de su acto, pues se veían amenazados por haber dado muerte a un emperador reverenciado y querido por un populacho insensato. Muy pronto los soldados irían a buscarlos, para derramar su sangre. Además, el pasaje donde acababan de realizar su acto era estrecho, obstruido por el gran número de servidores y de soldados que en este día estaban de guardia junto al emperador.

Tomando otro camino se retiraron a la casa de Germánico, padre del Cayo que acababan de matar. Esta casa estaba junto al palacio, con el cual formaba una unidad, aunque los edificios construidos por cada uno de los emperadores tuvieran un nombre particular, según quien los hubiera hecho construir o los que hubieran sido los primeros en habitar parte del

mismo. Habiendo escapado a las turbas, por el momento se sentían seguros, mientras se desconociera lo que había acontecido al César.

Los primeros en informarse de la muerte de Cayo fueron los germanos; eran sus guardias, llamados así por el pueblo donde eran enrolados y donde se reclutaba la legión celta. Entre ellos la cólera es una característica nacional, común con otros bárbaros que usan poco la razón. Confían más en su fuerza y ferocidad, y son los primeros en atacar, de modo que donde ellos acometen son de mucho valor para la victoria. Estos, cuando se informaron de la muerte de Cayo, lo sintieron intensamente, no por consideración a sus méritos, sino mirando a su propia comodidad, pues

Cayo los había conquistado mediante muchos beneficios. Con las espadas desenvainadas buscaron a los matadores del César, y penetraron en las casas, dirigidos por Sabino, su tribuno, no por sus propios méritos o los de sus antepasados, pues había sido gladiador, sino elevado a ese cargo por su vigor corporal.

Recorriendo el palacio al primero que encontraron fué a Asprenas, cuya toga estaba manchada con la sangre de los sacrificios; lo mataron, cumpliéndose el presagio de que hablé anteriormente. El próximo fué Norbano, uno de los ciudadanos más nobles, quien contaba con más de un general victorioso entre sus antepasados; no respetaron su dignidad. Era hombre de mucho vigor y se trabó en lucha con el primero que lo atacó; le quitó la espada y, poco dispuesto a morir sin vengarse, atravesó a muchos que lo atacaban, hasta que al final murió acribillado de heridas. El tercero fué Antejo, un senador. Se encontró con los germanos, no por casualidad como los anteriores, sino por curiosidad, pues quiso contemplar a Cayo tendido en tierra y satisfacer así el odio que le tenía. El padre de Antejo, que llevaba el mismo nombre, había sido desterrado por Cayo el cual, no satisfecho con eso, envió soldados para que lo mataran. Este era el motivo de que el hijo se alegrara por la muerte de Cayo, manifestándose la alegría en sus ojos, al contemplarlo postrado. Estando la casa agitada, no logró escapar a los germanos que todo lo inspeccionaban y se enfurecían al extremo de matar a los que se encontraban, fueran o no culpables. Es así como estos hombres fallecieron.

16. Cuando llegó al teatro el rumor de que habían matado a Cayo, la gente quedó primeramente estupefacta, sin dar crédito a lo que se le decía. Algunos, aunque se sintieron contentos por su muerte, y hubieran dado mucho para que ello fuera cierto, se mostraron incrédulos por temor. Otros no lo creyeron porque no querían que le hubiese pasado esa desgracia a Cayo, y no querían aceptar la verdad, juzgando imposible que un hombre tuviera bastante valor para llevar a cabo un acto de esa índole. Eran mujeres, gente joven, los esclavos y algunos de los soldados. Estos, en efecto, recibían sueldo de Cayo y lo ayudaban a ejercer la tiranía; sirviendo sus caprichos y torturando a los más poderosos ciudadanos, obtenían a la vez honores y riquezas. En cuanto a las mujeres y los jóvenes estaban seducidos, como es habitual entre el vulgo, por los espectáculos, los combates de los gladiadores y la distribución de ciertos víveres; tales hechos, se decía, se realizaban en interés del pueblo romano, pero en realidad para satisfacer la locura y la crueldad de Cayo; y los esclavos, finalmente, por el permiso que se les otorgó de acusar y menospreciar a sus señores, pues así les era posible buscar la protección de Cayo, si aquéllos los injuriaban; de buena gana les creían las mentiras contra sus señores y, al denunciar su fortuna, se aseguraban no sólo la libertad, sino también la riqueza, gracias a la recompensa que les daban a los acusadores, que se elevaba a la octava parte de sus bienes.

En cuanto a los patricios, aunque el rumor les pareció verosímil, quizá porque conocían el complot, o porque lo deseaban y anhelaban vehementemente, no solamente ocultaron el gozo que les proporcionó la noticia, sino que se guardaron su opinión sobre el hecho. Algunos temían que una esperanza falsa les trajera un castigo, si se apresuraban a descubrir su pensamiento; otros, los que estaban al corriente por haber participado en la conjuración, se

ocultaban más aún, recelándose mutuamente, y temiendo hablar con gente que pudiera denunciarlos al tirano, si vivía aún.

Se esparció otro rumor: que Cayo no había muerto; había sido herido y estaba siendo atendido por los médicos. Nadie se fiaba de nadie, para expresar lo que realmente sentía: si era amigo de Cayo, se haría sospechoso de haber favorecido la tiranía; si lo odiaba, su malevolencia anterior no conferiría confianza a sus palabras. También corrió otro rumor, que privó a los patricios de toda esperanza de alegrarse; que Cayo, sobreponiéndose al peligro y sin tener en cuenta sus heridas, había huido al foro, manchado de sangre como estaba, y que allí estaba hablando al pueblo. Todo esto había sido imaginado por los que deseaban que se produjera una agitación. Los oyentes se inclinaban por el lado donde los llevaba su afecto. Sin embargo, no abandonaban sus asientos, por miedo de que se les acusara de algo si se les viera salir los primeros. Pues no se los juzgaría según la disposición de cada uno al salir, sino según lo que imaginaran acusadores y jueces.

17. Una caterva de germanos, con las espadas desenvainadas, rodeó el teatro; los espectadores empezaron a temer por su propia vida. Cualquiera que llegara los aterrizzaba, como si los fueran a matar. No sabían qué hacer; no se atrevían a salir, pero tampoco se creían seguros permaneciendo en el teatro. Finalmente, cuando los germanos se precipitaron dentro del teatro, se elevó un gran clamor; todos comenzaron a suplicar a los soldados, afirmando que todo lo ignoraban, tanto la sedición, si había alguna, como los acontecimientos que se habían producido. Tenían que perdonarlos, y no hacerles pagar a ellos, exentos de toda culpa, la audacia de los culpables, sino buscar a los responsables del crimen, cualquiera que hubiera sido. Decían estas cosas y otras similares con gran aflicción y llanto; imploraban para eludir el peligro inminente, como si cada uno de ellos estuviera en el extremo de perder la vida.

Con tales ruegos se apaciguó la ira de los soldados y desistieron de lo que en su ánimo habían imaginado contra los espectadores. Les pareció una crueldad, a pesar de su exasperación y de haber colocado en el altar la cabeza de Asprenas y otras víctimas. Al contemplarlas, fué todavía más intensa la conmoción de los espectadores, que pensaran en la dignidad de aquellos hombres y la suerte mísera que les había tocado; poco faltó para que olvidaran sus propios peligros, conmovidos por aquel espectáculo, ignorantes de cuál sería el fin de todo ello, en el supuesto caso de que escaparan al peligro.

Los que odiaban a Cayo, se vieron privados de la consiguiente alegría derivada de su muerte, pues estaban en trance de perder la vida, y les parecía que no quedaba esperanza ninguna de conservarla.

18. Había un cierto Evaristo Arruntio, pregonero de ventas, dotado de una fuerte y poderosa voz, el cual había adquirido una riqueza tal que igualaba a la de los más opulentos. Hacía en Roma lo que más le placía, tanto en aquel momento como después. Se dispuso a dar las mayores muestras de aflicción, a pesar de que Cayo era el más menospreciado de todos los hombres; pero, en el momento actual, convenía adecuarse a lo que aconsejaban el temor y la astucia a fin de asegurarse la seguridad. Asumiendo un aspecto lúgubre, se adelantó al teatro y anunció la muerte de Cayo, pues no podía tolerar que el pueblo estuviera por más tiempo en la ignorancia de lo que había acontecido. Luego, en compañía de los tribunos, recorrió el teatro interpelando a los germanos, ordenándoles que depusieran las armas y anunciándoles la muerte de Cayo.

Con esto se salvaron los que estaban en el teatro y todos los que en alguna forma estaban cerca de los germanos. Pues mientras hubiera alguna esperanza de que Cayo viviera, no se abstendrían de ningún crimen. Le eran tan adictos, que estarían contentos de perder la vida, con tal que pudieran librarlo de los peligros. Cuando tuvieron la certeza de su muerte, se enfrió el fervor con que querían vengarlo, tanto porque de nada les iba a servir manifestar su

presteza en servirlo, pues estaba muerto el que debía gratificarla, como por temor de que el senado los acusara de los abusos cometidos, en caso de que asumiera la administración del poder; o hiciera lo mismo el emperador que sucedería a Cayo. Es así como los germanos cesaron en su cólera, aunque de mala gana, a causa de la muerte de Cayo.

19. Inquieto por la suerte de Minuciano, temeroso de que hubiese perecido por el furor de los germanos, Cerea pidió a los soldados, uno por uno, que cuidaran de su seguridad, y él, por su propia cuenta, hizo averiguaciones para saber si había perecido. Clemente, cuando le llevaron a Minuciano, lo dejó libre, pues con muchos otros senadores reconocía la justicia del acto y la virtud de aquellos que lo habían concebido y no tuvieron miedo de ponerlo en ejecución. Dijo que los tiranos disfrutaban poco tiempo de su gozo de hacer el mal, y nunca tienen un fin feliz puesto que las personas virtuosas los odian; terminan por sufrir un fin similar al de Cayo. El mismo Cayo, antes de que se realizara la conspiración, había conspirado contra sí mismo. Por las injusticias que lo hacían intolerable y por su menosprecio de las leyes, indujo a sus más íntimos a que se convirtieran en sus enemigos. Si en el momento presente ellos asesinaron a Cayo, en realidad fué él mismo quien se causó la muerte.

20. Entonces los espectadores pudieron salir del teatro, haciéndolo con la mayor rapidez y tumultuosamente. El que permitió que pudieran evadirse fué el médico Alción. Sorprendido en el momento en que estaba curando a algunos heridos, envió a los que lo rodeaban con el pretexto de buscar lo necesario para las curaciones; pero en realidad para que escaparan de los peligros que los amenazaban. Durante este tiempo se reunió el senado, así como el pueblo que se congregó en el foro, donde se acostumbran a realizar los comicios, con el objeto de buscar a los matadores del César. El pueblo los buscaba arduamente, el senado para salvar las apariencias.

Estaba presente Valerio el asiático, personaje consular. Este se adelantó en medio de los que tumultuosamente preguntaban con indignación quiénes eran los matadores del César.

—Ojalá hubiese sido yo —exclamó.

Los cónsules promulgaron un decreto de acusación contra Cayo. Ordenaron al pueblo presente y a los soldados que se retiraran. Al pueblo le prometieron una rebaja en los impuestos, y a los soldados grandes premios, si conservaban el orden habitual sin dejarse llevar por la violencia. Tenían miedo de que, en su exasperación, la ciudad quedara expuesta a una catástrofe si se entregaban al robo y al despojo de los templos. Ya se había reunido un gran número de senadores, especialmente aquellos que habían complotado en la muerte de César, enardecidos y audaces, puesto que el poder ahora quedaba en sus manos.

CAPITULO II

Los soldados obligan a Claudio, tío de Cayo, a asumir el poder. Lucha entre el senado, el pueblo, Claudio y sus soldados

1. Tal era la situación, cuando súbitamente Claudio fué arrebatado de su casa. Los soldados se habían reunido y discurrían sobre lo que debían hacer; decidieron que no convenía que el pueblo se considerara suficiente para hacer frente a tantos problemas y además no podían permitir que el gobierno quedara entre ellos. Por otra parte, si alguno de los conjurados fuera nombrado emperador, ellos sufrirían una gran desgracia, por no haberle ofrecido su ayuda. Pensaron que lo mejor, puesto que todavía no se había decidido nada, sería

nombrar a Claudio, tío del difunto y que merecía ser preferido por su dignidad a cualquiera de los que se encontraban en el senado, tanto por la nobleza de su nacimiento como por los estudios realizados. Este, una vez nombrado emperador, los llenaría de honores y regalos.

Así que lo decidieron, lo pusieron en ejecución. Claudio fué arrebatado por los soldados. Pero Cn. Sentio Saturnino, a pesar de estar informado de lo relativo a Claudio, que simulaba aceptar el trono imperial contra su voluntad, aunque de hecho estaba de acuerdo, se levantó en el senado y, sin miedo ninguno, pronunció el discurso que convenía a hombres libres y generosos:

2. —Aunque parezca increíble, oh romanos, después de largo tiempo, y cuando no lo esperábamos, se nos ofrece la libertad; ignoro, sin embargo, cuánto tiempo ha de durar, pues queda en poder de los dioses que nos la ha acordado. Es suficiente, sin embargo, para que nos regocijemos y, aunque la perdamos en seguida, habrá contribuido a nuestra felicidad. Pues basta una hora para los hombres buenos y honestos, si se vive con voluntad libre en una patria libre, gobernada con las leyes de que hemos gozado anteriormente. Nada diré sobre la libertad de los tiempos pasados, por haberse perdido antes de que yo naciera; pero disfruto de la presente con ansia insaciable y consideraré muy felices a aquellos que han nacido y son educados en las actuales circunstancias. Después de los dioses hay que agradecer a aquellos que han convertido en realidad lo que estamos disfrutando en el momento actual. Ojalá permanezca segura e incólume para siempre; pero este día será suficiente para nosotros, jóvenes o ancianos. Los ancianos reciben una eternidad, si mueren aprovechando los bienes que nos otorga este día. En cuanto a los jóvenes, es un aprendizaje de la virtud que ha sido el bien de aquellos de quienes descendemos. Por lo tanto, en el momento actual, lo primero y más noble debe ser vivir de acuerdo con la virtud, que es la única que engendra y conserva la libertad para los hombres. He sabido lo que se hizo antiguamente y experimentado suficientemente lo que ha acontecido en mi tiempo, el gran número de males que ocasiona la tiranía, oponiéndose a toda virtud, privando de la libertad a los magnánimos, induciendo a los hombres a la adulación y al miedo, pues no gobierna de acuerdo con la prudencia de las leyes, sino según su arbitrio. Desde el momento en que Julio César se propuso privar al pueblo del poder, sin tener en cuenta las leyes, perturbó la república; considerándose superior al derecho, deseando servir a sus apetencias, no hubo mal ninguno de que se viera libre la ciudad, emulándolo todos los que lo sucedieron en privar a la ciudad de los hombres fuertes y generosos. Creían que atendían a su seguridad, si se servían de hombres malévolos y perniciosos y, en cuanto a los que se distinguían por su virtud, no sólo les deprimían el espíritu, sino que generalmente los enviaban al destierro. Aunque todos exhibieron una dureza insoportable en su gobierno, sin embargo Cayo, ahora difunto, cometió crímenes mayores que todos los otros, no sólo contra sus ciudadanos, sino también por igual contra los parientes y amigos, dando lugar a una indignación indomable, sembrando males entre todos indistintamente e imponiendo penas injustas, llevado por una cruel ira contra los dioses y contra los hombres. Pues las tiranías no se contentan con buscar su placer, aunque vaya unido con la injuria, ni con ultrajar a las esposas y apoderarse de las fortunas, sino que se proponen conturbar a las familias de sus enemigos. Para los tiranos todos los libres son enemigos; están en la imposibilidad de conquistarse su benevolencia, incluso la de aquellos que los sufren pacientemente. Efectivamente, los tiranos conocen bien las calamidades que han infligido a ciertas personas; y aunque éstas desprecien magnánimamente lo que se ha hecho con ellas, los mismos tiranos no pueden ocultarse lo que han hecho. Por eso piensan que sólo tendrán seguridad con relación a los sospechosos, si logran eliminarlos. Libres de estos males y sometidos solamente los unos a los otros, cada cual debe pensar lo que más toca al bien común, la clase de gobierno más conveniente para el estado y para la concordia general y la seguridad futura y adecuada a la gloria de una ciudad bien constituida; o dar vuestra opinión,

si alguna propuesta presente no es de vuestro agrado. Esto lo podéis hacer sin peligro alguno, pues no hay señor ninguno por encima de vosotros que pueda dañaros impunemente y eliminar a aquel que no fuera de su misma opinión. Nada ha nutrido mejor la tiranía que la negligencia y la ausencia de toda oposición. Pues disminuidos por las seducciones de la paz y habiendo aprendido a vivir como esclavos, todos nos damos cuenta que sufrimos males insoportables y contemplamos calamidades a nuestro alrededor; es así como, temerosos de morir gloriosamente, esperamos un fin vergonzoso. En primer lugar, debemos tributar a los matadores del tirano los mayores honores, especialmente a Cerea Casio. Este es un hombre que los dioses nos han otorgado para que, mediante su sagacidad y acción, conquistemos la libertad. No debemos olvidarlo, sino recordarlo como a un hombre que decidió luchar contra la tiranía antes que todos; fué el primero en exponerse a los peligros. Ahora, recuperada la libertad, hemos de tributarle honores y demostrar así nuestra primera expresión de independencia. Es una hermosísima acción y adecuada a hombres libres, expresar gratitud a los benefactores. El ha sido para nosotros muy distinto de Casio y Bruto, los matadores de Julio César, pues los últimos sembraron semillas de discordias y guerra civil; él, en cambio, muerto el tirano, libró a la ciudad de los males que ocasionaba su presencia.

3. Así habló Sentio, a quien escucharon con profunda atención el senado y los caballeros que se encontraban presentes. Entonces Trebelio Máximo se levantó y sacó a Sentio de un dedo un anillo que tenía engarzada una piedra con la imagen de Cayo; en su apresuramiento por exponer su opinión, se había olvidado de quitárselo. Inmediatamente rompió el anillo. La noche estaba muy adelantada; Cerea pidió la consigna. Le contestaron:

—Libertad.

Todos se sintieron asombrados, pareciéndoles increíble lo que estaba ocurriendo. Pues después de un siglo de la supresión de la república, volvía a los cónsules el poder de dar el santo y seña; puesto que ellos, antes de que la ciudad fuera dominada por la potestad real, estaban encargados de los asuntos militares. Una vez que Cerea recibió la palabra de orden, la pasó a los soldados que estaban en el senado. Se trataba de cuatro cohortes, que consideraban la ausencia del emperador más honorable que la tiranía. Luego se retiraron con sus tribunos. El pueblo también se alegró, lleno de esperanza y entusiasmo por haber adquirido de nuevo el poder y por no estar sometido al emperador. Cerea para ellos lo significaba todo.

4. Pero Cerea estaba indignado porque seguían viviendo la esposa y la hija de Cayo y porque el castigo no se había extendido a toda su casa, pues cualquiera de ellos que quedara con vida podía convertirse en un peligro para la ciudad y las leyes; y además, dispuesto a completar sus designios y satisfacer su odio contra

Cayo, encargó a Julio Lupo, uno de los tribunos, que matara a la esposa y a la hija del César. Propuso esta misión a Lupo, por ser pariente de Clemente; habiendo participado, aunque no fuera sino en esto, en el tiranicidio, sería honrado por los ciudadanos por su valor, al igual que si hubiera participado en toda la empresa con los demás conjurados.

A algunos de los conjurados les pareció cruel emplear la violencia con una mujer, pues había sido más por sus instintos naturales que por consejo de ella que Cayo cometió los crímenes que llevaron el estado a la desesperación. Otros, al contrario, creían que la mujer era tan responsable como él de todo lo que había acontecido, por haberle dado un filtro para conquistar en favor suyo su ánimo y su amor, y mantenerlo dominado. De tal manera que, reducido a la locura, había sido ella la que fraguara la serie de hechos cometidos contra los romanos y el orbe que les estaba sometido. Decidida la muerte, pues nada consiguieron los que opinaron lo contrario, se dió el encargo a Lupo. Debía realizarse sin ninguna demora, no fuera que se omitiera algo que era para el bien común.

Habiendo penetrado en el palacio, sorprendió a Cesonia, la esposa de Cayo, tendida al lado de su esposo, que yacía en el suelo desprovisto de todo lo que se acostumbra hacer con los muertos. Estaba manchada con la sangre de las heridas y muy afligida por su desgracia. Su hija estaba echada a su lado. En esta situación no se oían más que los reproches que Cesonia dirigía a Cayo por no haberla escuchado cuando ella tantas veces lo amonestara. Estas expresiones, entonces, lo mismo que ahora, se prestan a una doble interpretación, según la disposición de ánimo de los que las oyen, quienes pueden darles el significado que más les plazca. Algunos las interpretan como si quisiera decir que le había aconsejado que tuviera una mentalidad más serena y que dejara de ser cruel con los ciudadanos, a fin de no ser muerto por ellos. Otros lo interpretan en el sentido de que, habiendo percibido rumores de la conjuración, le había aconsejado que inmediatamente y sin demora hiciera morir a todos, librándose así de todo peligro; y que le reprochaba haber procedido con demasiada negligencia, a pesar de sus amonestaciones. Estas son las diversas interpretaciones de lo que decía Cesonia.

Cuando vió a Lupo, le mostró el cadáver de Cayo, y con lágrimas y lamentos le dijo que se acercara. Al ver que no lo hacía, y que parecía estar preparándose para cumplir algo contra su voluntad, comprendió el motivo de su venida, descubrió su garganta, tomando por testigos a los dioses, como lo hacen aquellos que se encuentran en una situación desesperada, y le pidió que no tardara en finalizar la tragedia. De este modo murió con decisión y valentía; y luego la hija. Lupo se apresuró a presentarse ante Cerea, para anunciarle que había cumplido lo dispuesto.

5. Cayo murió de este modo, después de haber gobernado a los romanos durante cuatro años y cuatro meses. Fué un hombre que, incluso antes de obtener el imperio, tenía un carácter duro y sin sentimientos, entregado a los placeres, amigo de la delación. Se atemorizaba por todo, y por esto, una vez en el poder, estaba dispuesto a matar. Cuando disfrutó del imperio, se comportó feroz y locamente aun contra aquellos que de ninguna manera debía tratar indebidamente, matando y no respetando las leyes y buscando las riquezas para sí. Quiso ser más que los dioses y las leyes, y resultó perverso para el pueblo. Aquello que la ley consideraba vergonzoso y condenable, parecía más honorable que la virtud. No tenía en cuenta a los amigos, aunque estuvieran ubicados en altos puestos. Se indignaba contra ellos, infligiéndoles castigos por la menor causa. Para él eran enemigos todos los que eran respetados por su virtud; quería que se cumpliera lo que ordenaba su indómita y desenfadada voluntad. Es así como tuvo relaciones íntimas con su hermana legítima, lo cual acrecentó la indignación de los ciudadanos; pues, como hacía mucho no se hablaba de esta clase de crímenes, su autor concentraba desconfianza y aversión.

No se recuerda de él ninguna acción grande o digna de un rey que haya hecho en beneficio de sus contemporáneos o la posteridad, excepto los trabajos realizados en los alrededores de Regio y de Sicilia para recibir a los navíos llenos de trigo que venían de Egipto, obra muy considerable y favorable a la navegación. Pero no la terminó; la dejó inconclusa por su negligencia. Se preocupó, en cambio, de cosas inútiles, de modo que mientras gastaba grandes cantidades en sus placeres, en aquello que significaba una mejora dejaba de ser liberal y pródigo.

Era muy buen orador, bien ejercitado tanto en el griego como en el latín. Captaba de inmediato lo que se decía, respondiendo adecuadamente a los discursos preparados diligentemente, de manera que parecía gozar del don de persuadir con mayor intensidad que otros, tanto por su ingenio como por su práctica. Se lo obligó a recibir mucha instrucción, por ser hijo del hermano de Tiberio, del cual fué sucesor, puesto que el mismo Tiberio sobresalía en el particular y Cayo rivalizaba con él para obtener las órdenes de César. Era el primero en Roma entre los de su edad. De nada le aprovecharon las cosas buenas que aprendió en su

instrucción para librarse de la maldad, a la que se inclinaba. Resulta difícil moderarse y gobernarse para aquellos que no están obligados a dar cuenta de lo que hacen y que tienen expedito el camino para proceder arbitrariamente. Al principio, era tenido en gran estima por haberse hecho de amigos buenos y honestos, esforzándose en emular a los mejores en saber y gloria; pero luego le retiraron la benevolencia con que lo habían tratado, a causa de su proceder insolente, aumentando el odio que le tenían; por último fué asesinado.

CAPITULO III

Claudio es secuestrado por los soldados. Las tentativas del senado.

1. Claudio, como dije antes, se había apartado del camino que seguían aquellos que estaban con Cayo. Viendo que el palacio estaba conturbado por lo acontecido a Cayo, desesperando poder salvarse, se ocultó en un lugar estrecho. Sólo temía por su vida a causa de la nobleza de su nacimiento. Siempre había vivido como hombre particular, modestamente, satisfecho con lo que poseía, consagrado al estudio de las letras, especialmente del griego, evitando en toda forma todo lo que pudiera ser motivo de enojo. Pero en aquel momento la multitud estaba enloquecida y el palacio expuesto al furor de los soldados: los soldados llamados pretorianos, la parte más íntegra del ejército, deliberaba sobre lo que convenía hacer.

Los que se encontraban allí no pensaban en vengar a Cayo, pues creían que había sufrido su fin con justicia; antes bien pensaban en qué forma podrían arreglar lo mejor posible sus propios asuntos. Los germanos, por su parte, querían castigar a los matadores, más para dar salida a su crueldad que con miras al bien común. Todo esto aumentaba la inquietud de Claudio, preocupado por su seguridad, especialmente cuando vió que se llevaban las cabezas de Asprenas y de otros asesinados. Subido sobre unos escalones a escasa distancia, se mantenía oculto, disimulado entre las sombras que lo rodeaban.

Lo vió Grato, uno de los soldados encargados de la guarda del palacio real, pero no lo reconoció porque no le distinguió la cara en la oscuridad; tomándolo por un sospechoso, se acercó. Claudio le pidió que se alejara; Grato supo entonces quién era, y dijo a los que lo seguían:

—Es Germánico. Hagámoslo emperador.

Claudio, cuando los vió dispuestos a sacarlo de aquel lugar, temeroso de que lo mataran en la misma forma que a Cayo, les pidió que lo perdonaran, recordándoles que nunca había molestado a nadie e ignoraba lo acontecido. A estas palabras Grato sonrió, y tomándole la mano derecha le dijo:

—No sigas, señor, hablando humildemente de tu salvación; te conviene pensar con ánimo elevado sobre el imperio que los dioses, luego de habérselo quitado a Cayo, otorgaron a tu virtud, para bien del universo. Esfuérzate, y exige para ti el reino de tus antepasados.

Lo sostenía ante la imposibilidad en que se encontraba de mantenerse en pie, por el miedo y el gozo a la vez que esas palabras le causaron.

2. A todo esto se había reunido alrededor de Grato una gran multitud de guardias. Al ver que conducían a Claudio se mostraron indignados, pues creían que lo querían condenar a muerte, a pesar de que durante toda su vida se había mantenido alejado de los asuntos públicos y había estado expuesto a muchos peligros durante el gobierno de Cayo. Algunos opinaron que eran los cónsules quienes tenían que decidir sobre el particular. Se les agregó un

gran número de soldados; y la multitud se dispersó. Claudio apenas podía caminar a causa de su debilidad física, pues los portadores de su litera habían huido al enterarse de su detención, suponiendo perdido a su señor.

Cuando llegaron a la plaza del palacio, la cual según la historia fué el primer lugar habitado de Roma, donde ya se discutían los problemas públicos, se congregó un número mucho mayor de soldados, gozosos de ver a Claudio y deseosos de proclamarlo emperador a causa del afecto que habían sentido por Germánico, su hermano, que había dejado el más glorioso recuerdo entre aquellos que lo conocieron. Pensaban también en la avidez de los que dominaban en el senado, en todo lo que habían realizado mientras disponían del poder y en su incapacidad para gobernar.

Consideraban, además, lo peligroso que sería para ellos que la totalidad del poder pasara a una sola persona, que no fuera Claudio, en tanto que éste, si recibiera el poder por su consentimiento y ayuda, y en recuerdo del beneficio recibido, les retribuiría el honor otorgado.



El emperador Claudio.

3. Estas eran las ideas que cambiaban entre ellos y exponían a los que no dejaban de afluir continuamente, los que inmediatamente las apoyaban con entusiasmo.

Se lo llevaron en alto, rodeado de gente armada, al campamento, a fin de que nadie pudiera oponérseles. Entretanto surgió una disensión entre el pueblo y el senado. El senado pedía que se le devolviera la preeminencia que tuviera anteriormente, deseando evitar la servidumbre sufrida por la insolencia de los tiranos. El pueblo se oponía, creyendo que el poder imperial era un freno para las ambiciones del senado y una protección para el pueblo. Por este motivo se alegró por el raptó de Claudio, considerando que si él llegaba a ser emperador no habría peligro de que estallara una guerra civil análoga a la que sufrieron en los tiempos de Pompeyo.

Cuando en el senado se supo que los soldados se habían llevado a Claudio a su campamento, le enviaron hombres prestigiosos, para advertirle que no se sirviera de la

violencia para conseguir el imperio, y obedeciera al senado; pues él estaba solo frente a ellos y debía dejar a la ley el cuidado de preocuparse por el bien público. Que recordara los males que habían infligido al estado los tiranos anteriores y que él mismo había sufrido mientras gobernaba Cayo. Habiendo odiado la crueldad de la tiranía cuando otros la ejercían, ahora sería él quien hiciera tal injuria a la patria. Si se dejaba persuadir y perseveraba en su virtud y tranquilidad como antes, recibiría los honores que se otorgan a los ciudadanos libres; se granjearía la estima general de hombres de bien, respetando la ley y aceptando ser jefe o súbdito. Pero si quería apartarse de lo que habían decidido, sin que le sirviera de ejemplo la muerte de Cayo, por su parte no se lo iban a permitir, pues tenían de su lado gran número de soldados y les sobraban armamentos y una multitud de esclavos dispuestos a ayudarlos. Pero sobre todo confiaban en que el destino y los dioses no ayudan sino a aquellos que luchan en favor de la rectitud y honestidad. Estos son los que luchan por la libertad de la patria.

4. Los mensajeros, que eran Veranio y Broco, tribunos del pueblo, expresaron estas ideas y postrándose de rodillas le rogaron que no fuera causa de guerra y disturbios en la ciudad. Pero cuando vieron que estaba rodeado de un gran número de soldados, contra los cuales no podrían medirse las fuerzas consulares, agregaron que, en el supuesto de que deseara el imperio, que lo recibiera de manos del senado. Pues gobernaría con mejores auspicios y felicidad, si lo obtenía no por la violencia sino por la voluntad de los que se lo dieran.

CAPITULO IV

El rey Agripa va al senado como embajador de Claudio. Las tropas del senado se pasan a Claudio.

1. A Claudio le disgustó la arrogancia de esa embajada, pero, por el momento, de acuerdo con el consejo de los delegados, optó por la moderación. Ya se sentía seguro, en parte animado por la audacia de los soldados y también por el rey Agripa, quien le exhortaba a que no renunciara a un imperio que se le ofrecía sin que hubiera hecho nada para ello.

Agripa se comportó con Cayo como debía comportarse un hombre honrado por él; abrazó su cadáver, y luego de acostarlo en una cama y darle los cuidados que le fueron posible, se dirigió a los guardias diciendo que Cayo vivía todavía, que sufría a causa de las heridas recibidas y que los médicos estaban con él.

Al saber que los soldados habían raptado a Claudio, se apresuró a ir a su lado. Lo encontró preocupado y dispuesto a ceder al pedido del senado; y lo animó y lo exhortó a que retuviera el imperio. Después de estas exhortaciones se retiró.

Cuando el senado lo mandó llamar, se perfumó la cabeza como si saliera de un banquete, se presentó y pidió a los senadores noticias de Claudio.

Le dijeron cómo se encontraba la situación y, a su vez, le pidieron su opinión. Agripa declaró que estaba presto a morir por el honor del senado, pero los invitó a que tuvieran en cuenta sus intereses. Para poder apoderarse del gobierno necesitaban armas y soldados que los defendieran, si no querían fracasar por falta de apoyo. Pero el senado respondió que disponía de armas y dinero en abundancia; y que no sólo en el momento actual disponía de ejército, sino que formaría uno nuevo dejando en libertad a los esclavos. A esto Agripa dijo:

—Ojalá, oh senadores, los asuntos resulten tal como los habéis imaginado. Pero debo hablaros claramente, pues lo que voy a decir es para vuestra seguridad. Tenéis que saber que los soldados que están de parte de Claudio por largo tiempo se han ejercitado en las armas; en cuanto a los nuestros, serían una turba de esclavos, a quienes inesperadamente se les ha otorgado la libertad; y llevaríamos a la guerra contra hombres expertos y bien instruidos en las

armas a los que no saben ni ceñirse la espada. Por esto soy de opinión de que se envíe una comisión a Claudio para que lo persuada a que renuncie al imperio. Yo mismo me ofrezco a cumplir esta misión.

2. Háblés en esta forma. Ellos estuvieron de acuerdo y fué enviado con otros a ver a Claudio. Agripa habló a solas con Claudio, exponiéndole la indecisión del senado y le sugirió que diera una respuesta muy imperial, conforme con su dignidad y poder.

Claudio les contestó que no se admiraba de la oposición del senado al imperio, pues anteriormente había sufrido a causa de la crueldad de aquellos que gozaron tan alta dignidad. Pero que ahora disfrutarían de una moderación propia de tiempos mejores, estando él al frente del gobierno, pues en realidad gobernaría sólo de nombre, pues compartiría el mando con ellos. Les pidió que no desconfiaran, pues había sufrido a la par de ellos numerosos y diversos peligros.

Luego que los legados oyeron estas expresiones se retiraron.

Claudio reunió al ejército a su alrededor; lo arengó y recibió el juramento de fidelidad debido a su persona. Dió a sus guardias personales cinco mil dracmas por cabeza, una suma en proporción a sus jefes y prometió que trataría de igual modo al resto del ejército en todas partes.

3. Los cónsules convocaron al senado en el templo de Júpiter Stator (Vencedor), siendo todavía de noche. Algunos de ellos se ocultaron en la ciudad, vacilando por lo que habían oído. Otros, se retiraron a sus propiedades del campo, a la expectativa de lo que iba a pasar, pues desesperaban de que pudiera lograrse la libertad; consideraban que era más seguro vivir en servidumbre una existencia libre de peligros que exponerse a morir por la dignidad de la patria.

Se reunieron unos cien, a lo sumo. Mientras estaban deliberando sobre los problemas, se elevó repentinamente un clamor de los soldados que estaban de su parte, exigiendo que el senado eligiera un emperador perito en el arte militar, y afirmando que no iban a permitir que el imperio se destruyera por caer el mando en poder de muchos. Querían dejar claramente establecido que estaban dispuestos a obedecer no a muchos, sino a uno solo. Pero dejaban en manos del senado la tarea de decidir quién era digno de tal autoridad.

En esta forma el senado quedó mucho más inquieto, viendo que fracasaba su intento de república y temerosos de Claudio. Había algunos que aspiraban al imperio por razón de la nobleza de su nacimiento o de sus alianzas. Entre éstos estaba Marco Minuciano, ilustre por su nobleza, y que se había casado con Julia, hermana de Cayo y que estaba dispuesto a ocupar el trono; pero los cónsules lo resistieron con varios pretextos. Valerio Asiático se vió impedido por Minuciano, uno de los matadores de Cayo, a soñar en tales proyectos. Habría habido una gran matanza, como nunca se había visto, si se hubiera permitido contender con Claudio a aquellos que aspiraban al poder. Había una cantidad importante de gladiadores, de soldados de la guardia nocturna de Roma, y numerosos remeros que confluían a la ciudad, de manera que los aspirantes al imperio renunciaron a su propósito; los unos por miedo a lo que podía acontecerles y los otros por lo que podía pasar a la ciudad.

4. En cuanto se hizo de día llegaron al senado Cerea y sus compañeros, quienes trataron de arengar a los soldados. Cuando éstos vieron que con la mano les hacían señas de silencio, para que pudieran hablar, empezaron a agitarse. No toleraron que les hablaran, pues todos estaban de acuerdo en querer someterse al gobierno de uno solo. Sólo querían un emperador, y que éste les fuera dado sin demora. El senado se preguntaba cómo gobernaría o cómo sería gobernado; los soldados desconocían su autoridad y los matadores de Cayo no estaban dispuestos a supeditar el orden a la insolencia militar.

Estando los asuntos en esta situación, Cerea, encendido de ira, al ver que exigían un emperador, prometió que se lo iba a dar, con tal de que alguien le trajera el santo y seña de Eutico. Este Eutico era un cochero de la facción llamada Prasina, fidelísimo a Cayo, encargado de atormentar a los soldados, imponiéndoles tareas degradantes en las caballerizas imperiales. Este fué el reproche que Cerea les hizo, entre otros de la misma índole; les dijo también que les traería la cabeza de Claudio, pues era extraño que quisieran entregar el imperio a la imbecilidad, después de haberlo entregado a la locura.

Pero los soldados no se conturbaron en lo más mínimo; desenvainando las espadas y levantando sus insignias se dirigieron precipitadamente a donde se hallaba Claudio, para juntarse con aquellos que le habían jurado fidelidad.

Es así como el senado fué abandonado por los que lo defendían, y los cónsules reducidos a la condición de particulares. Estaban consternados y tristes, ignorando lo que les acontecería a consecuencia de la irritación de Claudio contra ellos, acusándose unos a otros y arrepentidos de lo acontecido. Entonces Sabino, uno de los matadores de Cayo, adelantándose al centro, dijo que antes estaba dispuesto a matarse que permitir que Claudio fuera emperador y contemplar a la ciudad reducida nuevamente a la servidumbre. Increpó a Cerea, por su apego a la vida, él que fuera el primero en odiar a Cayo, pues no era posible que de esta manera se restituyera la libertad a la patria. Cerea respondió que no vacilaría en morir, pero que antes quería saber cuáles eran las disposiciones de Claudio.

5. Tal era la situación de este lado. En el campamento todos se apresuraban a rendir homenaje a Claudio. Los soldados consideraron a Q. Pomponio culpable especialmente por haber inducido al senado a la libertad, y se dirigieron al senado contra él con las espadas desenvainadas. Habría habido una gran matanza, si Claudio no se opusiera. Libró al cónsul del peligro en que se encontraba y le ordenó que se sentara a su lado; pero los senadores que estaban con Quinto no obtuvieron el mismo honor. Algunos incluso recibieron golpes, mientras se dirigían a saludar a Claudio; Aponio se alejó herido, y todos se encontraron en peligro. Entonces Agripa se acercó a Claudio y le pidió que tratara con mayor moderación a los senadores; pues si maltrataba al senado, no llegaría a dominarlo. Claudio aceptó el consejo y convocó al senado al palacio, adonde se hizo trasladar atravesando la ciudad, en medio de los excesos de la plebe.

Los primeros de los matadores de Cayo que se presentaron en público fueron Cerea y Sabino, a pesar de que se les había prohibido por orden de Polión, recientemente encargado por Claudio de la prefectura del pretorio. Una vez Claudio en el palacio, convocó a sus amigos y les hizo votar en lo referente a Cerea. Estos dijeron que el crimen había sido un acto brillante, pero acusaron a Cerea de perfidia; encontraron conveniente castigarlo para atemorizar a la posteridad. Lo condenaron a muerte a él, a Lupo y a muchos otros romanos.

Se dice que Cerea sufrió la muerte con ánimo valeroso, sin que se le mudara la expresión del rostro, y reprochó a Lupo que llorara. Como Lupo, habiéndose despojado de sus vestidos, se lamentó de que tenía frío, le dijo que el frío no era por lo común adverso al temperamento de los lobos (*lupon*).

Los siguió al lugar de la muerte una gran multitud de hombres. Una vez allí, Cerea preguntó al soldado si estaba ejercitado en el arte de matar o si era la primera vez que utilizaba la espada; e hizo traer aquella con la cual había dado muerte a Cayo. Tuvo la suerte de morir de un solo golpe. Lupo no murió de la misma manera, sino que recibió repetidos golpes, por la vacilación con que tendió la garganta.

6. Algunos días después, en oportunidad de los sacrificios expiatorios ofrecidos a los manes, el pueblo romano, que hacía ofrendas a los muertos, honró también a Cerea con una parte de las víctimas que arrojaron al fuego, pidiéndole que les fuera propicio y que no les

guardara rencor a causa de su ingratitud. Este fué el fin de Cerea. Sabino no sólo fué absuelto por Claudio, sino que le permitió mantener la prefectura que antes tenía; pero considerando inicuo apartarse del juramento que diera a los conjurados, se mató arrojándose sobre su espada, que le penetró en el cuerpo hasta la empuñadura.

CAPITULO V

Claudio entrega a Agripa el reino de su abuelo, agregándole la tetarquía de Lisania. Misivas de Claudio concernientes a los judíos de Alejandría y del resto del imperio.

1. Una vez que Claudio se hubo librado de aquellos soldados que le parecían sospechosos, dió un edicto por el cual confirmaba a Agripa en el reino que le diera Cayo y lo llenaba de elogios. Además le agregó aquellas porciones de Judea y Samaria que habían pertenecido a su abuelo Herodes. Le daba estas regiones como debidas por su nacimiento. Agrególe Abila de Lisania²⁸ y todo el monte Líbano; y concluyó un tratado con Agripa en el foro de la ciudad de Roma. Privó a Antíoco del reino que poseía, pero le dió la Comagena y una parte de Cilicia. Además puso en libertad a Alejandro Lisímaco, el alabarca, uno de sus viejos amigos, que fuera intendente de su madre Antonia y que Cayo, irritado, había hecho encadenar. El hijo de Alejandro Lisímaco casó con Berenice, hija de Agripa, y después de la muerte de Marcos, con el cual se había casado en primeras nupcias, Agripa la casó con su hermano Herodes, después de haber obtenido de Claudio para éste el reino de Calcis.

2. Por este mismo tiempo surgió una disensión entre los judíos y los griegos en Alejandría. Los judíos, muerto Cayo, por el cual habían sido oprimidos y que habían sido ofendidos por los alejandrinos durante su gobierno, empezaron a reanimarse y, por último, llegaron a tomar las armas. Claudio, por intermedio de una carta, ordenó al gobernador de Egipto que reprimiera la revuelta. Además envió un edicto, a pedido de los reyes Agripa y Herodes, a Alejandría y Siria, concebido en estos términos:

"Tiberio Claudio César Augusto Germánico, pontífice máximo, investido de la potestad tribunicia, ordena. Considerando que hace mucho tiempo que residen en Alejandría los judíos que se denominan alejandrinos; que empezaron a morar en aquella ciudad así que fuera fundada y que con toda equidad consiguieron el derecho de ciudadanos, como consta evidentemente por rescritos y edictos; que cuando Alejandría fué sometida a nuestro imperio por intermedio de Augusto les fueron conservados íntegramente sus derechos por los gobernadores que se enviaron allí en tiempos diversos, sin que se estableciera ninguna controversia sobre el particular; que cuando Aquilas estaba al frente de Alejandría, habiendo muerto el etnarca de los judíos, Augusto no prohibió que se nombraran otros etnarcas porque quería que sus súbditos se atuvieran a sus leyes y no se los obligara a violar la religión patria; que los alejandrinos se sublevaron contra los judíos que habitan con ellos en la misma ciudad, cuando era emperador Cayo, quien, a causa de su insensatez y su locura, los oprimió por no querer los judíos hacer nada contra su religión nacional y negarse a llamarlo dios: Quiero que la insensatez de Cayo no sea motivo para que se prive a los judíos de nada que les fuera anteriormente otorgado, sino que permanezcan invariables aquellos derechos de que antes

²⁸Sin duda es el mismo Lisania mencionado en Lc. III, 1 como "tetarca de Abilinia". Abilinia o Abilene era una región del Antilíbano, cuyo centro sería la ciudad de Abila, en la ribera del Abana (moderna Barada), a unos 29 km al NO de Damasco, cuyas ruinas se ven aún hoy en los alrededores de la aldea de Es-Suk. El nombre de Lisania aparece también en una inscripción de Abila fechada entre 14 y 19 d. de C., que registra la dedicación de un templo por un liberto de "Lisania el tetarca".

disfrutaban, para que puedan seguir fieles a sus costumbres y leyes nacionales. Ordeno que en ninguna de las dos fracciones se originen sediciones, luego que fuera publicado mi edicto."

3. Este fué el edicto en favor de los judíos de Alejandría. El referente al resto del universo decía:

"Tiberio Claudio César Augusto Germánico, pontífice máximo, investido de la potestad tribunicia, designado cónsul por segunda vez, ordena: Puesto que Agripa y Herodes, muy amigos míos, me rogaron que permitiera a los judíos que viven en el imperio romano que gocen de los mismos derechos que les fueran otorgados a los alejandrinos, de buen grado he accedido a sus ruegos. No sólo he accedido porque ellos me lo han pedido, sino porque he juzgado dignos de los mismos a aquellos en cuyo favor me han suplicado, a causa de su fidelidad y amistad con los romanos, considerando que es muy justo que ninguna ciudad los prive de sus derechos, ni aun las ciudades griegas, porque aun bajo el divino Augusto les fueron respetados. Por lo tanto, creo equitativo que todos los judíos de nuestro imperio conserven sus costumbres nacionales sin impedimento ninguno; a los cuales también exhorto a que, satisfechos con esta gracia, se comporten pacíficamente, y que no desprecien las otras religiones, sino que observen sus propias leyes. Quiero que mi edicto sea transcrito por los magistrados de las ciudades, colonias y municipios de Italia y de otras partes, o por los reyes y los príncipes con ayuda de sus propios agentes, y que sea fijado por lo menos durante treinta días en algún lugar donde se lo pueda leer fácilmente."

CAPITULO VI

Agripa regresa a Judea. Carta de Publio Petronio al pueblo de Dora en favor de los judíos

1. Con estos edictos que enviara a Alejandría y todo el universo, mostró Claudio César cuál era la disposición de su ánimo con relación a los judíos. Después despidió a Agripa, para que cuidara del reino, colmándole de honores espléndidos, ordenando por intermedio de cartas a los gobernadores y procuradores que lo recibieran amistosa y benévola. Agripa, como es natural en un hombre que regresa a su reinado con mejor suerte, se apresuró a embarcarse.

Al llegar a Jerusalén, inmoló víctimas en acción de gracias, sin descuidar las prescripciones de la ley.

Ordenó que un gran número de nazarenos se rasuraran. La cadena de oro que le había dado Cayo, del mismo peso que aquella con la cual fuera encadenado, recuerdo de su mala suerte y testimonio a la par de su mejor suerte, fué suspendido en el interior del Templo encima de la mesa de las ofrendas, para que fuera ejemplo de que los grandes pueden decaer y que Dios puede elevar al que ha caído. Efectivamente, la ofrenda de la cadena mostraba a todos que había sido puesto en prisión por un motivo insignificante, perdiendo su dignidad anterior, y que poco después había sido librado de estas cadenas para otorgársele una dignidad más brillante. Esto daba a comprender a los hombres que los más encumbrados fácilmente podían caer, mientras que los humillados podían ser elevados a las más altas dignidades.

2. Luego de haber cumplido en debida forma lo perteneciente al culto de Dios, Agripa removió de la dignidad de sumo sacerdote a Teófilo hijo de Anán, y puso en su lugar a Simón hijo de Boet, por sobrenombre Cantera. Simón tenía dos hermanos; su padre era Boet, cuya hija se había casado con el rey Herodes, como antes dijimos. Simón obtuvo el pontificado lo

mismo que sus hermanos y el padre, c o anteriormente los tres hijos de Simón hijo de Onías bajo el dominio de los macedonios, como lo hemos narrado en los libros precedentes.

3. Cuando Agripa hubo organizado el pontificado, recompensó a los de Jerusalén por el afecto que le tenían. Los eximió del tributo que estaban obligados a pagar por cada hogar, pues consideraba equitativo retribuir su afecto y benevolencia. Designó a Silas prefecto de todas las tropas; había sido compañero y partícipe de sus trabajos.

Poco después los jóvenes de Dora, prefiriendo la audacia a la santidad, por naturaleza muy temerarios, colocaron la estatua del César en la sinagoga de los judíos. Esto irritó mucho a Agripa; pues lo que habían hecho equivalía a la destrucción de la ley patria. Sin demora se dirigió a Publio Petronio, entonces gobernador de Siria, formulando una acusación contra los habitantes de Dora. Por su parte Petronio también condenó este crimen, pues consideraba como tal todo lo que se hacía en contra de las leyes. Escribió ásperamente a los principales de Dora estas palabras:

"Publio Petronio, legado de Tiberio Claudio César Augusto Germánico, ordena a los magistrados de Dora. Algunos de los vuestros han llegado a un grado tal de insolencia que al edicto dado por Claudio César Augusto Germánico, por el cual se permite a los judíos vivir de acuerdo con sus leyes, no le han dado cumplimiento, impidiendo en cambio que los judíos celebren sus reuniones, al colocar en su sinagoga la estatua del César. Habéis obrado mal, no sólo contra los judíos, sino contra el emperador, cuya estatua es justo que se coloque en su propio templo y no en otro, y sobre todo en plena sinagoga, pues es propio de la justicia natural que cada cual sea dueño de su propio lugar, según ordenó el César. Sería ridículo que recordara mis órdenes, después de que las diera el César, quien permitió a los judíos que observaran sus propias leyes y costumbres, y además dejó establecido que gocen de los mismos derechos ciudadanos que los griegos. Aquellos que se han atrevido a contravenir el edicto del César han excitado la indignación de aquellos que parece son sus jefes, puesto que éstos los descalifican al declarar que el acto no procede de su inspiración, sino que es el resultado de una manifestación popular. Ordeno que me los envíen por intermedio del centurión Vitelio Próculo para que me den razón de su conducta. Ordeno a los primeros magistrados que indiquen cuáles son los culpables, a no ser que quieran pasar como cómplices del acto, procurando que esto no dé lugar a ninguna agitación, pues parece que es a esto a lo que se aspira con tales hechos. Mi mayor preocupación, y también la del rey Agripa, a quien aprecio en gran manera, es que no se ofrezca motivo a los judíos para que se reúnan con el pretexto de defenderse, dando lugar a un insensato tumulto. A fin de que conozcáis mejor el pensamiento del César sobre todo este asunto, adjunto los edictos publicados en Alejandría, los cuales, a pesar de que son ya conocidos de todos, han sido leídos en mi tribunal por mi gran amigo el rey Agripa al pedir que se mantuvieran a los judíos los favores otorgados por Augusto. Por lo tanto ordeno que, en adelante, no busquéis pretexto para sediciones y tumultos, sino que cada uno sea libre de adorar a Dios de acuerdo con sus costumbres y sus ritos."

4. De manera que Petronio dispuso que aquello en que se había obrado mal, se corrigiera y que, en adelante, no se molestara a los judíos. Por entonces el rey Agripa, luego de privar del pontificado a Simón Cantera, se lo quiso devolver a Jonatás hijo de Anán, pensando que éste era más digno de tal honor. Pero él no lo aceptó, rehusándolo en los siguientes términos:

— Me alegro, oh rey, que quieras honrarme, y el honor que me otorgas me toca al corazón, aunque Dios me haya considerado indigno del pontificado. Creo suficiente haber vestido por una sola vez las vestiduras sagradas. Pues entonces, cuando las vestí, era más santo de lo que soy en la actualidad. Pero si tú quieres que las reciba alguien más digno que

yo, permite que te dé un consejo. Tengo un hermano libre de toda falta contra Dios y contra ti. Este es el que te recomiendo, pues es digno de la función.

Satisfecho el rey por estas palabras, estuvo de acuerdo con el consejo de Jonatás y entregó el pontificado a su hermano Matías.

Poco tiempo después Marso sucedió a Petronio en el gobierno de Siria.

CAPITULO VII

Agripa comienza a restaurar los muros de Jerusalén. Su muerte interrumpe las obras.

1. Silas, prefecto de las tropas del rey, fué fiel a Agripa en todas las vicisitudes, sin abandonarlo en ningún peligro, y exponiéndose frecuentemente a los mayores peligros. Gozaba de gran confianza, suponiendo que mereciese honores que fueran similares a la constancia de su amistad. Por esto se conducía con el rey como con un igual, hablaba con gran libertad, usaba de una molesta insolencia en los coloquios familiares, vanagloriándose en exceso, recordando con frecuencia las adversidades del destino, para destacar todo lo que había hecho por él. Por estos abusos, parecía querer poner a prueba al rey, llegando a cansarlo con su libertad desenfrenada. Resulta desagradable recordar los tiempos penosos y es propio del imprudente repetir de continuo cuántos y cuáles han sido los beneficios que prestó.

Al final Silas irritó de tal manera al rey que éste, atento más a la ira que a la razón, no sólo le quitó la prefectura del ejército, sino que lo hizo encadenar para desterrarlo a su país.

Con el tiempo se mitigó su indignación, y juzgando más razonablemente adoptó una mejor decisión, considerando lo mucho que el hombre había sufrido por él. Al celebrar el día de su nacimiento, en el cual todos los que estaban bajo su gobierno hacían alegres banquetes, hizo llamar antes que a nadie a Silas, para que comiera con él. Pero Silas, de carácter independiente, creyendo tener un motivo justo de resentimiento, no lo ocultó a aquellos que fueron a buscarlo:

— ¿A qué honor me invita el rey —dijo— para hacérmelo perder en seguida? No pudo mantener mucho tiempo los premios que me había otorgado al afecto que siempre le manifesté, y que privó de ellos ignominiosamente. ¿Cree que he perdido la libertad de hablar? Puesto que soy plenamente consciente de ello, ahora más que nunca, hablaré para proclamar las calamidades de que lo libré y los trabajos que sufrí por su seguridad y dignidad. Por todos estos beneficios, ahora me ha recompensado con cadenas y con una cárcel oscura. Nunca lo olvidaré; más todavía, cuando me vea libre de esta vida, mi alma guardará el recuerdo de mi valentía.

Gritó estas palabras y dijo que se las contaran al rey. Este, viendo su carácter intratable, lo dejó de nuevo en la cárcel.

2. Por aquel entonces Agripa estaba haciendo reforzar los muros de Jerusalén, los que miran hacia la ciudad nueva, de cuenta del estado, dándoles mayor altura y longitud. Los habría hecho inexpugnables contra toda fuerza humana, si Marso, gobernador de Siria, por intermedio de cartas, no informara a Claudio César de esta empresa. Claudio, temiendo que se produjera alguna revuelta, ordenó a Agripa que desistiera de reforzar los muros. Y el rey no quiso desobedecer.

3. Este rey tenía un carácter tal que le gustaba ser benéfico y deseaba en su liberalidad conquistarse al pueblo, reposando su renombre en la generosidad de sus gastos. Gustaba dar,

lo que le proporcionaba satisfacción y elogios de todos. Muy distinto a Herodes, que gobernó antes que él, por sus costumbres. Este se inclinaba a la venganza y era inexorable, sin observar moderación ninguna contra aquellos a quienes consideraba enemigos. Estaba mejor dispuesto con los griegos que con los judíos. Era muy pródigo con las ciudades de los extranjeros; a algunas les construyó baños y teatros, a otras templos y pórticos; en cambio, no adornó ninguna ciudad de los judíos con el mínimo ornato o con alguna donación digna de recordarse.

Agripa era de carácter apacible, siendo igualmente generoso con todos. Era humano con los extranjeros, dándoles pruebas de su munificencia, pero era igualmente servicial con sus compatriotas y les demostraba su simpatía. Por este motivo, de buen grado y frecuentemente vivía en Jerusalén, celoso guardián de las costumbres religiosas nacionales, de modo que en todo se conducía piadosamente. No dejaba pasar ni un día sin que ofreciera los sacrificios prescritos.

4. Un nativo de Jerusalén, de nombre Simón, que tenía fama de ser conocedor de la ley, convocó al pueblo en una oportunidad en que el rey había ido a Cesárea; atrevióse a denunciarlo como impuro y merecedor de que se le prohibiera la entrada en el Templo, que sólo pertenece a los nativos. El prefecto de la ciudad envió una carta al rey refiriéndole lo que Simón había dicho a la multitud. El rey lo hizo llamar, y haciéndolo sentar a su lado, pues se encontraba en el teatro, con voz pacífica y plácida le dijo:

—Dime, ¿qué hay aquí que esté prohibido por la ley?

Sin atinar a contestar nada, el otro le pidió perdón. El rey lo perdonó, más allá de lo que haría cualquiera; opinaba que era más propio de los reyes la clemencia que la ira y sabía que a los grandes varones les era más conveniente la moderación que el arrebatamiento. Dejó en libertad a Simón, después de haberle hecho algunos regalos.

5. Construyó gran número de edificios en varios lugares, pero honró a los de Berito de manera particular. Efectivamente, les hizo construir un teatro que, por su elegancia y hermosura, superaba a muchos otros, así como también un anfiteatro suntuoso y magnífico; a esto agréguese baños y pórticos. No reparaba en gastos con tal de que pudiera contribuir al esplendor y magnitud. Organizó en el teatro espectáculos donde se ofrecieron obras musicales de toda índole y representaciones que proporcionaban verdadero placer. Mostró su generosidad en el número de gladiadores que hizo traer al anfiteatro en el cual, queriendo satisfacer a los espectadores con combates en masa, hizo luchar dos conjuntos de setecientos hombres cada uno. Con este fin designó a todos los criminales de que disponía, para castigarlos y convertir un espectáculo de guerra en una pacífica diversión. Hizo que tales hombres fueran muertos hasta el último.

CAPITULO VIII

La conducta de Agripa durante los tres años anteriores a su muerte.

1. Celebrados los espectáculos que recordamos en el capítulo anterior, Agripa marchóse a la ciudad de Tiberíades, en Galilea. Era muy admirado por los demás reyes. Fueron a verlo Antíoco, rey de Comagena, Sampsigerano, de los emesos, Cotis que reinaba en la Armenia menor, Polemón rey del Ponto y Herodes, su hermano, que gobernaba en Calcidia. Recibiólos a todos amistosamente y con gran alegría, de acuerdo con lo que convenía a la magnificencia de su ánimo, demostrando que no sin razón lo honraban con su presencia tantos reyes.

Mientras ellos eran todavía sus huéspedes, se hizo presente Marso, gobernador de Siria. Para observar la reverencia debida a los romanos, Agripa se adelantó a recibirlo siete estadios antes de la ciudad. Sin embargo, esto tuvo que ser causa de disentiimiento entre él y Marso. En su carro había llevado consigo a todos los demás reyes; pero Marso tuvo sospechas de su concordia y al ver que estaban unidos por amistad, creyó que tal consenso no podía resultar sino en perjuicio de los romanos. Envió a ver a cada uno de ellos a algunos de sus íntimos, para ordenarles que sin demora regresaran a sus respectivos países.

Se disgustó Agripa por ello, y desde entonces se distanció de Marso. Privó a Matías del pontificado y puso en su lugar a Elioneo, hijo de Cantera.

2. Hacía tres años que reinaba en toda Judea, cuando se dirigió a la ciudad de Cesárea, que anteriormente se llamaba la Torre de Estratón. Allí hizo celebrar espectáculos en honor del César, pues estaba informado de que se habían instituido días festivos para su salud. A esta festividad acudió un gran número de personas de toda la provincia, así como los más importantes dignatarios. En el segundo día de los espectáculos, cubierto con una vestidura admirablemente tejida de plata, se dirigió al teatro a primeras horas de la mañana. La plata, iluminada por los primeros rayos solares, resplandecía magníficamente, reluciendo y deslumbrando con aterradores reflejos a quienes lo miraban. Los aduladores comenzaron a lanzar exclamaciones que no eran nada buenas para Agripa, llamándolo dios y diciéndole:

—Sénos propicio, y a pesar de que hasta ahora te hemos reverenciado como a un hombre, en adelante te contemplaremos como superior a la naturaleza mortal.

El rey, sin embargo, no reprimió ni rechazó su adulación. Poco después, al levantar los ojos a lo alto, vió sobre su cabeza un buho encaramado sobre un cable. Dióse cuenta de inmediato que su presencia le anunciaba males, así como anteriormente le había anunciando el bien; y se afligió profundamente. Empezó a sentir dolores en el vientre, violentísimos desde el comienzo. Dirigiéndose a sus amigos les dijo:

—He aquí que ahora yo, vuestro dios, me veo obligado a salir de esta vida, pues el destino ha querido probar inmediatamente que eran mentira las palabras que se acaban de pronunciar. Yo, a quien habéis llamado inmortal, ya estoy en las manos de la muerte. Pero debemos obedecer al destino, cuando así parece a Dios. No he llevado una vida despreciable, sino de esplendorosa felicidad.

Después de decir estas palabras, su dolor se acrecentó. Se hizo llevar en seguida al palacio; por la ciudad se esparció el rumor de que estaba a punto de morir. De pronto la gente del pueblo, con sus mujeres e hijos, revestidos de cilicios según la costumbre nacional, se pusieron a rogar a Dios. Por todas partes se oían lamentos y llantos. El rey, que yacía en un elevado solarío, al verlos desde lo alto postrados de cara al suelo, no pudo reprimir las lágrimas.

Finalmente, después de sufrir dolores abdominales durante cinco días continuos, murió, siendo de edad de cincuenta y cuatro años y en el séptimo de su reinado²⁹. Reinó cuatro años siendo Cayo emperador, disfrutando por un trienio de la tetrarquía de Filipo; en el cuarto se le agregó a tetrarquía de Herodes, gobernando durante los restantes tres años bajo el imperio de Claudio sobre dichas regiones, y además Judea, Samaria y Cesárea. Obtenía grandes ingresos, doce millones de dracmas. Sin embargo, vióse obligado a pedir prestado grandes cantidades,

²⁹Este relato de la muerte del rey Herodes Agripa I se complementa y se clarifica mutuamente con el que figura en Hch. XII, 20-23: *“Estaba Herodes fuertemente irritado con los de Tiro y Sidón. Estos, de común acuerdo, se le presentaron y habiéndose ganado a Blasto, camarlengo del rey, solicitaban hacer las paces, pues su país se abastecía del país del rey. El día señalado, Herodes, regiamente vestido y sentado en la tribuna, les arengaba. Entonces el pueblo se puso a aclamarle: «¡Es un dios el que habla, no un hombre!» Pero inmediatamente le hirió el Ángel del Señor porque no había dado la gloria a Dios; y convertido en pasto de gusanos, expiró”* (Biblia de Jerusalén).

pues su generosidad era tan grande que iba más allá de lo que permitían sus ingresos, sin disminuir en nada su liberalidad.

3. Antes de difundirse en el pueblo la noticia de que el rey había fallecido, Herodes, rey de Calcidia, y Helcias, prefecto y amigo del rey, de común acuerdo enviaron a Aristo, uno de sus más fieles servidores, y procuraron que se matara a Silas, del cual eran enemigos, como si fuera una orden del rey.

CAPITULO IX

Descendencia de Agripa. Desórdenes en Cesárea. Judea sometida a un procurador

1. Tal fué el fin de Agripa. Sus descendientes fueron Agripa³⁰, su hijo, de diecisiete años, y tres hijas; una de ellas, Berenice³¹, de dieciséis años estaba casada con Herodes, su tío. Las otras dos eran vírgenes, Mariamne y Drusila, la primera de diez años, y Drusila de seis. El padre las había desposado: a Mariamne con Julio Arquelao, hijo de Celcias, y a Drusila con el hijo de Epifanes Antíoco, rey de Comagena.

Cuando se supo que Agripa había muerto, los de Cesárea y Sebaste, olvidados de los beneficios que habían recibido de él, se comportaron como enemigos encarnizados. Propalaron calumnias inconvenientes sobre el muerto. Todos los soldados que se encontraban allí, que eran numerosos, invadieron la residencia real, se apoderaron de las estatuas de las hijas del rey y de común acuerdo las trasladaron a los lupanares donde, después de colocarlas en la terraza, cometieron con ellas actos demasiado indecorosos para ser relatados.

En los lugares públicos celebraron banquetes populares, adornándose con coronas y perfumándose, ofreciendo libaciones a Carón y felicitándose mutuamente de que el rey hubiera fallecido. Con tal comportamiento se manifestaban desagradecidos no solamente con Agripa, sino también con su abuelo Herodes, que les había edificado la ciudad, haciendo construir pórticos y templos con magnificencia y esplendidez.

2. El hijo de Agripa se encontraba a la sazón en Roma y se educaba cerca del César. Cuando el César supo que Agripa había muerto y que los de Cesárea y Sebaste lo habían vilipendiado, se lamentó de su fin y se indignó por la ingratitud de aquellos hombres. Fué su propósito enviar inmediatamente a su hijo Agripa para que lo sucediera en el reino, queriendo así cumplir la palabra que diera con juramento. Pero los libertos y los amigos que tenían mucha influencia con él, lo disuadieron, diciéndole que era peligroso entregar a un adolescente, que todavía no había salido de la infancia, un reino de tanta magnitud; sería incapaz de cuidar de su administración, cuando incluso para un adulto resultaba un gran peso. Creyóles lo que le decían. Por lo tanto, envió a Caspio Fado como gobernador de Judea y de

³⁰Es **Herodes Agripa II**, mencionado como “el rey Agripa” en Hch. XXV, 13 - XXVI, 32. En esos pasajes bíblicos se le representa al lado de su hermana Berenice escuchando la defensa del apóstol Pablo, a solicitud del gobernador Festo. Agripa II acusó en son de broma a Pablo de casi convencerlo de hacerse cristiano.

³¹

Berenice, es la misma que en Hch. XXV, 13 figura junto con su hermano Herodes Agripa II escuchando la defensa de Pablo. Juvenal (*Sátiras* 6, 156-160) afirma que mantuvo una relación incestuosa con su hermano. Casada sucesivamente con su tío Herodes de Calcis y con Polemón rey de Cilicia, posteriormente se convertiría en la amante del futuro emperador Tito, en los años de la rebelión judía del 66-70.

todo el reino, honrando de ese modo al difunto al no encargar de esta tarea a Marso, enemistado con Agripa.

Ordenó a Fado, en primer lugar, que castigara a los de Cesárea y Sebaste por las injurias cometidas contra el difunto y las hijas, que todavía vivían; y que enviara al Ponto, para acampar, al escuadrón formado con los habitantes de Cesárea y Sebaste, así como sus cinco cohortes, mientras que igual número de legionarios de Siria ocuparían su lugar. Sin embargo, los que recibieron orden de partir no se fueron. Enviaron una delegación para convencer a Claudio, y después de conseguirlo, se quedaron en Judea. Posteriormente fueron causa de muchas calamidades para los judíos, pues echaron la simiente de la guerra, bajo el gobierno de Floro. Esta fué la razón de que Vespasiano, después de su victoria, como lo contaremos más adelante, los expulsara de la provincia.

LIBRO XX

Abarca una duración de veintidós años³²

CAPITULO I

El procurador Caspio Fado restablece el orden en Judea. Fado y Longino ordenan que las vestiduras del sumo sacerdote sean depositadas en la fortaleza Antonia.

1. Una vez muerto el rey Agripa, según hemos expuesto en el libro anterior, Claudio César envió a Casio Longino para que ocupara el lugar de Marso, haciendo esto en homenaje a la memoria del rey, quien le había pedido varias veces por cartas que Marso dejara de ser gobernador de Siria. Fado, que llegó como procurador a Judea, encontró que los judíos de Perea estaban en lucha contra los de Filadelfia con motivo de los límites de una población llamada Mía, llena de gente belicosa. Los habitantes de Perea, sin saberlo los principales de ellos, tomaron las armas y mataron a muchos de los de Filadelfia. Estos hechos indignaron grandemente a Fado, por no haberle sometido a él el caso, si creían que los de Filadelfia los habían ofendido, en lugar de acudir temerariamente a las armas. Habiendo hecho detener a tres de sus hombres, que habían sido causa de la sedición, ordenó que los encadenaran. Dispuso que mataran a uno de ellos, de nombre Aníbal, y desterró a los otros dos, Amarán y Eleazar.

También Tolomeo, jefe de ladrones, que ocasionara muchos darlos a los idumeos y árabes, poco después fué apresado y condenado a muerte. Toda Judea quedó limpia de latrocinios, gracias al cuidado y diligencia de Fado. Luego hizo que se presentaran los sumos pontífices y los primeros de los jerosolimitanos y les ordenó, de acuerdo con las instrucciones del emperador, que depositaran los vestidos sagrados y la ropa pontifical que sólo puede usar el sumo pontífice, en la torre Antonia, para que estuvieran en poder de los romanos, tal como se hacía antes.

No atreviéndose a oponerse, pidieron a Fado y Longino, pues éste había ido a Jerusalén con muchas tropas, por miedo de que las órdenes de Fado incitaran al vulgo a sublevarse, en primer lugar que les permitieran enviar legados al César, para pedirle que les dejara guardar en su poder las vestiduras sagradas; y luego que aguardara hasta que llegara la respuesta de Claudio. Los romanos respondieron que contaban con su permiso para enviar legados, con tal que dejaran a sus hijos como rehenes. Así se hizo.

A su llegada a Roma, Agripa el joven, hijo del rey difunto, que se encontraba en casa del emperador Claudio, se informó del motivo de su venida. Rogó al emperador que accediera al pedido de los judíos sobre las vestiduras sagradas y que enviara órdenes a Fado sobre el particular.

³²Corresponde a los años 44 al 66 después de Cristo. En este libro se encuentra la segunda mención de Jesús el Cristo (Capítulo IX, 1). La historia siguiente de los judíos, que corresponde a la guerra contra los romanos de los años 66 al 73, es relatada por Josefo en otra de sus obras célebres: *Las guerras de los judíos*.

2. Claudio accedió al pedido de los legados y díjoles que debían agradecerlo a Agripa. Además les entregó la siguiente carta:

"Claudio César Germánico, investido del poder tribunalicio por quinta vez, cónsul designado por cuarta vez, saludado como imperator por la décima, padre de la patria, a los magistrados, al senado, al pueblo de Jerusalén y a toda la nación de los judíos, salud. Mi estimado Agripa, que yo he educado y que reservo a mi lado a causa de su piedad, me ha presentado a vuestros delegados que me agradecieron mi solicitud por vuestro pueblo. Puesto que me han solicitado insistentemente que dejara los vestidos sacerdotales y la corona en vuestro poder, yo accedí de acuerdo con las disposiciones tomadas por Vitelio, hombre eminente y que cuenta con mi aprecio. Si he accedido a vuestro pedido, por de pronto es por mi piedad y por el deseo que tengo de que cada uno observe sus propios ritos nacionales; además porque sé que, de este modo, obraré de manera grata al rey Herodes y a Aristóbulo el joven, de quien conozco su piedad hacia mí como también su celo por vuestras cosas, y con los cuales tengo muchos deberes de amistad, pues son gente eminente que estimo. Sobre el particular he escrito a Cuspio Fado, mi procurador. Nombres de los portadores de la carta: Cornelio, hijo de Cerón, Trifón, hijo de Teudión, Doroteo, hijo de Natanael, Juan, hijo de Juan. Escrita el cuarto día antes de las calendas de julio, bajo el consulado de Rufó y de Pompeyo Silano."

3. Herodes, hermano del rey Agripa, que en aquel momento gobernaba en Calcis, pidió también al emperador Claudio que los judíos pudieran disponer libremente del Templo, del tesoro sagrado y que quedara en su poder la elección de los pontífices. Lo obtuvo todo. Desde entonces este poder perteneció a todos sus descendientes, en quienes quedó hasta el fin de la guerra. Entonces Herodes destituyó del sumo pontificado al que tenía de sobrenombre Cantera y le dió como sucesor en esta dignidad a José hijo de Cam.

CAPITULO II

Elena, reina de Adiabena, y su hijo Izates se convierten al judaísmo. Viaje de Elena a Jerusalén.

1. Por este tiempo, la reina de Adiabena, Elena, y su hijo Izates adoptaron las costumbres judías por el siguiente motivo. Monobazes, rey de Adiabena, por sobrenombre Bazco, enamorado de su hermana Elena, se casó con ella y la dejó embarazada. Durmiendo un día con ella, por casualidad puso su mano sobre su vientre. En sueños, parecióle oír una voz que le ordenaba retirar la mano de encima de la esposa para no comprimir el feto que llevaba, al cual la providencia divina había reservado el poder y un fin feliz. Conturbado por esta voz, despertóse y se lo dijo a su mujer. Dieron el nombre de Izates al hijo que les nació.

Monobazes ya había tenido con Elena otro hijo, Monobazes, y tenía otros hijos de otras mujeres; pero claramente evidenciaba que todo su afecto se concentraba en Izates, como si solamente él existiera. Esta fué la causa de que todos sus hermanos de parte de padre tuvieran celos de Izates, por contar con la preferencia del rey. Monobazes se daba perfectamente cuenta de ello, pero lo atribuía no a su perversidad, sino al deseo que cada uno de ellos experimentaba de una benevolencia igual. En cuanto al adolescente, el rey, temeroso de que el odio de sus hermanos le ocasionara algún mal, después de hacerle grandes regalos lo envió a Abenerig, rey del Campo de Espasina, a quien lo confió para mayor seguridad. Abenerig recibió al joven muy afectuosamente, le entregó por esposa a su hija Simaco y lo gratificó con una región de la cual percibía grandes ingresos.

2. Monobazes era ya anciano y se daba cuenta que no le quedaba mucho tiempo de vida; de modo que quiso ver a su hijo antes de morir. Lo hizo venir y lo abrazó con gran cariño y le entregó la región denominada Carres; esta tierra produce en abundancia comestibles. También se encuentran allí los restos del arca en la cual Noé escapó del diluvio, restos que todavía se muestran a los que quieran verlos. Izates, por lo tanto, vivió en esta región hasta la muerte de su padre. El día en que Monobazes murió, la reina Elena hizo congregarse a todos los grandes del estado, los sátrapas del reino y los comandantes de las tropas. Cuando estuvieron reunidos, les dijo:

—Creo que vosotros no ignoráis que mi esposo deseaba que Izates fuera su sucesor en el trono, pues lo juzgaba digno de ello. Sin embargo, espero vuestra opinión. Es feliz aquel que recibe el poder, no de uno solo, sino de muchos y con su pleno consentimiento.

Estas fueron las palabras que dijo, para conocer los sentimientos de aquellos a quienes había convocado. Ellos, ante estas palabras, se postraron delante de la reina según su costumbre, y luego declararon que ratificarían la elección del rey y de buen grado obedecerían a Izates, preferido por su padre, según la justicia y de acuerdo con una decisión unánime. Agregaron también que de buen grado estaban dispuestos a matar a sus hermanos y parientes, para que Izates ocupara el trono con toda seguridad. Efectivamente, mediante su muerte, se eliminaría todo peligro que pudiera surgir del odio y celos de los hermanos.

En respuesta, Elena les agradeció sus buenas disposiciones hacia Izates y hacia ella misma; sin embargo, les rogó que postergaran su intención de matar a los hermanos de Izates hasta que éste hubiera llegado y dado su aprobación.

Como ella no había aceptado la propuesta de darles muerte le pidieron que, por lo menos, los hiciera mantener encadenados hasta el regreso de Izates, para mayor seguridad. Además le aconsejaron que provisoriamente estableciera como regente del reino a aquél en el cual ella tuviera mayor confianza.

Elena siguió este consejo e investió con el poder a Monobazes, el hijo mayor del rey, imponiéndole la diadema y dándole el anillo con el sello de su padre y lo que en ese país llaman *sampsera*. Lo invitó a que administrara el reino hasta el regreso de su hermano.

Este vino rápidamente, así que se informó de la muerte de su padre, y reemplazó a su hermano Monobazes, quien le cedió el poder.



El Templo de Jerusalén. Maqueta.

3. En la época en que Izates vivía en el Campo de Espasina, un comerciante judío, llamado Ananías, que tenía acceso al gineceo real, enseñó a las mujeres a adorar a Dios según la costumbre nacional de los judíos. Gracias a ellas se dió a conocer a Izates y también lo persuadió. Cuando éste fué llamado por su padre a Adiabena, Ananías lo acompañó,

accediendo a sus insistentes solicitudes. Aconteció que Elena, instruida de la misma manera por otro judío, también se había convertido a sus leyes.

Cuando Izates se hizo cargo del reino y supo que sus hermanos y parientes estaban encadenados, disgustóse de lo acontecido. Considerando que era impío matarlos o retenerlos encadenados, pero por otra parte juzgando que era peligroso dejarlos libres en su cercanía, pues se acordarían de las ofensas recibidas, a algunos con sus hijos los envió a Roma al emperador Claudio como rehenes y a otros, con un pretexto análogo, los remitió a Artabano, el parto.

4. Cuando supo que su madre se sentía muy satisfecha con las costumbres judías, se apresuró a amoldarse a ellas; creyendo que no sería definitivamente judío mientras no se circuncidara, se dispuso a hacerlo. Pero su madre intentó impedirselo, diciéndole que se pondría en peligro. Efectivamente, era rey y se enajenaría el aprecio de sus súbditos si supieran que deseaba adoptar costumbres extranjeras opuestas a las suyas, pues no tolerarían un rey que fuera judío. Dijo estas cosas, oponiéndose decididamente a sus designios; Izates se lo contó a Ananías. Este estuvo de acuerdo con la madre; y lo amenazó con separarse de él, si se negaba a obedecerla.

Decía temer, en caso de que llegara a conocerse, que lo castigaran como responsable de todo y por haber incitado al rey a realizar actos indignos. Por otra parte, el rey podía adorar a Dios, aun sin estar circuncidado, si estaba dispuesto a observar completamente las leyes ancestrales de los judíos, lo cual tenía más importancia que la circuncisión. Le dijo también que Dios le perdonaría el haber renunciado a este rito, constreñido a ello por la necesidad y el miedo a sus súbditos. Estas palabras persuadieron al rey. Pero en seguida, puesto que no había renunciado por completo a su designio, otro judío, que había venido de Galilea, de nombre Eleazar, que pasaba por muy entendido en la ley de sus padres, lo exhortó a que cumpliera el acto. Efectivamente, habiendo ido a saludarlo y sorprendiéndolo en el trance de leer la ley de Moisés, le dijo:

—Tú ignoras que estás cometiendo la mayor ofensa contra las leyes y por consiguiente contra Dios. No basta con leerlas, es necesario ante todo cumplir lo que ellas ordenan. ¿Hasta cuándo seguirás incircunciso? Si hasta ahora no has leído lo que dice la ley sobre la circuncisión, léelo de inmediato para saber lo grande que es tu impiedad.

Cuando hubo oído estas palabras, el rey no demoró por más tiempo su cumplimiento. Se retiró a otra cámara, mandó a buscar un médico, y le hizo ejecutar lo que le habían prescrito. Luego envió a buscar a su madre y al que fuera su maestro Ananías, y les indicó que había cumplido con el rito. Quedaron estupefactos y con gran miedo, diciéndose que si el asunto llegara a ser conocido, el rey correría peligro de verse privado del poder, pues los súbditos no soportarían que los gobernara un seguidor celoso de costumbres extranjeras; y que, incluso ellos mismos, se verían en peligro, por considerárselos responsables de lo acontecido.

Pero Dios hizo que sus temores no llegaran a realizarse. A pesar de que Izates, como sus hijos, se vieron expuestos a mil peligros, Dios los puso a salvo, haciéndolos pasar de una situación-desesperada a una de seguridad, demostrando así que aquellos que elevan sus ojos a Dios y únicamente se fían de él no resultan frustrados del fruto de la piedad. Pero hablaremos de esto más adelante.

5. Elena, la madre del rey, veía que la paz reinaba en el reino y que su hijo era feliz y envidiado de todos, incluso entre los pueblos extranjeros, gracias a la providencia divina. Deseó visitar la ciudad de Jerusalén para postrarse en el Templo de Dios, célebre en todo el mundo, y ofrecer sacrificios de acción de gracias. Para ello pidió permiso a su hijo. Izates accedió al pedido de su madre; hizo grandes preparativos para el viaje y le entregó una fuerte cantidad de dinero.

Descendió, pues, a la ciudad de Jerusalén, acompañándolo su hijo durante un largo trecho. Su llegada resultó sumamente provechosa para Jerusalén, pues en aquel momento la ciudad sufría por el hambre y muchos morían a causa de la indigencia. La reina Elena envió a algunos de sus esclavos, unos a Alejandría para que compraran trigo, otros a Chipre para que trajeran un cargamento de higos. Regresaron lo antes posible, y ella distribuyó estos alimentos a los nativos, dejando por este motivo un recuerdo imperecedero en nuestro pueblo.

Su hijo Izates, cuando supo que en Jerusalén pasaban hambre, envió una gran cantidad de dinero a los principales de la ciudad. Pero contaremos más adelante todo lo que estos reyes han hecho en beneficio de nuestro pueblo.

CAPITULO III

Izates restablece en su trono a Artabano, rey de los partos. Guerra de Bardanes contra Izates.

1. Artabano, rey de los partos, advirtió que los sátrapas conspiraban contra él. En vista de la falta de seguridad, decidió ir a ver a Izates con el objeto de que éste le proporcionara los medios para la propia seguridad y para regresar, si ello era posible, al reino. Se dirigió, pues, al país de Izates, rodeado de cerca de mil parientes y servidores. Lo encontró en el camino; él lo reconoció, sin que Izates a su vez lo reconociera. Acercándose, se postró a sus pies, de acuerdo con la costumbre de su tierra, diciendo:

—Oh rey, no menosprecies al que te suplica y no desdeñes mi ruego. Me siento humillado por el cambio del destino. De rey que era me he convertido en un simple particular. Necesito tu ayuda. Considera la inestabilidad de la fortuna; piensa que la desgracia es algo común a nosotros dos; piensa en ti para lo futuro. Si tú no te dignas ayudarme, habrá muchos otros súbditos que se enardecerán contra los otros reyes.

Dijo todo esto, mientras lloraba e inclinaba la cabeza. Izates, al oír su nombre y viendo que el que estaba ante él, suplicando y lamentándose, era Artabano, bajó rápidamente del caballo y le respondió:

—Anímate, oh rey, y que la presente tribulación no te trastorne como si fuera irreparable; tu angustia rápidamente se cambiará en gozo. Encontrarás en mí un amigo y aliado mejor de lo que esperabas. Efectivamente, yo te restableceré en el trono de los partos, o perderé el mío.

2. Dichas estas palabras, hizo montar a Artabano a caballo y él lo acompañó a pie, como homenaje a un rey más grande. Pero Artabano, al verlo, no lo aceptó y juró por el destino y la gloria que tenía en aquellos momentos que descendería del caballo, si el otro no montaba y le precedía. Izates accedió a sus deseos. Saltó a caballo y lo condujo al palacio real. En las asambleas le tributó los honores debidos y en los banquetes le otorgó el lugar más elevado, sin tener en cuenta su suerte actual, sino a causa de su dignidad pasada y en consideración a que las vicisitudes de la fortuna son comunes a todos los hombres.

Escribió también a los partos para aconsejarles que recibieran a Artabano, ofreciéndoles su fe, sus juramentos y su mediación, para asegurarles que olvidaría sus actos. Los partos contestaron que no se negarían a recibir a Artabano, pero no les era posible hacerlo, pues el poder había sido confiado a otro, denominado Cinamo, y temían que estallara una guerra.

Cinamo, conociendo su voluntad, escribió él mismo a Artabano, pues éste lo educó y estaba dotado de un carácter noble y leal. Lo invitó a que se fiara de él y fuera a retomar el reino. Cinamo salió a su encuentro, se prosternó saludándolo con el título de rey y, quitándose la diadema, la puso sobre la cabeza de Artabano.

3. Es así como, gracias a Izates, Artabano fué restablecido en el trono del cual había sido expulsado por los grandes hacía poco. No fué ingrato a los beneficios recibidos y recompensó a Izates con los mayores honores. Le permitió que llevara la tiara derecha y que durmiera en una cama de oro, a pesar de que este honor y aquella insignia estaban reservados al rey de los partos. Le regaló también una gran región fértil que separó de las posesiones del rey de Armenia. Este país se llama Nisibis. Los macedonios habían fundado allí anteriormente la ciudad de Antioquia a la cual dieron el nombre de Epimigdonia. Estos fueron los honores con los que el rey de los partos gratificó a Izates.

4. Poco después murió Artabano y dejó el trono a su hijo Bardanes. Este visitó a Izates y trató de convencerlo de que se aliara con él, para hacer la guerra a los romanos. Pero no lo logró, pues Izates conocía el poder y las riquezas de los romanos y creía que tal empresa era imposible. Además había enviado a cinco de sus hijos, todavía jóvenes, para que aprendieran diligentemente nuestra lengua nacional y recibieran nuestra educación; también envió, como dije antes, a su madre para que se prosternara en el Templo. Estaba perplejo y quería apartar a Bardanes de aquella guerra, describiéndole sin cesar la fuerza y los recursos de los romanos. Pensaba de esta manera asustarlo y obligarlo a desistir de sus proyectos.

El parto, irritado, declaró de inmediato la guerra a Izates; pero en nada le aprovechó esta empresa, pues Dios deshizo todas sus esperanzas. Cuando los partos comprendieron los planes de Bardanes y su decisión de combatir a los romanos, se libraron de él y entregaron el poder a su hermano Gotarzes. Este murió poco después, víctima de un complot, y tuvo por heredero a su hermano Vologeses, quien confió a sus hermanos de parte del padre grandes gobiernos: Pacoro, el de más edad, tuvo la Media, y Tirídates, el menor, la Armenia.

CAPITULO IV

Conversión de Monobazes. Victoria de Izates sobre Abias, rey de los árabes, y Vologeses, rey de los partos. Muerte de Izates, a quien sucede Monobazes.

1. El hermano de Izates, Monobazes, y sus parientes, en vista de que la piedad del rey hacia Dios lo había convertido en objeto de envidia entre los hombres, desearon también abandonar su religión nacional y abrazar la de los judíos. Pero no lo ignoraron sus súbditos; los grandes, irritados por esta conversión, disimularon su cólera, no buscando sino una ocasión propicia para vengarse. Escribieron a Abias, rey de los árabes, prometiéndole una gran suma de dinero si hacía la guerra a su rey. Se comprometían a traicionarlo al primer encuentro, pues querían castigarlo porque había repudiado las costumbres nacionales. Luego que mutuamente se juraron fidelidad, lo exhortaron a que procediera rápidamente. El árabe estuvo de acuerdo y marchó contra Izates, al frente de un gran ejército.

Cuando se iba a entablar la primera batalla, antes de que llegaran a las manos, los grandes, de acuerdo con lo convenido, abandonaron a Izates, simulando un terror pánico y escaparon dando las espaldas al enemigo. Izates, lejos de abatirse, comprendió que los grandes lo habían traicionado y se retiró a su campamento. Indagó la causa de la huida y cuando supo que se trataba de un acuerdo con el árabe, se desembarazó de los culpables. Al día siguiente atacó a los enemigos, mató a un gran número de ellos y obligó al resto a huir. Persiguió a su rey y lo obligó a refugiarse en una fortaleza denominada Arsamo. La sitió enérgicamente hasta que la tomó. Se apoderó de todo el botín, que era considerable, y regresó

a Adiabena sin haberse podido apoderar de Abias vivo, pues éste, rodeado por todos lados, se había suicidado.

2. Los grandes de Adiabena habían fracasado en esta primera conspiración. Dios había protegido al rey. Sin embargo, en vez de quedarse tranquilos, escribieron de nuevos a Vologeses, rey de los partos, invitándolo a que matara a Izates y que les diera otro príncipe, de origen parto. Decían que odiaban a su rey por haber violado su religión ancestral, adoptando ritos extranjeros.

Con estas nuevas, el rey parto se sintió movido a la guerra; pero en vista de que no había pretexto ninguno para ello, pidió a Izates que le devolviera los signos de honor que le diera su padre, y en caso de que rehusara, lo amenazaba con la guerra.

Izates se sintió muy intranquilo; opinaba que al renunciar a los honores se condenaba a sí mismo, pues dejaría la impresión de obrar por miedo. Además sabía que el parto, aun después de esta devolución, no se aquietaría. Consideró que lo más conveniente sería confiar a la protección de Dios su vida en peligro. Pensando que Dios era el más poderoso de los aliados, instaló a sus mujeres e hijos en los fuertes más seguros, envió todo el trigo a los castillos e incendió los forrajes. Una vez tomadas estas precauciones, esperó al enemigo.

El rey de los partos, acompañado de una gran cantidad de soldados de infantería y caballería, llegó mucho antes de lo que se le esperaba, pues había estado marchando sin descanso. Estableció su campamento cerca del río que separa la Adiabana de la Media; Izates puso el suyo a poca distancia, con seis mil hombres de a caballo. Izates recibió un mensaje enviado por el parto en el cual le recordaba las numerosas fuerzas que traía consigo, desde el río Eufrates hasta las fronteras de la Bactriana, y le enumeraba todos los reyes que eran sus súbditos. El parto, además, amenazaba castigarlo por su ingratitude y declaraba que ni el Dios a quien adoraba lo libraría de sus manos.

Después de escuchar al mensajero, Izates respondió que conocía las fuerzas de los partos, sin duda muy superiores a las suyas, pero que sabía mejor aún que Dios es más poderoso que todos los hombres. Dada esta respuesta, se puso a rogar a Dios postrándose en el suelo y esparciéndose ceniza en la cabeza. Ayunó con su esposa e hijos e invocando a Dios, dijo:

—Si no es en vano, Señor y dueño soberano, que yo he contado con tu bondad y si he acertado al considerarte único y supremo señor de todas las cosas, ven en mi ayuda y defiéndeme contra mis enemigos, no solamente en mi interés, sino porque ellos se han atrevido a atacar tu poder.

Oró en esta forma con llantos y gemidos, y Dios lo escuchó. La noche siguiente, Vologeses recibió una carta en la cual le anunciaban que un gran ejército de dacios y sacos se habían aprovechado de su ausencia para devastar el país de los partos. Entonces, sin haber hecho nada, levantó el campamento y volvió atrás. Es así como, gracias a la providencia divina, Izates escapó a las amenazas de los partos.

3. Poco después Izates murió, cumplidos los cincuenta y cinco años y después de veinticuatro de reinado, dejando veinticuatro hijos y veinticuatro hijas. La sucesión al trono, según lo había ordenado, pasó a su hermano Monobazes, en recompensa a hi fidelidad con que le había conservado el poder, estando ausente, luego de la muerte de su padre. Su madre Elena se afligió intensamente por la muerte de su hijo, como es natural para una madre privada del más afectuoso de sus hijos; pero se consoló al saber que la sucesión se había otorgado a su hijo mayor, apresurándose a ir a su lado. De regreso a Adiabena, sobrevivió poco tiempo a su hijo Izates. Monobazes envió sus huesos y los de su madre a Jerusalén, y los hizo sepultar en las tres pirámides que su madre había hecho elevar a tres estadios de la ciudad. Pero más adelante hablaremos de lo que hizo Monobazes durante su vida.

CAPITULO V

Tiberio Alejandro, procurador de Judea, castiga a los hijos de Judas el galileo. El procurador Cumano reprime una sedición con una gran matanza de judíos junto al Templo

1. Siendo Fado procurador de Judea, un cierto mago de nombre Teudas persuadió a un gran número de personas que, llevando consigo sus bienes, lo siguieran hasta el río Jordán. Afirmaba que era profeta, y que a su mando se abrirían las aguas del río y el tránsito les resultaría fácil. Con estas palabras engañó a muchos. Pero Fado no permitió que se llevara a cabo esta insensatez; envió una tropa de a caballo que los atacó de improviso, mató a muchos y a otros muchos hizo prisioneros. Teudas fué también capturado y, habiéndole cortado la cabeza, la llevaron a Jerusalén. Estas cosas acontecieron siendo Cuspio Fado procurador.

2. Sucedió a Fado Tiberio Alejandro, hijo de Alejandro, que fuera alabarca de Alejandría, el primero de sus contemporáneos por su nobleza y riqueza y que sobresalió también por su piedad hacia Dios a su hijo Alejandro, pues éste no permaneció fiel a las costumbres y las leyes patrias. En su tiempo fué cuando sobrevino en Judea la época de gran hambre, en cuya oportunidad la reina Elena compró con su dinero mucho trigo en Egipto, según dijimos antes. En este tiempo fueron muertos los hijos de Judas el galileo, el que había incitado al pueblo a la rebelión, cuando Quirino realizaba el censo de Judea, como hemos dicho antes. Eran Jacobo y Simón, a quienes Alejandro ordenó que crucificaran. Herodes, rey de Calcis, privó del pontificado a José hijo de Cam, y lo traspasó a Ananías hijo de Zebedeo. Cumano sucedió a Tiberio Alejandro. Herodes, hermano del rey Agripa el Grande, falleció en el año octavo del reinado de Claudio, dejando tres hijos: Aristóbulo, hijo de su primera esposa Mariamne y Bereniciano e Hircano hijos de Berenice, la hija del hermano. Claudio César entregó su reino al joven Agripa.

3. Una revuelta que se produjo en la ciudad de Jerusalén, siendo administrador de Judea Cumano, costó la vida a un gran número de judíos. Pero expondré en primer lugar su causa. En la fiesta de Pascua, cuando es costumbre entre nosotros comer panes no fermentados, congregándose una gran multitud para su ablución, temeroso Cumano de alguna sedición, ordenó que una cohorte se apostara con sus armas en los pórticos del Templo, a fin de reprimir cualquier tumulto que se produjera. Así acostumbraban a hacerlo antes que él los procuradores de Judea.

En el cuarto día de la festividad un soldado descubrió su sexo y lo mostró a la gente. Los que lo vieron se irritaron, y dijeron que no eran ellos los insultados, sino Dios. Algunos de los más decididos dijeron que Cumano era el responsable, y por eso lo injuriaron. Cumano, al oír sus expresiones, se irritó, y pidió a los descontentos que no ocasionaran tumultos durante las fiestas. No logró persuadirlos, arreciando las injurias.

Cumano ordenó a todas las tropas que, tomando las armas, se concentraran en la fortaleza Antonia la cual, como dijimos, domina al Templo. La multitud, a la vista de los soldados, aterrorizada, se apresuró a huir; como las salidas eran estrechas y creían que los enemigos los perseguían, muchos de ellos perecieron en estos lugares angostos. Hubo veinticinco mil muertos en aquel tumulto; de manera que la festividad se convirtió en fecha de luto, de tal manera que todos, olvidados de los sacrificios y de las oraciones, se pusieron a lamentarse y gemir. El impudor de un soldado fué causa de una gran calamidad.

4. Todavía no habían dejado de lamentarse por este suceso, cuando se produjo otra desgracia. Algunos de los que siempre buscan revueltas atacaron a Esteban, esclavo del emperador, en la vía pública, a cien estadios de la ciudad, como si fueran ladrones, y lo despojaron de todo lo que llevaba. Cuando Cumano lo supo, envió inmediatamente soldados para que saquearan los poblados vecinos y apresaran a los más nobles de ellos, para que dieran cuenta del crimen. Mientras se procedía a la devastación de los poblados, un soldado encontró las leyes de Moisés, guardadas en uno de estos pueblos y, exponiéndolas a la vista de todos, las rompió, agregando a esto burlas y ofensas.

Cuando se enteraron los judíos, bajaron en gran número a Cesárea, donde se encontraba Cumano, para suplicarle que vengara, no a ellos, sino a su Dios, cuyas leyes habían sido ultrajadas; pues a ellos no les era posible vivir si las leyes de sus padres eran tratadas tan indignamente. Entonces Cumano, temeroso de que la multitud se agitara de nuevo, siguió el consejo de sus amigos e hizo decapitar al soldado que había ultrajado a las leyes. Así apaciguó la sedición que estaba a punto de estallar de nuevo.

CAPITULO VI

Discordia entre galileos y samaritanos. Cuadrato, gobernador de Siria, envía a los principales a Roma. Claudio resuelve la cuestión: absuelve a los judíos y castiga a los responsables de la revuelta.

1. Surgieron disensiones entre los samaritanos y los judíos por el siguiente motivo. Los galileos acostumbraban en los días de fiesta, cuando iban a Jerusalén, a pasar por Samaria. Estando en camino, algunos hombres de un poblado llamado Ginea, situado en los límites de Samaria y de la gran llanura, los atacaron y mataron a muchos de ellos.

Los principales de los galileos, cuando se informaron del crimen, presentáronse ante Cumano y le pidieron que vengara a los muertos. Pero él, que había sido corrompido por los samaritanos con dinero, no los escuchó. Entonces los galileos, indignados, llamaron a los judíos a las armas para defender su libertad. Decían que la servidumbre era ya de por sí muy acerba, pero si se le agregaba la injuria resultaba intolerable.

Los magistrados se esforzaron en apaciguar y aquietar a la multitud, prometiendo que hablarían con Cumano para persuadirlo que castigara a los autores de las muertes. No los escucharon; tomaron las armas y llamando en su auxilio a Eleazar hijo de Dineo, un ladrón que por espacio de muchos años había vivido en los montes, robaron e incendiaron varios poblados de los samaritanos.

Cumano, cuando se enteró, tomó consigo al escuadrón de Sebaste y cuatro cohortes de a pie y armó también a los samaritanos, y marchó contra los judíos. Habiéndolos alcanzado, mató a muchos de ellos y a muchos otros los hizo prisioneros.

Los principales de Jerusalén por su nobleza y por los honores, en vista de la magnitud de los males en los que habían caído, vistieron cilicios y se cubrieron la cabeza con ceniza. Pidieron y exhortaban a los revoltosos, puesto que tenían ante sus ojos la patria que iba a ser abolida, el Templo destruido y, en fin, las mujeres y los hijos reducidos a esclavitud, que cambiaran de propósito, que depusieran las armas, se tranquilizaran y regresaran a sus casas. Estas palabras persuadieron a los amotinados, los cuales se dispersaron; y los ladrones regresaron a sus lugares inexpugnables; pero, después de esto, toda Judea estuvo infectada de ladrones.

2. Los primeros de los samaritanos se presentaron ante Ummidio Cuadrato, gobernador de Siria, que entonces vivía en Tiro, para acusar a los judíos de haber saqueado e incendiado sus poblados. Afirmaron que no les dolía tanto la injuria que habían recibido de ellos cuanto el menosprecio en que tenían a los romanos, a quienes debían haber acudido como jueces, si se sentían ofendidos, en vez de llevar a cabo incursiones, como si no estuvieran gobernados por los romanos. Por esto se presentaban ante él, pidiéndole que los vengara. Esta era la índole de las acusaciones de los samaritanos.

Los judíos sostuvieron que los culpables de la revuelta y de la lucha habían sido los samaritanos y, sobre todo, que Cumano había sido corrompido con sus regalos y que, por este motivo, ocultó y disimuló la matanza de judíos. Cuando Cuadrato hubo oído estas cosas, difirió la sentencia, diciendo que la daría cuando fuera a Judea y se informara más detalladamente de la verdad.

Se retiraron sin que nada se hubiera decidido. Poco después Cuadrato pasó a Samaria en donde, luego de oír a todos, estaba por decidir que los samaritanos habían sido los culpables de las sediciones. Pero al informarse de que algunos judíos habían fraguado una revolución, hizo crucificar a los capturados por Cumano. De allí pasó al poblado llamado Lida, que por su magnitud no cedía en grandeza a una ciudad; se instaló en un tribunal y, por segunda vez, escuchó a los samaritanos. Uno de ellos le dijo que uno de los principales de los judíos, de nombre Dorto, y algunos más, en número de cuatro, ansiosos de novedades, se esforzaban en alejar al pueblo de los romanos. Mandó que los mataran. Envió al pontífice Ananías y al pretor Anán a Roma, encadenados, para que dieran cuenta de sus actos al emperador Claudio. Luego dispuso que los principales de los samaritanos y de los judíos, el procurador Cumano y Céler, un tribuno, marcharan a Italia, para someter al juicio del César sus controversias. Temeroso de que los judíos fraguaran nuevas sediciones, se dirigió a la ciudad de Jerusalén; la encontró apaciguada y en trance de celebrar una fiesta antigua en honor de Dios. Convencióse que no había peligro ninguno de sedición; por esto, dejando la fiesta, regresó a Antioquía.

3. Cumano y los principales de los judíos, que fueron enviados a Roma, obtuvieron del César una audiencia para tratar sobre los litigios que los dividían. Los libertos y amigos del César apoyaban calurosamente a Cumano y los samaritanos. Los judíos habrían sido derrotados si Agripa el joven, que entonces se encontraba en Roma y veía el temor de los judíos, no implorara vivamente a la emperatriz Agripina que persuadiera a su marido que juzgara de acuerdo con la justicia, luego de oír a ambas partes, a los que eran responsables de la revuelta.

Claudio, impresionado por el pedido, escuchó a ambas partes, y comprobó que los samaritanos eran los culpables de todos los males; ordenó que se ejecutara a los que se habían presentado ante él y desterró a Cumano; y, por último, ordenó que el tribuno Céler fuera llevado a Jerusalén y muerto, luego de ser paseado por la ciudad a la vista de todos.

CAPITULO VII

Félix es nombrado procurador de Judea. Su matrimonio con Drusila.

1. Claudio envió a Félix³³, hermano de Palas, para que tomara a su cargo los asuntos de Judea. En el año duodécimo de su imperio, dió a Agripa la tetarquía de Filipo y la Batanea, agregándola Traconítida y Abila, esto es, la tetarquía de Lisania; pero le quitó la Calcídica, donde había gobernado durante cuatro años. Recibido este presente del emperador, Agripa entregó en matrimonio a Aziz, rey de Emesa, que había accedido a circuncidarse, su hermana Drusila. Epífanos, hijo del rey Antíoco, había rehusado casarse con ella, pues se negó a aceptar la religión de los judíos y abandonar la suya, aunque así lo había prometido al padre de la muchacha. Luego casó a Mariamne con Arquelao hijo de Helcias, a quien la había prometido Agripa padre. Les nació una hija de nombre Berenice.

2. Poco después se disolvió el matrimonio de Drusila y Aziz por el siguiente motivo. Siendo Félix procurador de Judea, al ver a Drusila, que sobresalía en hermosura entre las demás mujeres, se inflamó de deseo por ella. Le envió un judío chipriota, de nombre Simón, que pretendía ser mago, para persuadirla que dejara a su marido y se casara con él, prometiéndole hacerla feliz si accedía a este deseo. Ella, no obrando bien, y con miras a escapar a la envidia de su hermana Berenice, pues la fastidiaba frecuentemente a causa de su hermosura, se dejó persuadir en contra de las leyes patrias, para casarse con Félix.

Le dió un hijo, al cual puso el nombre de Agripa. Más adelante expondré en qué forma este joven pereció con su madre en ocasión de la erupción del Vesubio en tiempo de Tito César.

3. Berenice, después de la muerte de Herodes, que fuera su marido y a la vez su tío, luego de una larga viudez, durante la cual corría el rumor de que mantenía relaciones con su hermano, persuadió a Polemón, que era rey de Cilicia, que se circuncidara y se casara con ella. Creía que en esta forma terminaría con las mentiras y calumnias. Polemón accedió, especialmente a causa de sus riquezas. Sin embargo, este matrimonio no duró mucho tiempo; Berenice, mujer intemperante, abandonó a Polemón. El, una vez disuelto el matrimonio, dejó de ser fiel a las costumbres y leyes de los judíos. Por el mismo tiempo Mariamne repudió a Arquelao y se casó con Demetrio, el primero de los judíos alejandrinos por su nacimiento y sus riquezas; además era alabarca. Tuvo un hijo con él, al cual llamó Agripino. Más adelante habrá lugar para hablar de todo esto más detalladamente.

CAPITULO VIII

Muerte de Claudio. Advenimiento de Nerón. Félix destruye los nidos de ladrones. El caso del impostor egipcio. Sublevación de Cesárea. Festo reemplaza a Félix

1. Claudio César murió luego de gobernar trece años, ocho meses y veinte días. Algunos dijeron que había sido envenenado por su mujer Agripina. El padre de esta mujer fué Germánico, hermano del César; y tuvo por marido a Domicio Enobarbo, romano ilustre. Muerto él, después de permanecer viuda por largo tiempo, Claudio se casó con ella, llevando Agripina consigo a un hijo que se llamaba Domicio como su padre. Anteriormente Claudio había hecho matar, por celos, a su esposa Mesalina, con la cual había tenido dos hijos, Británico y Octavia. Tenía además otra hija mayor, que se llamaba Antonia, nacida de su

³³Félix, es el mismo procurador romano ante el cual compareció el apóstol Pablo en Cesárea (Hch. XXIII, 24, 26; XXIV, 3-27; XXV, 14). Mostró un espíritu injusto y mezquino al mantener al apóstol preso durante dos años esperando que le diera un soborno a cambio de su libertad, y dejándolo preso para complacer a los judíos. Se calcula en el año 51 ó 52 el inicio de su gobierno en Judea, que se prolongó hasta el año 59, aproximadamente, cuando Nerón lo destituyó.

esposa anterior, Petina. Casó a Octavia con Nerón, nombre que dió a Domicio después de adoptarlo.

2. Agripina temía que Británico, cuando fuera adulto, ocupara el trono de su padre. Con el deseo de que pasara a su hijo, según se dice, hizo todo lo posible para matar a Claudio. Después procuró que Burro, prefecto del ejército, así como también los tribunos y libertos de mayor autoridad, se llevaran a Nerón al campamento y lo proclamaran emperador.

Nerón, luego de obtener el poder, envenenó a Británico ante numerosas personas; también asesinó abiertamente a su madre, agradeciéndole en esta forma, no solamente el que lo hubiera engendrado, sino también el que con sus maquinaciones obtuviera el imperio para él. Igualmente hizo morir a Octavia, su esposa, y a muchos ilustres varones, acusándolos de intrigar.

3. Pero no quiero detenerme por más tiempo en el particular. Son muchos los que han escrito la historia de Nerón: los unos han disfrazado la verdad, para agradarle, pues fueron bien tratados por él; otros, en cambio, por el odio y enemistad con qua lo contemplaban, lo han tratado tan desmedidamente que merecen igual reproche que los primeros. No hay motivo para que me admire que hayan mentido con relación a Nerón, pues tampoco al escribir sobre sus predecesores han respetado la verdad histórica; y, con todo, no los odiaban, pues vivieron mucho tiempo después. Pero que escriban de acuerdo a sus caprichos aquellos que no guardan el menor respeto por la verdad, si es que así les gusta. En cuanto a nosotros, nos hemos propuesto atenernos únicamente a la verdad, aunque tocando sólo de paso lo que no se refiere a nuestros asuntos, los de los judíos, que debemos exponer de una manera menos superficial, sin vacilación ninguna, para explicar claramente nuestras desgracias y nuestros defectos. Dicho esto, expondré lo referente a nosotros.

4. En el año primero del reinado de Nerón, muerto Aziz, príncipe de los emesos, lo sucedió en el poder su hermano Soem. Aristóbulo recibió de Nerón el gobierno de la Armenia Menor; este Aristóbulo era hijo de Herodes, rey de Calcis. Nerón dió además a Agripa parte de la Galilea, Tiberíades y Tariquea, ordenando que le estuvieran sometidas; también le entregó Julias, población de Perea y catorce poblados de su vecindad.

5. Los asuntos de los judíos día a día empeoraban. El país estaba lleno de ladrones y de impostores que seducían a la multitud. Todos los días Félix capturaba a algunos de los últimos, junto con ladrones, y los hacía perecer. Capturó vivo a Eleazar hijo de Dineo, que había reunido una caterva de ladrones; le dió su palabra de que nada le iba a acontecer, y así lo indujo a que se le acercara; luego lo envió a Roma encadenado.

Félix odiaba al pontífice Jonatás, porque le exhortaba frecuentemente a que administrara mejor los asuntos de los judíos, pues no quería que le reprocharan el que hubiese pedido al emperador que les enviara a Félix como procurador. Por ese motivo, Félix buscaba un pretexto para librarse de él, por resultarle molesto. Molesta ser amonestado frecuentemente a aquellos que se han propuesto obrar injustamente.

Por este motivo, Félix corrompió con la entrega de gran cantidad de dinero, a un tal Doras, amigo íntimo de Jonatás, de origen jerosolimitano, para que le enviara ladrones que lo mataran. Doras, dispuesto a obedecerle, arbitró de esta manera la muerte del pontífice. Algunos de los ladrones ascendieron a la ciudad, como si quisieran adorar a Dios, teniendo ocultas las dagas bajo los vestidos; mezclados con los criados de Jonatás lo mataron.

Esta muerte quedó sin venganza. Posteriormente los ladrones, sin amedrentarse, ascendieron al Templo durante las festividades, ocultando las armas como antes; mezclados con la turba, mataron a unos porque eran sus enemigos y a otros porque se les pagaba para

hacer ese servicio; y lo llevaban a cabo, no sólo en la ciudad, sino en el mismo Templo. Efectivamente, se atrevían a matar en el Templo, como si obrar de esta manera no fuera un acto impío.

Por eso creo que Dios, ofendido por su impiedad, se apartó de nuestra ciudad; juzgó que el Templo ya no era su morada pura, e hizo que los romanos purificaran con el fuego a la ciudad, nos redujeran a la esclavitud a nosotros, a nuestras mujeres y a nuestros hijos, a fin de que, advertidos por tales calamidades, volviéramos a la rectitud.

6. Con esos hechos perpetrados por los ladrones, la ciudad estaba repleta de crímenes horribles. Los impostores y los hombres falaces persuadían a la multitud que los siguieran al desierto. Decían que allí les mostrarían signos y señales que sólo pueden producirse por obra y providencia de Dios. Muchos que los creyeron, sufrieron los castigos que merecían por su locura, pues Félix los hizo ejecutar cuando le fueron entregados.

En ese tiempo llegó a Jerusalén un egipcio que simulaba ser profeta, y quiso persuadir a la multitud que ascendiera con él al monte de los Olivos, que se encuentra a la distancia de cinco estadios de la ciudad. Les dijo que desde allí verían caer por su orden los muros de Jerusalén, y les prometió abrirles un camino para volver a la ciudad.

Cuando Félix oyó tales cosas; ordenó a sus soldados que tomaran las armas. Salió de Jerusalén con muchos soldados de caballería y de infantería, y atacó al egipcio y a los que estaban con él. Mató a cuatrocientos de ellos, e hizo prisioneros a doscientos. En cuanto al egipcio, eludió el encuentro y se escapó.

De nuevo los ladrones incitaron al pueblo a hacer la guerra a los romanos, diciendo que no había que obedecerles. Incendiaban y robaban las casas de los que no estaban de acuerdo con ellos.

7. También se produjo una disensión entre los judíos que vivían en Cesárea y los sirios de la misma ciudad, acerca de la igualdad de los derechos de ciudadanía. Los judíos querían ser los primeros en todo, pues su rey Herodes, fundador de Cesárea, había sido judío de nacimiento. Los sirios lo reconocían, pero agregaban que la ciudad anteriormente se había llamado Torre de Estratón y que en ese entonces no había allí ningún judío. Informados de esto los magistrados de la ciudad, capturaron a los autores de la sedición de ambos lados y los golpearon, con lo cual el tumulto quedó apaciguado por algún tiempo.

Pero de nuevo los judíos moradores de la ciudad, confiados en sus riquezas y teniendo por este motivo en menos a los sirios, los injuriaron, esperando que así lograrían provocarlos. Los otros, inferiores en lo referente a dinero, pero orgullosos de que la mayoría de los que servían en las tropas romanas fueron de Cesárea o de Sebaste, devolvieron los insultos a los judíos. Llegóse al extremo de que judíos y sirios se apedrearán mutuamente, causándose gran número de muertos y heridos de ambos lados. Los judíos, sin embargo, salieron victoriosos. Félix, en vista de que esta agitación en muy poco se diferenciaba de una guerra, pidió a los judíos que se quedaran tranquilos. Como no le hicieron caso, ordenó a los soldados que los atacaran; fueron muertos muchos de ellos y otros hechos prisioneros. También Félix permitió a los soldados que saquearan algunas casas de judíos llenas de riquezas. Los más moderados y de mayor dignidad de los judíos, pidieron a Félix que hiciera sonar la trompeta para llamar a los soldados, de modo que quedaran perdonados los restantes para que pudieran arrepentirse de su conducta. Félix consintió.

8. Por este tiempo el rey Agripa confirió el pontificado a Ismael, hijo de Fab. Se originaron disensiones entre los pontífices y los sacerdotes y principales de Jerusalén. De tal modo que cada uno de los sectores, se puso al frente de una banda de hombres muy decididos y revoltosos. En los encuentros se injuriaban mutuamente y se apedreaban, sin que nadie los

llamara al orden, como si se tratara de una ciudad privada de jefes. Fué tan grande la audacia de los pontífices, que exentos de toda vergüenza enviaron a sus siervos a las eras, para que se apoderaran de los diezmos que pertenecían a los sacerdotes. Por lo cual aconteció que algunos de los sacerdotes, cuya situación familiar era muy pobre, murieran por falta de alimentos. Es así como la violencia de los facciosos se imponía sobre el derecho.

9. Porcio Festo³⁴ fué enviado por Nerón para suceder a Félix. Los principales de los judíos que vivían en Cesárea se dirigieron a Roma para acusar a Félix, el cual habría sido castigado por sus injusticias con los judíos si Nerón no hubiera sido muy condescendiente ante los pedidos de Palas, el hermano de Félix, que gozaba de gran prestigio con él. Dos de los sirios principales de Cesárea, mediante la donación de gran cantidad de dinero, persuadieron a Burro, instructor de Nerón, encargado por éste de los asuntos de las regiones griegas, que pidiera a Nerón que privara a los judíos del derecho de ciudadanía que les era común con los sirios. Burro se lo pidió al emperador y lo obtuvo y envió un rescrito, que fué la causa de todos los males que posteriormente afligieron a nuestro pueblo. Cuando los judíos de Cesárea se informaron de lo otorgado a los siros, persistieron en sus revueltas contra ellos hasta que estalló una guerra.

10. Cuando Festo pasó a Judea con motivo de las fiestas, encontró a la ciudad asolada por los ladrones, que incendiaban y saqueaban todas las aldeas. Los llamados sicarios, en realidad ladrones, eran muy numerosos; se servían de puñales cortos, casi de la misma longitud que los *acinace* de los persas, pero curvos como aquellos que los romanos llaman *sicae*, con los cuales estos ladrones mataban a mucha gente y de cuyo uso tomaron el nombre. Durante los días festivos, como antes dijimos, mezclados con la multitud que venía de todos lados por razones religiosas, mataban a los que querían sin dificultad ninguna. Frecuentemente irrumpían en los poblados enemigos y, después de haberlos saqueado, los incendiaban. Festo envió tropas de infantería y caballería contra los que habían sido engañados por un impostor que les había prometido la cesación de todos los males y plena seguridad, si lo seguían al desierto. Los soldados mataron al impostor y a los que estaban con él.

11. Por el mismo tiempo el rey Agripa construyó un salón comedor, de una respetable magnitud, en el palacio de Jerusalén, cerca de la galería cubierta. Este palacio antes fué de los Asmoneos y se encontraba en un lugar elevado, desde el cual los que querían contemplar la ciudad disponían de una vista muy agradable. Al rey le gustaba hacerlo; y cuando se tendía a comer miraba lo que ocurría en el Templo.

Cuando lo supieron los jefes de Jerusalén, se indignaron en gran manera. Ni la costumbre nacional ni las leyes permitían que aquello que se realizaba en el Templo, especialmente los sacrificios, fuera observado. Por este motivo levantaron una gran pared por encima de la sala de reunión que, en el conjunto interior del Templo, miraba al occidente. Este edificio interceptaba no sólo el comedor del rey, sino también el pórtico occidental exterior del Templo desde el cual los romanos vigilaban durante las fiestas.

Tanto el rey Agripa como el procurador Festo se irritaron por esto y ordenaron la demolición del muro. Pero los judíos pidieron que se les permitiera enviar legados a Nerón, pretendiendo que no podrían soportar la vida si tenían que destruir parte del santuario. Festo les otorgó permiso; y enviaron a diez delegados ante Nerón, de los principales del pueblo; entre ellos estaban Ismael, el pontífice y Helcias, el guardián del tesoro.

³⁴Es el **Festo** mencionado en Hch. XXIV, 27 – XXVI, 32, a quien los judíos pidieron que trasladara a Pablo a Jerusalén para someterlo a juicio. Aunque convencido de su inocencia, Festo estuvo dispuesto a sacrificar a Pablo para contentar a los judíos. Ante tal perspectiva, Pablo optó por apelar a César como ciudadano romano.

Después de haberlos oído, Nerón no sólo les perdonó su acto, sino que accedió a que conservaran la construcción, a fin de complacer a su esposa Popea que se interesó por ellos, pues era una mujer piadosa. Ordenó ella a los diez que se fueran, pero retuvo como rehenes a Helcias y a Ismael.

Cuando el rey lo supo entregó el sumo pontificado a José, hijo del sumo sacerdote Simón; José era llamado por sobrenombre Cabi.

CAPITULO IX

Muerto Festo en Judea, lo reemplaza Albino, quien detiene los crímenes de los sicarios.

1. Informado el César de la muerte de Festo, envió a Albino como procurador de Judea. El rey privó del pontificado a José, y lo concedió a Anán, hijo de Anán. Según se dice, Anán el mayor³⁵ fué un hombre de muchísima suerte; tuvo cinco hijos, y dió la casualidad de que los cinco obtuvieran el pontificado, siendo el primero que por mucho tiempo disfrutó de esta dignidad. Tal caso no se dió anteriormente con ningún otro pontífice. El joven Anán que, como dijimos, recibió el pontificado, era hombre de carácter severo y notable valor. Pertenecía a la secta de los saduceos que comparados con los demás judíos son inflexibles en sus puntos de vista, como antes indicamos.

Siendo Anán de este carácter, aprovechándose de la oportunidad, pues Festo había fallecido y Albino todavía estaba en camino, reunió el sanedrín. Llamó a juicio al hermano de Jesús que se llamó Cristo; su nombre era Jacobo³⁶, y con él hizo comparecer a varios otros. Los acusó de ser infractores a la ley y los condenó a ser apedreados.

Pero los habitantes de la ciudad, más moderados y afectos a la ley, se indignaron. A escondidas enviaron mensajeros al rey, pidiéndole que por carta exhortara a Anán a que, en adelante, no hiciera tales cosas, pues lo realizado no estaba bien. Algunos de ellos fueron a encontrar a Albino, que venía de Alejandría; le pidieron que no permitiera que Anán, sin su consentimiento, convocara al sanedrín. Albino, convencido, envió una carta a Anán, en la cual lleno de indignación le anunciaba que tomaría venganza con él. Luego el rey Agripa, habiéndole quitado el pontificado, que ejerció durante tres meses, puso en su lugar a Jesús hijo de Damneo.

2. Cuando Albino llegó a la ciudad de Jerusalén, puso todo su empeño en pacificar y tranquilizar la región, matando a varios de los sicarios. Pero de día en día el sumo pontífice Ananías crecía en reputación y obtenía en forma descollante el afecto y la estima de sus

³⁵Es el mismo Anás mencionado en el NT; v. nota nº 9.

³⁶La segunda mención de Jesús llamado el Cristo. Aunque la autenticidad de este pasaje fue puesta en duda (Schürer, t. I, pg. 545), actualmente ya casi nadie lo hace. Tradicionalmente se ha identificado a este Jacobo como uno de los hermanos de Jesús mencionados en Mt. XIII, 55. El historiador eclesiástico Eusebio de Cesarea transmite la tradición de que fue nombrado obispo de Jerusalén por Jesús mismo (*Historia eclesiástica*, 7:19). Sería el mismo Jacobo mencionado en Hch XII, 17 como uno de los dirigentes de la iglesia judeocristiana de Jerusalén, donde los apóstoles celebraron un concilio, hacia los años 48-50 (Hch. XV, 19-23). Jacobo permaneció como único jefe de dicha iglesia, tratando de mantener su unidad con Pablo y su misión cuando éste apóstol visitó la ciudad por última vez (Hch. XXI, 18ss.). En Gál. I, 19 y 2,9, Pablo lo menciona como uno de los pilares de la Iglesia, junto con Pedro y Juan. La tradición lo recuerda también con el nombre de *Santiago el Justo* o el *hermano del Señor*.

conciudadanos. Efectivamente, sabía repartir dinero y cotidianamente hacía la corte y ofrecía regalos a Albino y al sumo pontífice. Tenías unos criados muy perversos que se unían a los más audaces; violentamente se apoderaban en las eras del diezmo de los sacerdotes, golpeando a aquellos que rehusaban dárselos. De ahí que se murieran de hambre los sacerdotes que anteriormente se alimentaban con el diezmo.

3. De nuevo los sicarios, en oportunidad de una fiesta, durante la noche penetraron en la ciudad, e hicieron prisionero al secretario del comandante Eleazar, que era hijo del sumo pontífice, y se lo llevaron encadenado. Luego enviaron mensajeros a Ananías, diciéndole que estaban dispuestos a devolver el secretario, si persuadía a Albino que pusiera en libertad a diez de los suyos que mantenía encarcelados.

Ananías, obligado por la situación, persuadió a Albino y obtuvo lo que pedía. De ahí surgieron calamidades mayores. Resultó que se apoderaron de algunos familiares y amigos de Ananías. Capturándolos vivos, no los dejaron en libertad hasta no recibir, a su vez, a algunos de los sicarios prisioneros. De ahí que, creciendo en número, infestaron todo el país.

4. Por este tiempo el rey Agripa, habiendo engrandecido la ciudad de Cesárea de Filipo, la nombró Neronías en honor de Nerón. Además hizo edificar un teatro en Berito, de elevado costo, donde ofreció espectáculos anuales; gastó en ello decenas de miles de dracmas. Pues daba al pueblo trigo y le distribuía aceite. Además adornó toda la ciudad con estatuas y copias de las obras antiguas y transportó allí todo lo que adornaba su reino, o poco menos. Con esto se concentró el odio de sus súbditos, pues les quitaba lo que era suyo para ornar una ciudad extranjera.

El rey privó del pontificado a Jesús hijo de Damneo y se lo dió a Jesús hijo de Gamaliel. Por este motivo se originó entre los dos una mutua disensión. Cada uno de ellos reunió una cohorte de hombres de la más perversa índole, que se insultaban mutuamente y a veces llegaban a apedrearse. Ananías se distinguió entre todos pues se atrajo, gracias a sus riquezas, a muchos de ellos. Por su parte Costobaro y Saúl habían congregado su porción de criminales. Eran de sangre real y estaban muy en favor de Agripa a causa de su parentesco, pero eran violentos y dispuestos a apoderarse de los bienes de los más débiles. Por todo esto nuestra ciudad estaba sumergida en muchas tribulaciones, yendo de día en día los asuntos de mal en peor.

5. Cuando Albino supo que venía a reemplazarlo Gesio Floro, quiso demostrar que había hecho algo en favor de los de Jerusalén. Habiendo reunido a los prisioneros, ordenó que fueron muertos todos aquellos que lo merecían. En cuanto a los que se encontraban en la cárcel por causas más leves, una vez que hubieron pagado la multa los dejó en libertad. En esta forma la cárcel se vació de presos, pero el país quedó infestado de ladrones.

6. Los levitas —una de nuestras tribus—, que cantaban los himnos, pidieron al rey que reuniera al sanedrín y les permitiera utilizar al igual que los sacerdotes una túnica de lino, pues pretendían que durante su reino tenía que llevar a cabo una innovación memorable. Tuvieron éxito en su pedido. Pues el rey, con el consentimiento de los que formaban el sanedrín, concedió a los cantores que abandonaran su antigua vestidura y se pusieran una de lino, como pedían. Y como una parte de la tribu ejercía su ministerio en el Templo, permitió que aprendiera los himnos, tal como lo pedían. Todo esto se había llevado a cabo en contra de lo que ordenaban las costumbres patrias, cuya violación reportaría los castigos que se merecían.



7. En esta oportunidad el Templo ya estaba terminado. El pueblo vió que los obreros, en número de dieciocho mil, estaban sin trabajo y necesitaban salarios, pues hasta entonces se habían procurado los medios de vida trabajando en el Templo. No querían repartir dinero por miedo a los romanos, pero se preocupaban por sus obreros; efectivamente, si un obrero trabajaba, aunque no fuera más que una hora, inmediatamente recibía su paga. Por eso pidieron al rey que hiciera restaurar el pórtico oriental. Era un pórtico de la parte exterior del Templo, que daba sobre un profundo valle, con muros de cuatrocientos codos de largo, y estaba construido con piedras blancas, rectangulares, de veinte codos de largo y seis de alto; era obra del rey Salomón, que fué el primero en construir todo el Templo. El rey, sin embargo, pues el César Claudio le había encargado el cuidado del Templo, pensó que destruir era fácil, lo difícil era construir, especialmente ese pórtico, por tratarse de una obra que requería tiempo y una gran cantidad de dinero. Pero no se opuso a que la ciudad fuera pavimentada con piedra blanca. Privó del pontificado a Jesús hijo de Gamaliel, y se lo dió a Matías hijo de Teófilo. Siendo éste pontífice comenzó la guerra entre los romanos y los judíos.

CAPITULO X

Los sumos pontífices judíos, desde Moisés hasta la guerra de los judíos.

1. Creo necesario y conveniente, especialmente en esta historia, hablar de los pontífices, cuál fué su origen, a quiénes se otorgó este honor y quiénes son los que lo han ejercido hasta el fin de la guerra.

Se dice que el primero de todos fué Aarón, hermano de Moisés, quien sirvió al señor en el sumo sacerdocio; una vez muerto, lo sucedieron sus hijos, y todos sus descendientes sin excepción guardaron este honor en su familia. De ahí que, por ley de nuestros padres, nadie

puede ser pontífice de Dios, si no es de la sangre de Aarón; y el cargo no es permitido a otro de otra familia, aunque se trate de un rey.

Después de Aarón que, como hemos dicho, fué el primero hasta Finees, que recibió el pontificado durante la guerra, hubo ochenta y tres sumos sacerdotes. Desde el tiempo de Moisés, en que el tabernáculo construido por éste en honor de Dios se levantaba en el desierto, hasta la llegada a Judea, en donde el rey Salomón edificó el Templo de Dios, hubo trece pontífices que ejercieron el cargo en el desierto. Al principio el pontificado se conservaba durante toda la vida; posteriormente los sumos sacerdotes fueron reemplazados cuando todavía vivían. Estos trece; puesto que eran los descendientes de los hijos de Aarón, obtuvieron el pontificado por herencia. El gobierno fué al principio aristocrático, después monárquico³⁷ y, en tercer lugar, real. Desde el día en que nuestros padres abandonaron a Egipto bajo la dirección de Moisés hasta la construcción del Templo, gobernaron estos trece pontífices por espacio de seiscientos doce años.

2. Después de estos trece sumos pontífices, lo ejercieron otros dieciocho, sucesivamente, desde el reinado de Salomón, en Jerusalén, hasta que Nabucodonosor, rey de Babilonia, en una expedición contra la ciudad, incendió el Templo y desterró a nuestro pueblo a Babilonia, haciendo prisionero al sumo pontífice Josadoc. Estos dieciocho ejercieron el pontificado por espacio de cuatrocientos sesenta y seis años, seis meses y diez días, durante el período en que los judíos estaban subordinados a los reyes.

Setenta años después de la conquista de Judea por los babilonios, Ciro, rey de Persia, puso en libertad a los judíos de Babilonia, y permitiéoles volver a su país y reedificar el Templo. En esta oportunidad, uno de los prisioneros que regresaron de Babilonia, Jesús, hijo de Josadoc, recibió el sumo pontificado. El y sus descendientes, quince en total, fueron pontífices bajo un gobierno republicano hasta la época del rey Antíoco Eupátor, durante cuatrocientos catorce años.

3. Los citados antes, esto es, el Antíoco que acabamos de nombrar y su general Lisias, pusieron fin al sumo pontificado de Onías, por sobrenombre Menelao, matándolo en Berea, y privaron a su hijo de la sucesión para nombrar sumo pontífice a Jacim, que pertenecía a la raza de Aarón, pero no era de la familia de Onías. Por esto Onías, hijo del Onías muerto y que tenía el mismo nombre que su padre, se fué a Egipto, donde lo recibieron amistosamente Ptolomeo Filométor y su mujer Cleopatra. Los convenció que edificaran para Dios, en el nomo de Heliópolis, un templo semejante al de Jerusalén, nombrándolo a él sumo pontífice. Pero ya hemos hablado acerca del templo construido en Egipto.

Jacim murió después de haber ejercido durante tres años el sumo pontificado. No tuvo sucesor y el país estuvo siete años sin sumo pontífice. Luego los Asmoneos, a quienes se les confió el poder sobre el pueblo y que combatieron contra los macedonios, retomaron la tradición y nombraron sumo pontífice a Jonatás, que ejerció el cargo durante siete años. Al morir, a consecuencias de un complot y de intrigas tramadas por Trifón, como lo hemos expuesto anteriormente, su hermano Simón recibió el sumo pontificado. Este fué envenenado durante una comida por su yerno; después de haber ejercido el poder un año más que su hermano, tuvo por sucesor a su hijo Hircano.

Hircano disfrutó de este honor durante treinta años, y murió viejo, dejando la sucesión a Judas, por sobrenombre Aristóbulo. Su heredero fué su hermano Alejandro, cuando aquél murió de enfermedad luego de haber ejercido al mismo tiempo el sumo pontificado y la realeza, pues Judas fué el primero en ceñir la corona real, que retuvo durante un año.

³⁷O sea el gobierno no hereditario de los jueces.

4. Alejandro murió después de haber sido rey y sumo pontífice durante veintisiete años, dejando a su mujer Alejandra el cuidado de designar al futuro sumo pontífice. Alejandra entregó el sumo pontificado a Hircano, y ella murió luego de haber conservado el trono durante nueve años.

Su hijo Hircano fué sumo pontífice por el mismo número de años. Efectivamente, después de la muerte de su madre, su hermano Aristóbulo le hizo la guerra, lo venció y lo privó de su cargo, para convertirse él a la vez en rey y sumo pontífice de su pueblo. Pero tres años y tres meses después de su advenimiento al poder, Pompeyo tomó a la fuerza la ciudad de Jerusalén, y envió a Roma encadenados a Aristóbulo y sus hijos; después devolvió el sumo pontificado a Hircano, confiándole el poder sobre el pueblo, pero prohibiéndole ceñir la corona.

Hircano tuvo el poder, a más de los nueve primeros años, otros veinticuatro. Pero Barzafarnes y Pacoros, príncipes de los partos, atravesaron el Eufrates, combatieron contra Hircano, lo hicieron prisionero y nombraron rey a Antígono, hijo de Aristóbulo. Después de tres años y tres meses de reinado éste fué sitiado y tomado prisionero por Sosio y Herodes, conducido a Antioquía y condenado a muerte por Antonio.

5. Herodes, que recibió el poder de manos de los romanos, dejó de nombrar sumos sacerdotes asmoneos; confirió este honor a gente oscura que no eran sino simples sacerdotes, con excepción de uno solo, Aristóbulo; éste era el nieto de Hircano, el que fué hecho prisionero por los partos. Herodes le dió el sumo pontificado y se casó con su hermana Mariamne para conquistarse el favor del pueblo, gracias al recuerdo de Hircano. Luego, temeroso al ver que todos sentían inclinación por Aristóbulo, lo hizo ahogar en Jericó mientras nadaba, como lo hemos ya explicado. En adelante ya no confió el sumo pontificado a ninguno de los descendientes de los Asmoneos. La conducta de Herodes fué imitada en lo referente a los pontífices por Arquelao y sus hijos; y, más adelante, por los romanos que se adueñaron del poder en el país de los judíos.

Desde el tiempo de Herodes hasta que Tito tomó e incendió la ciudad y el Templo, hubo en total veintiocho pontífices; y el tiempo de estos pontificados alcanza a ciento siete años. Algunos de ellos gobernaron bajo el reinado de Herodes y su hijo Arquelao; después de la muerte del último, el gobierno fué aristocrático, pero los sumos pontífices tuvieron la dirección del pueblo. Y con esto hay suficiente sobre los sumos pontífices.

CAPITULO XI

Floro, sucesor de Albino, oprime a los judíos y los obliga a tomar las armas

1. Gesio Floro, enviado por Nerón como sucesor de Albino, fué causa de muchas calamidades para los judíos. Había nacido en Clazomenes y llevó consigo a su esposa Cleopatra, por cuyo intermedio, como que era amiga de la esposa de Nerón, Popea, y en nada diversa del esposo por su malignidad, consiguió el cargo. Tan perversa y violentamente abusó del poder que, con motivo de su enorme maldad, los judíos consideraron a Albino como benefactor. Este procuraba ocultar su maldad, y cuidadosamente se esforzaba en que no fuera conocida; pero Gesio Floro, como si hubiera sido enviado para poner de manifiesto su perversidad, se jactaba de las injurias que infería a nuestro pueblo, sin abstenerse de ninguna rapiña o suplicio. Era un hombre duro que no se dejaba inclinar a la misericordia, insaciable en su afán de lucro, ignorando la diferencia entre pequeños y grandes crímenes, siendo partícipe en los robos de los ladrones. Había muchos que se dedicaban al robo, con la

esperanza de que nada les iba a acontecer, pues Floro participaba en los mismos. No había límites en las atrocidades, de manera que los desdichados judíos, cuando ya no pudieron soportar los robos que los ladrones realizaban, se vieron obligados a abandonar sus casas y escapar, para vivir mejor en cualquier lugar del extranjero. ¿A qué decir más? Floro fué el culpable de que nos viéramos obligados a hacer la guerra a los romanos, pensando que era mejor que muriéramos todos de una vez y no poco a poco. La guerra se inició en el año segundo de la administración de Floro, y en el duodécimo del imperio de Nerón. Pero todo aquello que nos vimos obligados a hacer y lo que tuvimos que soportar, se podrá ver cuidadosamente expuesto en los libros que hemos escrito sobre la guerra de los judíos.

2. Aquí pondré fin a mis *Antigüedades Judías*, después de cuyos hechos comienzan los acontecimientos que he expuesto en la *Guerra de los Judíos*. Las *Antigüedades* abarcan las tradiciones que van desde el primer hombre hasta el año duodécimo del imperio de Nerón; los hechos que nos acontecieron a los judíos en Egipto, Siria y Palestina y las calamidades que sufrimos con los asirios y babilonios, así como las vejaciones a que nos sometieron los persas y macedonios y, después de ellos, los romanos. Espero haberlo expuesto todo cuidadosamente. Me he esforzado en ofrecer la lista de los sumos pontífices que se sucedieron durante el período de los dos mil años. Expuse también la sucesión de los reyes, sin error, refiriendo lo que hicieron, cómo administraron el estado y la autoridad de los jueces, tal como se encuentra descrito en los libros sagrados, pues así me comprometí a hacerlo desde el principio de esta historia.

Ahora digo confiadamente, terminada la obra que me propuse, que ningún otro, ni judío ni extranjero, habría podido, por más que lo quisiera, presentar esta historia con tanta exactitud al público griego. Efectivamente, mis compatriotas admiten que soy muy superior a ellos en el conocimiento de las cosas nacionales. Me he esforzado en tener conocimiento de las letras griegas después de aprender la gramática, aunque nuestra educación nacional me ha impedido adquirir una pronunciación correcta. Nuestro pueblo no reverencia a los que aprenden lenguas extranjeras, pues juzga que este estudio es accesible no solamente a las personas de nacimiento libre, sino también a cualquier esclavo. Únicamente considera sabios a los que conocen la ley en forma precisa y pueden interpretar el sentido de la Sagrada Escritura. Este es el motivo de que, a pesar de que muchos trataron de ejercitarse en aquella disciplina, únicamente dos o tres han logrado éxito y recogieron el fruto de su trabajo. Quizá haga algo que no provoque la envidia, si hablo brevemente de mi familia y de lo que hice durante mi existencia, ahora que todavía viven los que pueden refutarme o atestiguar en mi favor³⁸.

Aquí pondré fin a mis *Antigüedades Judías*, que comprenden veinte libros y sesenta mil líneas. Si Dios lo permite, referiré de nuevo, resumidamente, la guerra y lo que nos ha ocurrido hasta el momento presente, esto es hasta el año décimotercero del reino del emperador Domiciano, que es el quincuagésimo sexto de mi vida. También tengo el propósito de escribir cuatro libros sobre nuestra doctrina judía referente a Dios y su naturaleza, y sobre nuestras leyes y las razones por las cuales ciertas acciones nos son permitidas y otras prohibidas³⁹.

³⁸Alusión a la *Vida*, su autobiografía, considerada generalmente como un complemento de *Antigüedades*.

³⁹

Estos libros a que hace referencia Josefo, un nuevo relato resumido de la guerra con los últimos acontecimientos hasta la época que menciona, y los cuatro que detalla en las líneas finales, no se conocen, suponiéndose que no llegó a escribirlos.



El sitio de Jerusalén por los romanos. Año 70.

SUMARIO

LIBRO XVIII

Abarca un lapso de treinta y dos años

1. Quirino practica un censo en Siria. Coponio, procurador de Judea. Oposición de Judas de Galilea. El sumo pontífice Joazar induce a los judíos a la obediencia
2. Fundación de pueblos por los tetrarcas Herodes y Filippo en honor del emperador. Los samaritanos profanan el Templo y ocasionan siete días de impureza
3. Poncio Pilatos introduce clandestinamente imágenes del emperador en Jerusalén. Los judíos se sublevan. Tribulaciones de los judíos en Roma.
4. Perturbaciones en Samaria. Pilatos ordena numerosas ejecuciones. Vitelio envía a Pilatos a Roma. Tiberio ordena a Vitelio pactar con Aristóbulo. Muerte de Filippo.
5. El tetrarca Herodes hace la guerra a Aretas, y es vencido. Historia de Juan Bautista. Vitelio, al informarse de la muerte de Tiberio, detiene las hostilidades.
6. Agripa se traslada a Roma para presentarse ante Tiberio. Acusado por uno de sus libertos, es encarcelado. Recobra la libertad con la muerte de Tiberio; Calígula lo nombra rey de la tetarquía.
7. Agripa acusa al tetrarca Herodes. Calígula lo destierra y entrega sus territorios a Agripa.
8. Judíos y griegos provocan disturbios en Alejandría y envían delegaciones a Roma. Acusaciones de Apión contra los judíos, porque éstos se niegan a admitir la estatua del emperador. Cayo ordena a Petronio que haga la guerra a los judíos.
9. Los hechos de los hermanos Anileo y Asineo. Su repercusión en la vida de los judíos de Babilonia.

LIBRO XIX

Comprende un lapso de tres años y seis meses

1. Cayo César es asesinado, víctima de la conspiración de Casio Cerea.
2. Los soldados obligan a Claudio, tío de Cayo, a asumir el poder. Lucha entre el senado, el pueblo, Claudio y sus soldados.
3. Claudio es secuestrado por los soldados. Las tentativas del senado.
4. El rey Agripa va al senado como embajador de Claudio. Las tropas del senado se pasan a Claudio.
5. Claudio entrega a Agripa el reino de su abuelo, agregándole la tetarquía de Lisania. Misivas de Claudio concernientes a los judíos de Alejandría y del resto del imperio.
6. Agripa regresa a Judea. Carta de Publio Petronio al pueblo de Dora en favor de los judíos.
7. Agripa comienza a restaurar los muros de Jerusalén. Su muerte interrumpe las obras.
8. La conducta de Agripa durante los tres años anteriores a su muerte.
9. Descendencia de Agripa. Desórdenes en Cesárea. Judea sometida a un procurador.

LIBRO XX

Abarca una duración de veintidós años

1. El procurador Cuspio Fado restablece el orden en Judea. Fado y Longino ordenan que las vestiduras del sumo sacerdote sean depositadas en la fortaleza Antonia.
2. Elena, reina de Adiabena, y su hijo Izates se convierten al judaísmo. Viaje de Elena a Jerusalén .
3. Izates restablece en su trono a Artabano, rey de los partos. Guerra de Bardanes contra Izates.
4. Conversión de Monobazes. Victoria de Izates sobre Abias, rey de los árabes, y Vologeses, rey de los partos. Muerte de Izates, a quien sucede Monobazes.
5. Tiberio Alejandro, procurador de Judea, castiga a los hijos de Judas el galileo. El procurador Cumano reprime una sedición con una gran matanza de judíos junto al Templo.
6. Discordia entre galileos y samaritanos. Cuadrato, gobernador de Siria, envía a los principales a Roma. Claudio resuelve la cuestión: absuelve a los judíos y castiga a los responsables de la revuelta.
7. Félix es nombrado procurador de Judea. Su matrimonio con Drusila.
8. Muerte de Claudio. Advenimiento de Nerón. Félix destruye los nidos de ladrones. El caso del impostor egipcio. Sublevación de Cesárea. Festo reemplaza a Félix.
9. Muerto Festo en Judea, lo reemplaza Albino, quien detiene los crímenes de los sicarios.
10. Los sumos pontífices judíos, desde Moisés hasta la guerra de los judíos.
11. Floro, sucesor de Albino, oprime a los judíos y los obliga a tomar las armas.

